

El día que te encuentre

Lucía Balseiro



# Capítulo 1

## 1

### Vuelta a la realidad

Salí de clase agarrada del brazo de Amanda. A nuestro lado iba Javi, que no paraba de parlotear con otras compañeras de clase sobre lo aburrido que había sido aquel primer día, como si fuese la antesala de la condena que se nos avecinaba. Segundo año Psicología, o como él lo llamaba "e/ año de nuestra muerte". La verdad es que yo prefería no pensar en eso, me contentaba con poder pasar aquel rato con ellos, como había sido desde el primer día, cuando nos conocimos el año anterior. Desde entonces éramos inseparables y esperaba que siguiese siendo así.

- Ey, Dafne...- Amanda llamó mi atención apretándome el brazo.- ¿Todo bien? Estás muy callada.

Asentí con una sonrisa dulce y apoyé mi cabeza en su hombro. Amanda era la persona más tierna y empática que conocía, se fijaba en cada detalle y no había forma de ocultarle nada. Iba a ser una psicóloga de la leche, pero a mi no me apetecía contarle que el miedo me paralizaba un poco, aunque seguro que ella ya lo sabía. Era como un sedante, abriéndose paso poco a poco por mi cuerpo, en mis venas, extendiéndose al tiempo que el sonido se hacía más evidente, que la escapatoria se volvía imposible.

Por si no lo sabéis, íbamos directos hacia aquello que se conocía como "La Sangriada", bendita sangriada. Era una tradición de comienzo de curso y bueno... de cada ocasión que se presentase en mi universidad. Si sois de Madrid seguramente sabréis a qué me refiero y dónde estaba, si no lo sois.... Imaginad un montón de césped lleno de chavales bebiendo sangría y lo que pillasen, tirados por el suelo, de pie, bailando con la música a tope, voces y gritos, carreras eufóricas y alguno que otro buscando baños o meando a escondidas detrás de los setos. Pues eso, bendita sangriada. ¡Feliz comienzo de curso a todos! A todos menos a mi, que aceptaba aquello resignada, con una sonrisa, enfrentándome a mis miedos por mis amigos, en un acto suicida de socializar. Porque el temor a las multitudes seguía allí, escondido en cada grito y beso efusivo que me daban, en cada acto: al sentarme en el césped, al dar un trago a la bebida fría mientras a mi alrededor Javi danzaba en círculos... En todo. Cada segundo parecía ser el detonante perfecto para una crisis de ansiedad. Notaba como trepaba por mi garganta la sensación, el nudo ensanchándose en mi pecho, el *bum bum bum* de la canción del verano. La respiración levemente agitada y el curso acelerado de mi sangre palpitando por mis

oídos. Miré desesperada a Amanda, porque aunque yo no le hubiese confesado nunca lo que me ocurría ella lo intuía, sabía perfectamente cómo me encontraba y lo que me iba a suceder. Así de buena era, así de buena sería. Captó mi mirada al instante, asintió de forma imperceptible para los demás y se levantó de un salto para distraer a Javi mientras yo huía de allí como una cobarde.

Me alejé todo lo que pude del botellón pero aún podía escuchar las notas lejanas de *Un Día* de J Balvin mientras me sentaba en unos escalones. Cerré los ojos con fuerza y solté todo el aire en una fuerte exhalación. Aquello me superaba, siempre me superaba. El ruido, los colores, tanto movimiento... Bloqueé el pensamiento como mi psicólogo me enseñó a hacerlo mucho tiempo atrás y me fui relajando poco a poco. Volviendo a la realidad, calmando mis latidos y racionalizando la situación. Allí no ocurría nada. Sólo era una sangriada más. Como salir de fiesta, pero con mucha más gente, muchos más gritos y voces superpuestas unas a las otras.

- ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí sola?

Lo primero que escuché fue su voz, un tanto ronca. Luego noté su presencia, su cuerpo sentado junto al mío. Luego abrí los ojos y supe que aquel era el final. "*El año de nuestra muerte*"...La mía había llegado pronto, en forma de ojos azul caribe, como esos mares profundos que nunca había visto, de arena blanca y playas vírgenes. El corazón se me volvió a desbocar y sonreí.

- ¡Carlota, por fin! ¡Te llevo llamando media hora tía! ¿Qué estabas haciendo?

Escuché al otro lado de la línea a mi mejor amiga soltar una carcajada y me pude imaginar perfectamente lo que había estado haciendo.

- Mejor no quieras saberlo...¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Cómo ha ido la cosa esa, el botellón?

- Sangriada.

-Bueno, lo que sea. ¿Qué tal?

Suspiré y mordiéndome el labio le conté lo que había ocurrido con pelos y señales.

- Ahora estoy en la renfe, de camino a cada. Y todo bien, pero...

- ¿Qué has hecho? Dame buenas noticias, ¿has conocido ya al hombre de tu vida?

Carlota me conocía mejor que yo a mi misma, seguramente se imaginaba ya lo que había pasado, lo bueno y lo malo. Aún así necesitaba escucharlo de mis labios, y yo necesitaba decirlo en voz alta, soltar lastre para ayudarme a pensar con claridad de nuevo y reventar la burbuja en la que me había instalado.

-¡¿Qué?!- pregunté con voz chillona, así por disimular.- No, no... Bueno... A ver, es que es complicado.

-Pues cuéntamelo ya, da igual. Me está matando la intriga.

-Vale, a ver... Bffff

-Espera un segundo amor. Hugo, voy yéndome ¿vale?, encantada de haberte visto.- se escuchó un beso y la puerta cerrándose.

-¿Quién es Hugo? Bueno pensándolo mejor no me lo digas, prefiero no saberlo. El caso, que fui a eso de la sangriada con mis amigos, pero me empezó a dar un ataque de ansiedad y me fui corriendo.

-¿Pero estás bien? ¿Quieres que vaya a verte o algo?- me interrumpió preocupada.

-No, no tranquila. Estoy bien. No fue para tanto. El caso es que de repente aparece de la nada un chico y se sienta a mi lado.

- ¿Y estaba bueno, no?- se carcajeó.

- Tu siempre igual....

-¿Pero lo estaba?- asentí consciente de que no me veía.- Me tomaré ese silencio como un sí.

- Si... Si, estaba buenísimo. Pero eso da igual.

-No creas...

-¿Quieres dejar de interrumpir? Así no acabo en la vida.

-¿Pero qué más ha pasado? ¡¿Te ha desvirgado o qué?!

Me puse colorada y miré a la señora que iba enfrente mío, no perdía

detalle de la conversación.

-Mira que eres burra... No. No, nada de eso. Pero estuvimos hablando un montón, era majísimo y...

-Te lo tiraste.

-Joder Carlota, que no. Eso te lo dejo a ti. ¡Lo besé, vale! Sólo lo besé.- admití con la boca pequeña, como con vergüenza.

-¿Hola?- miré la pantalla del móvil para comprobar que no se había cortado la llamada.- ¿Carlota, me vas a decir algo o te cuelgo?

-No, no. No me cuelgues. Es que estoy flipando, esto tengo que procesarlo, necesito tiempo. No es algo propio de ti. ¿Y querías tirártelo no?

-Ya bueno, es que no lo pensé.- ignoré la última pregunta porque no me apetecía contestar y puede que la respuesta nos sorprendiese a ambas.

-Está bien eso de sólo sentir. Deberías hacerlo más a menudo. Pensar menos. ¿Y te gustó?

- Chi.- puse un puchero y hablé bajito.

- Cariño, pero que no es algo malo. ¡Ni que hubieses matado a alguien!

-Pero es que no le conozco de nada...

-Ya bueno, pues ahora ya le conoces de algo. ¿Y te ha dado su número o algo?

-No ha dado tiempo.

- ¿Pero sí para comerle la boca no? No eres lista ni nada...

- Que nooooo.... Es que de repente he mirado la hora y llegaba tarde a casa y he tenido que salir corriendo.

-Jo tía, entonces no vas a saber nada de él... Ojalá te le encuentres por la uni, así repetís.

-Paso.- dije tajante mientras me bajaba del tren. La pobre señora se quedaría sin saber el final de la historia.

-Lota lo mismo se corta, que me estoy bajando del tren.- avisé.

-Nada, nada si te tengo que dejar, que voy a entrar al metro, esta noche tengo vuelo y a ver si logro engatusar al nuevo piloto, que agüita...

Puse los ojos en blanco y le recordé tener cuidado. Ella siempre estaba igual, solo podía desearla suerte y esperar que todo fuese bien en sus conquistas. No podíamos ser más opuestas.

Cuando colgamos y regresé a casa en silencio, un poco más tranquila ya, después de poder haberle contado todo, no pude dejar de recordar sus labios sobre los míos. Los del chico, no los de Carlota.

No se había apartado y rozando mi mejilla me empujó hacia él, profundizando el beso. Solo de recordarlo me recorrió un escalofrío. Sabía a menta y olía a algo dulzón que no supe identificar. Y mientras me dejaba llevar, tirando de sus labios y reclamando más, me perdí en un mar de olas azules llamado Diego.

## Capítulo 2

### 2 Enganchados

En mis veintitrés años de edad jamás me había sentido tan usado y perdido en la vida, pequeño, pequeño como hacía mucho tiempo que no me sentía. Me dejé caer en uno de los sillones del salón y cerré los ojos con fuerza. Traté de enfriarme, de pensar con calma y actuar con más calma aún. Pequeño, pequeño rodeado de gritos y acusaciones, golpes sordos, puñetazos verbales que llovían sobre mi y no rompían nada, no sangraba nada. Pero por dentro... Joder por dentro. Aquello dolía, y no en el buen sentido. Sofía me hacía pequeñito desde hacía un tiempo, me replegaba y escondía muy dentro por miedo a sus reacciones, me escondía porque no era lo que ella quería y necesitaba. No era como ella soñaba, pero es que no sabía serlo. Sofía era perfecta, tan perfecta como se puede ser: alta, guapa, exitosa, inteligente y... un demonio al enfadarse. Eso le restaba perfección, sí. Pero ella tampoco podía evitar ciertas cosas. Como quererme. Ninguno de los dos podía evitar aquello, el querernos con desesperación, el estar enganchados al otro sin motivo alguno. Porque pocos motivos había para que Sofía me quisiese, y mira que los buscaba... Pero ahora, al parecer, todo se había agotado, porque de su boca no salían más que cosas malas, todos esos "contras" que yo tenía y ella siempre había sabido que estaban ahí, escondidos tras la esquina. Y no lo aguantaba más.

Hacía tiempo que había decidido vivir siendo grande, grande como no lo puede ser nadie que no se conozca a sí mismo. Grande viviendo en mis luces y mis sombras, aceptando mis defectos y virtudes, y más aún las decisiones que había ido tomando. Quería vivir sin volver a sentir el miedo detrás de la oreja, presionando en mi yugular. Sólo quería vivir. Y con Sofía hacía meses que eso ya no pasaba. Interpretábamos los papeles de nuestra vida, esa que había sucedido día a día durante los últimos dos años y que ahora parecía haberse ido sin decir adiós, dejando todas sus cosas en el sitio. En este piso que nos contenía y encerraba, que sacaba nuestra cara más salvaje, para lo bueno y lo malo. Más para lo malo que antes...

-Jon, ¿a caso me estás escuchando? ¡Mira que eres crio cuando quieres! Ahora te enfurruñarás y todo. ¡Yo no puedo más, en serio! ¡Muévete, di algo, haz algo! Si no eres capaz de hacerlo por mí...

-Por nosotros.- la interrumpí por lo bajo.

-...¿Cómo vas a hacerlo por ti mismo? No tienes trabajo desde que te graduaste, porque eso de ser camarero no era un curro de verdad y lo sabes. Y yo... yo ya no puedo seguir así, porque cada vez parezco más tu madre y menos tu novia. Joder, ¿tan difícil es buscar algo donde ganes más de cuatrocientos euros al mes y dejes de vivir del cuento? Porque te quiero, pero tu...- me señaló- esta persona que vive en mi casa, duerme a mi lado y come mi comida, no es el Jon que conocí hace tres años y por el que lo quería dar todo. Tus sueños se han comido todo, hasta esto- nos señaló nerviosa.- Y.....

Desconecté por completo. Volví a cerrar los ojos y también los oídos, porque si escuchaba cada palabra que decía y dejaba que calasen bajo mi piel ya no podría mirarla a la cara. No podría volver a mirarla y decir que la quería a pesar de todo, no podría vivir mi vida, no podría luchar por lo que aún tenía ilusión...Simplemente no podría con nada.

Sofía estaba luchando contra lo inevitable. No eran mis sueños y actitud lo que habían acabado con nosotros. Nos había fagocitado la vida, los tres años de diferencia y su trabajo lujoso en una empresa importante. Y al que había escupido, como con asco, era a mi, porque no cuadraba en todo aquello. No cuadraba en el sitio al que la vida nos había arrastrado. Al que ella me había arrastrado. Y no pensaba cambiar por ella, no quería ser infeliz, no quería convertirme en la persona con la que ella soñaba. Porque Sofía no esperaba que corrigiese malas actitudes -eso lo podría haber hecho-, ella esperaba que me convirtiese por arte de magia en Mr. Perfecto. En el hombre de sus sueños. Y por ahí no pensaba pasar.

Así que me hice pequeñito una última vez. Me callé y tragué todo aquello, lo que sentía, escuchaba y quería decir. No quise decir una mala palabra de la que me pudiese arrepentir más tarde.

Cuando se cansó de gritar y señalar se fue a la cama sin derramar una lágrima. Pero por las grietas que dejó a mi se me podrían haber derramado millones. Aún así cogí las llaves de encima de la mesa sin dejar que escapase ni una y me fui a lo que si era un hogar. Un refugio, sitio seguro. Al sitio al que escapé hace tanto tiempo y que más tarde dejé atrás por ella. Cogí el metro y volví a casa de mi madre con una idea clara. Ser grande, grande en todos los sentidos que eran importantes para mi.

Cuando entré en la casa esperaba encontrarme a mi madre en el sofá viendo la tele, pero me topé con oscuridad y silencio. Bueno silencio, silencio no. Porque por los sonidos guturales que venían del final del pasillo o Telmo estaba viendo porno o estaba bastante liado en aquel momento... Incapaz de interrumpir una cosa u otra decidí salirme al balcón a fumar un cigarro. Al rato, tampoco presté demasiada atención al

reloj, Telmo apareció junto a mi. A sus diecisiete años ya era igual de alto que yo, y se veía que más espabilado también.

-Hay que ver cómo pasa el tiempo...

-Y que lo digas.- respondió apoyado en la barandilla.

Me robó el cigarro para darle una calada y me miró con detenimiento.

-Te vas, ¿verdad?

El chaval era listo, no se lo iba a negar. Asentí al cabo de un rato, sacando otro cigarro para mi.

-Tienes la misma mirada que mamá aquel día. Como triste, pero con mucha decisión. Soy incapaz de olvidarla, pero no la había visto desde entonces. ¿Tanto daño te hace Sofía?

Si mi hermano pequeño era capaz de ver ese dolor en mis ojos por qué mi novia no lo veía. ¿Tanto reflejaban? ¿Tan parecido era a mi madre? Yo no recordaba los ojos de mi madre aquella noche, supongo que no tuve el tiempo de fijarme en ellos, Telmo a penas tenía seis años, el observaba y vivía. Pero aquella noche yo vi muchas más cosas que no quería repetir en mis carnes. No me creía lo suficientemente fuerte.

-Hay batallas que sabes que vas a perder antes de lucharlas. Con Sofía es algo así. No me hace daño, es solo que ya no nos sabemos querer... supongo. Así es más fácil.

Me rodeó los hombros con un brazo en una especie de abrazo fraternal y por un segundo dudé en quien era el mayor de los dos. Telmo me entendía tan bien, sabía las cosas antes de que yo dijese nada, me leía que daba miedo. Pero era mi hermanito y que el no viese nada malo en lo que iba a hacer me dio más fuerzas para seguir sin dudar.

-Si es más fácil no lo se. Pero si te ahorra un mal trago... ¡vete! Yo me iría. Pero sin mirar atrás. Y busca algo que te llene, que te haga sentir vivo. Porque a mamá la tienes preocupada, dice que estás gris y...le tengo que dar la razón.

"Sentirme vivo" era algo por lo que no me preocupaba desde que tenía que hacer la compra, pagar facturas, pensar en si estudiaba una oposición o no y olvidaba la música por completo. "Sentirme vivo" era una frase que me llenaba la boca, como miel en los labios y me incitaba a hacer locuras. Sentirme vivo....era lo que creía que hacía con ella, lo que creía hacer cada vez que estábamos piel con piel, sudorosos y exhausto. Sentirme vivo, porque el pulso se aceleraba, dejaba la mente en blanco y me ponía en modo animal salvaje, dejándome llevar por el instinto y emoción

mientras le "hacía el amor". Amor... como aquella misma noche. Pero eso era una mierda de amor lo mirases por donde lo mirases, era una vergüenza hasta llamarlo sexo.

-Por cierto, enano ¿qué hacías en tu habitación?

Miré a mi hermano con la complicidad de un colega, retándole a que me dijese quién era la rubita a la que había despedido con un beso de cinco minutos en la puerta mientras yo me hacía el loco en aquel balcón.

-Una amiga, nada serio. Pero no me cambies de tema.

-¿Ella sabe que es sólo tu amiga? ¿Lo tienes claro tú?

-No me hagas psicología inversa que te conozco.- me palmeó la espalda.- Somos lo que tenemos que ser y cada uno que piense lo que quiera.

Aquella frase me mató, lo juro. Ojalá poder grabármela a fuego en el pecho y convertirla en el lema de mi vida. A ver si así Sofía la asumía un poco, o yo, y así superaba con un poco de dignidad todo aquello. Me pasé la noche dándole vueltas a la idea: ser lo que se tiene que ser. No complicarlo. Dejar que fluya. Despertarme un día y ser sin pensar, sin quemarme en el fuego de mis amores, cosa que yo nunca había sabido hacer. Era demasiado pasional, demasiado inocente y romántico. Iluso.

Al día siguiente cuando le conté el plan a mi madre frente a una taza de café y ella aún vestida con el uniforme del hospital, vi como en sus ojos se disipaba el cansancio y brotaba la esperanza. Hasta ella vio que era lo que necesitaba. Reencontrarme lejos de allí, hacerme grande, de una vez. Hacerme a mi. Simplemente ser...

## Capítulo 3

### 3

#### Somos lo que tenemos que ser

Había pasado una semana desde que empezaron las clases. Una semana en la que no me di cuenta de que dos filas tras de mi se escondía Diego. Hasta que un día salí a por un café y me choqué con él en la puerta de clase. Desde esa día, que digo, desde ese instante en el que casi le echo un café hirviendo por encima, la vida se me paró. Así, de golpe. Maldije mi obsesión por sentarme al principio de clase y solo pude pensar "¿llevamos un año en la misma clase y nunca le había visto?". Durante una semana más me picó la nuca cada vez que entraba en clase, como si notase su mirada constante. En cada descanso me sentaba encima de la mesa con la excusa de hablar con Javi y Amanda, pero en realidad era para mirarle a los ojos, y ver cómo se revolvía la melena castaña mientras me sonreía con descaro desde las filas de arriba. Cada día cuando entraba era muy consciente de que me observaban un par de ojos en concreto de entre los más de doscientos que había en el aula, y sabía que eran de color azul caribe.

-Hay que ver con Dafne, cada día más guapa. ¿a quién quieres impresionar nena?

Comentó Javi un día al verme llegar con una minifalda roja imitación a cuero y un top oscuro ceñido conjuntado con mis botas militares.

-¿Por qué hay que impresionar a alguien? Me apetece arreglarme, eso es todo.- me senté junto a él un tanto molesta.

-Es por el chico de ojos azules de la fila de arriba, Diego creo que se llama, ¿no Dafne?

La muy asquerosa ni despegó la vista de su cuaderno mientras decía todo aquello, me quedé helada en mi sitio, mirándola con los ojos como platos y boqueando sin saber muy bien qué narices decir. Javi nos miraba a una y a otra, se giró para buscar a Diego y luego estalló en carcajadas.

-Parece que Amanda te ha pillado. Y el chaval me ha pillado a mi. Pero tienes buen ojo.- me sonrió aprobándole.- Parece que lo tienes en el bote.

Y vaya si lo tenía en el bote... No habían pasado ni dos horas cuando

recibí un mensaje de un número desconocido.

Desconocido:

Me gustó como te despediste el otro día.

Ojalá fuesen así todos los días...

Dafne:

Perdona, pero...¿quién eres?

Desconocido:

Pues, por lo que he oído antes soy al que tienes en el bote.

No se si sentirme un poco cosificado o....

Dafne:

Ay, mierda....

No te tengo en el bote, quiero decir, que no quiero tenerte...ya sabes.

Desconocido:

¿Y si yo quiero?

Dafne:

¿Eres Diego, no? Por confirmar, ya sabes...

Por si eres un loco o algo.

Diego:

¿Besas a muchos locos que quieren repetir?

Lo digo por saber si hay competencia o algo.

Dafne:

Ja, ja.

Es un poco raro que me escribas esto estando *literalmente* en la misma clase.

Después de eso solo hubo un *en línea* ensordecedor durante cinco largos minutos. Lo demás es historia. El día siguió como si nada y casi pude olvidar el extraño incidente de que un chico me hablase y...¿tontease conmigo? Esas cosas no pasaban, no a mi. No con un chico tan guapo y majo. No en la universidad. No con casi veinte años y pensando que sus ojos eran como el mar de una playa virgen, tan virgen como yo. Bueno, eso último me lo podía ahorrar porque me dolía hasta pensarlo. Pero es que era cierto. Tanto tiempo... y cuando tuve ocasión me achanté por miedo. Y no por el chico en cuestión, sino porque no era mi mejor momento y simplemente no me apetecía. No me arrepentía de no haberlo hecho, pero esa falta pesaba ahora aun poco sobre mis hombros. Como si

todos los besos dados (que tampoco eran tantos, pero oye, eran algo) no fuesen suficiente al ver a Diego salir de clase con paso decidido, riendo con una chica de piernas largas y cuerpo de esos dignos de redes sociales. Él con su pelo revuelto, su sonrisa torcida como de chico malo y su aspecto de niño bueno. Era una contradicción demasiado bonita como para ser cierta y...se desvanecía. Porque no era cierta. Porque hay cosas son como son. Y aquello era un imposible de comienzo a fin, en negrita y subrayado en fosforito.

Al verle salir albergué la tonta e infantil idea de que me estuviese esperando a la salida. Así apoyado con un pie en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa solo para mi. Ya... qué daño hacían las películas. Aquel día regresé a mi casa como siempre, en tren y acompañada por mis amigos. Y así fueron los días siguientes también; Diego y yo no hablamos demasiado en clase, más bien nada. Pero si me mandaba mensajes continuamente. Hablamos de todo y de nada y yo... notaba algo, un ansia desconocida. Miraba su foto de perfil y sonreía como una boba imaginando ese mundo perfecto en el que él me esperaba a la salida de clase. Supongo que a todas nos pasa alguna vez. El soñar más de la cuenta.

Precisamente por eso hablé con Carlota, que seguía por ahí haciendo sus prácticas de azafata, que la impedían quedar conmigo a tomar algo, pero no tener sexo en un avión. Cada día flipaba más, pero oye, me ponía los pies en la tierra como nadie, y yo a ella, que conste. Así que la llamé y le conté todo el rollo de los mensajes, le mandé capturas de pantalla y supliqué que me diese su opinión aún a sabiendas de que iba a escocer.

-Yo no me haría muchas ilusiones. A ver hay tonteo, y parece majo por lo que me has dicho, y es BASTANTE guapo. Pero no me gusta un pelo eso de que no te hable en persona, ¿de qué va? Y más aún después de decirte que quería repetir....

-Ya...es que no puedo parar de pensar en él y en lo que hice y me muero de vergüenza, pero creo que yo también quiero repetir y no se qué hacer. ¿Le hablo yo?

-iNo, no no! De eso nada.

Y hay que ver que bien viene que las decisiones duras las tome otra persona de vez en cuando. Como cuando creemos que nos vamos a exponer, dispuestas a hacer el ridículo y alguien nos frena diciéndonos "que lo haga el primero, que demuestre todo ese interés que dice que tiene". ¿Es extraño, no? ¿Y si la otra persona piensa lo mismo?

-¿Pero tú que entiendes en eso? Porque yo entiendo que quiere que se repita lo de la sangriada y que puede que le guste y...-nervios. Colapso.

Cortocircuito. Darle al play al cuento de princesas.

-Dafne, cariño, no pienses tanto. Siempre te lo digo. No te emociones y no te montes películas. Sigue tu vida como si nada. Si quieres hablarle hablale, si quieres besarle hazlo. Pero no des más de lo que recibes, menos cuando ni si quiera sabes si vale la pena. ¿Me entiendes? Haz lo que te apetezca, pero piensa que ese chico no te quiere, no es el amor de tu vida ni tu el suyo. Todavía no. No te conoce de verdad. Es un "me gustas" susurrado bajito y con miedo. No te lances...-me suplicó.

Sabía que Carlota tenía razón. Pero la razón y nuestra mente hay veces que desconectan y todo pasa a ser impulso, corazón y arcoíris. Y...bueno. Le escribí alguna que otra tontería y me quedé esperando a que él respondiese, con las ganas bajo la almohada. Porque al final un beso no vale más que la medida que uno le da y... todos somos lo que tenemos que ser en las historias que nos toca vivir. Yo era el tonteo y unos besos incautos, y la chica de las piernas largas sería el rollo de fin de semana o la novia improvisada de mi mar de arenas blancas. Eso era todo. Al final lo asumí tras un fin de semana y una larga charla de silencios con Amanda, que veía mucho y preguntaba poco. Pero siempre se enteraba de lo que pasaba.

Pero el lunes me seguía palpitando en el pecho el mensaje que le mandé y su silencio absoluto.

Dafne:

¿Qué me dirías si te digo que yo también quiero repetir?

## Capítulo 4

### 4 Sensaciones

Si alargaba el brazo podía tocar el somier de la cama de arriba con facilidad. Tenía la vista clavada en las sábanas remetidas en la litera, en el bulto que la hundía hacia mi, como si el mundo se me abalanzase encima. El bulto era un chaval asiático que parecía un oso cavernario, no dejaba de roncar con fuerza y era lo único que se oía en aquella habitación. Por lo que casi tuve que dar gracias, porque me impedía concentrarme demasiado en mis pensamientos y emociones.

Si giraba la cabeza, cosa que hice de forma instintiva por romper el contacto con aquella red de metal, me topaba con el pelo color fuego revuelto sobre la almohada de una chica de la que ni si quiera había visto el rostro, pero que apestaba a pintura por todos lados y a algo más que no sabía identificar. Aquellos eran mis compañeros de albergue, los que me acompañaban por capricho del destino en esta nueva etapa de mi vida.

No podía dejar de darle vueltas al día que se estaba acabando, a lo mal que parecía haber hecho las cosas todo este tiempo y a lo mal que las había rematado. Me removí en la cama, tratando de encontrar una postura cómoda y mi mente viajó directa a aquella mañana. Al final fue imposible acallar mis pensamientos, no pude dejar la mente en blanco y dormir en paz.

A penas daban las seis cuando regresé al piso que compartía con Sofía, ella aún estaba en casa. Recién levantada, con su camisón corto y el pelo revuelto, sonrió al verme, seguramente aún medio dormida, sin acordarse de la pelea del día anterior. Y joder...se me hizo muy cuesta arriba. Se mordía el labio con timidez, apoyada en el marco de la puerta de *nuestra* habitación y yo solo podía pensar en ser ese labio, esos dientes, en morderla en todos los rincones que tanto quería y ahora sentía que se me escapaban.

-Buenos días.

Susurré tanteando el terreno, quieto en el pasillo, contemplándola mientras ella me miraba de arriba abajo, humedeciéndose los labios, recordando todo lo que había pasado la noche anterior.

-Hola.

Sonó fría como el hielo, pero sus ojos decían otra cosa. Su cuerpo decía mil cosas que nada tenían que ver con el *adiós* que nos separaba en aquellos momentos.

-Vengo a por mis cosas.

-Te he echado de menos esta noche.

Hablamos a la vez, pero eso no evitó que escuchásemos nuestras palabras, no evitó que se nos clavaran dentro. Por lo menos a mi se me clavaron, directas al estómago, atravesando mi corazón.

-No hace falta que te vayas. No te vayas.- se separó del marco de la puerta y dio un paso hacia mi.

-Tengo que hacerlo cariño. Tengo que irme...- la voz me fallaba.

Era débil, lo admito. Por ella lo era, incluso cuando no me hacía pequeñito bajo su sombra. Sofía me hacía débil y conseguía derretir en mi toda voluntad de algo distinto que no fuese complacerla. Porque la quería, la quería como no había querido a nadie, y me ardía por dentro, en las palmas de las manos y en los jodidos ojos que irme era lo último que quería. Me ardía y me podía el tocarla, el rozar sus labios una última vez, saborear su sabor y arrancarle suspiros... Pero me contuve todo lo que pude.

-Al menos despídete bien, ¿no?- lo dijo con la voz rota, con una lágrima temblando en sus ojos, pero se tragó todo eso.

Pude ver cómo se recomponía en unos segundos, como levantaba una barrera que nos separaría de por vida. Di un paso adelante, dos pasos, hasta que me coloqué frente a ella y a pesar de las dudas acaricié su rostro, aparté el pelo y se lo coloqué tras las orejas, besé su frente y la miré a los ojos tratando de hacerla entender todo lo que no me atrevía a decir con palabras.

-Te quiero.-murmuró contra mi pecho.

"Y yo a ti" quise decir. Pero no me salían las palabras. En ese instante era solo sentimiento, puro nervio, miedo, dolor, recuerdos a flor de piel....Yo era ese "te quiero" atragantado hecho persona. Y como no podía decírselo se lo demostré. Rematando las cosas bien, con madurez y siendo sensato, como ella me suplicaba... Puta ironía. Al final Sofía tenía razón: era un crío. Y lo fui mientras bajaba las manos por su espalda hasta sus caderas, mientras separaba sus labios con los míos y cuando la tumbé sobre *nuestra* cama y le hice el amor como hacía meses que no se lo hacía. Ella

me lo hizo a mi, dejó la madurez a un lado y me siguió el juego una última vez. Sellamos nuestra promesa en la ducha, mientras recogía mis cosas y ella se vestía para ir a trabajar. Nos dijimos "te quiero" mil veces con la mirada antes de que yo me fuese directo al aeropuerto. Y cuando dejé el piso también la dejé sentada en *su* cama, con mis llaves junto a ella y un hasta luego que llenaba todo. Porque nos queríamos, porque no sabíamos querernos. Porque ella esperaba que fuese de los que se arrodillaban y cumplía todos sus sueños. Y yo no veía eso, no me visualizaba con un perro, dos niños y pagando una hipoteca. Porque era un puto crío, que huía de nuevo, que buscaba algo en la vida que no tenía claro.

Esa mañana me subí a un avión con dos maletas llenas, rumbo a Londres, sabiendo que lo había hecho todo mal, pero que al menos ella sabía que lo había hecho con amor. Que siempre la querría. Dos maletas llenas de recuerdos, errores, decisiones que me habían hecho a mi mismo y resentimiento hacia todas las promesas que no había cumplido, por no dar la talla. Llevaba dos maletas que pesaban más que mi vida, pero tenía que ser fuerte, tenía que ser grande.

Llegué a Londres sin nada planeado, encontré un sitio donde dormir y empecé a buscar un trabajo ese mismo día. Y mientras los días se sucedían y todo parecía igual, caótico y ajeno a mi, entendí que esa era mi vida. Que hasta que no pusiese ese caos en orden no me iría bien, no aprendería que las culpas no eran solo mías. Pero para eso aún quedaba un tiempo, unos cuantos errores más y que *ella* apareciese para iluminarme el camino.

## Capítulo 5

### 5 El paso lógico

Comencé la semana sin presentir que se avecinaban cambios. Me senté en mi sitio de siempre y seguí con mi vida como si Diego no existiese, como si los besos robados a la cordura no hubiesen tenido lugar. Pasaron cinco largas horas en las que me sumergí en las clases y en las risas de Javi y Amanda. Cuando salí del aula ni si quiera pensaba ya en él, ni me interesaba saber quién era en realidad. Había conseguido convencerme de que sus silencios no me atormentaban, simplemente me eran indiferentes, un pasatiempo que ya no iba a tener lugar. Salí por la puerta del aula con el resto de rezagados, distraída mirando mi bolso y cuando alcé la vista ahí estaba él. Javi y Amanda se debieron de oler algo, porque cuando me giré en su busca ya habían hecho mutis por el foro.

Y ahí estaba yo, con las manos sudorosas, mirando de frente a esos ojos azules que me retaban con una sonrisa a acercarme más.

Mi instinto básico hizo presencia, me obligué a separar la vista de él y continuar mi camino rumbo a la salida. Era un plan perfecto si no fuese por mi lentitud, por mi indecisión. Hacerme la loca nunca había sido mi fuerte.

-¡Dafne!- corrió tras de mi y me atrapó al vuelo, enredando su mano en la mía.

Me giré para encararle, gritarle que qué se creía que estaba haciendo, que me dejase en paz....Me giré para decirle muchas cosas que no tenían sentido y que se me olvidaron al instante. En cuanto escuché su susurro ronco, cuando me paré a sentir su mano grande y áspera rodeando la mía...Mi corazón parpadeó y se me fueron todas las ganas de gritar.

-Quería decirte que lo que quieres se puede hacer realidad.

Le puse cara rara, se que lo hice. Fruncí el ceño y la ñoñería no me impidió poner cara de "¿qué narices me estás contando?". Tiró de mi hacia su cuerpo con sutileza, de forma que su boca quedaba junto a mi oído. Ignorando mi desconcierto con una sonrisa propia de quien sabe lo que se hace.

-Me refiero a que me encantó estar contigo el otro día. Y creo que esta

última semana...la deberíamos borrar con un buen recuerdo.

Antes de que reaccionase, mientras aún procesaba sus palabras; unió sus labios a los míos, rodeándome la nuca con sus manos. Me dio un beso corto y tierno, algo que no esperaba de él. Al separarnos miré su cara, buscando una señal, pero solo vi ansias y una sonrisa que se ensanchaba...Era reflejo de la mía.

Diego:  
¿Me echas de menos o qué?

Dafne:  
No, sólo me pregunto si aparecerás o no...

Diego:  
No soy capaz de dejarte tirada, ¿por quién me tomas?

Dafne:  
Por un chulo arrogante.

Diego:  
No te cortes. Nada me afecta.

Dafne:  
Ya me lo imaginaba...

Diego:  
Me asusta la imagen que tienes de mi.

Dafne:  
Opino igual.

Diego:  
No te puede asustar que piense que eres una chica preciosa, inteligente, sensible y misteriosa que besa que te cagas.

Dafne:  
Me siento cosificada.

Diego:  
1) Esa frase es mía.  
2) Todo eso es verdad. Estaría encantado de demostrártelo...

No supe qué contestar, probé varias cosas pero....nada sonaba sincero. Porque mi única respuesta, la que me aterraba dejar brotar de mis dedos era "Demuéstramelo".

Pero aquello no era lógico, no tenía ningún sentido. Si hubiésemos hablado de quedar, salir a tomar algo... Eso lo aceptaba, eso sí era el *paso lógico* en esta extraña relación que estábamos construyendo. Pero sus palabras prometían algo mucho mayor, más emocionante y peligroso, algo para lo que no sabía si volvía a estar preparada, pero que me moría por probar.

Al final Diego no apareció por clase ese día. Nunca sabré por qué, supongo que tampoco era asunto mío. Resultó que sí que me dejó tirada, al menos así me sentí.

Regresé a casa sin más noticias tuyas. Cuando llegué eran cerca de las tres de la tarde, iba pensando en un buen plato de comida y una larga siesta para aliviar ese pequeño vacío que había dejado en mi pecho la última conversación.

Concentrada en lo contradictorios que eran mis sentimientos hacia Diego (cariño, anhelo, frustración, curiosidad, decepción...), estaba tan sumida en ellos, en esos pensamientos, que ni si quiera reparé en que mi madre estaba en casa.

-Hola cariño, ¿qué tal ha ido el día?- preguntó mi madre mientras metía en el microondas las sobras del día anterior.

-¿Mamá?- alcé la vista extrañada hacia ella.

Mi madre nunca llegaba tan pronto a casa, siempre echaba horas de más en la consulta. Era veterinaria y rara vez se negaba a quedarse en las urgencias o doblar turno, todo por el bien de los animales. Era una hippie total, cosa que me gustaba, me hacía sentir muy orgullosa de ella. No me importaba que llegase de noche, ya estaba acostumbrada a pasar la mayor parte del tiempo sola. Desde que mi padre se *fue* cada una se había volcado en lo suyo.

-Si, Dafne, ¿quién si no iba a estar en casa preparando la comida?

-Calentando sobras, dirás. Pues no se...- me encogí de hombros y dejé el bolso a un lado para sentarme a la mesa junto a ella.- Últimamente nunca comes conmigo, me ha extrañado.

-Pues eso habrá que cambiarlo, ¿no?- dejó un beso en mi mejilla y un plato de macarrones en frente mío.



## Capítulo 6

### 6

#### Dando el paso...

Septiembre estaba llegando a su final y durante aquellas últimas dos semanas habían pasado muchas cosas. Tantas que sentí la necesidad de hacer una lista y releerla para ser verdaderamente consciente de lo mucho que estaban cambiando las cosas.

- Ahora besaba mucho a Diego (a diario).
- Amanda y Javi se habían acostumbrado a Diego.
- La chica de piernas largas me odiaba un poco.
- Ahora yo era de esas que iban de la mano por ahí.
- Mi madre comía todos los días conmigo, incluso había salido un día pronto y fue a buscarme en coche a la universidad.
- Me veía guapa (pero seguía sin sentirme segura).
- Últimamente me reía mucho y con ganas.

Releí la lista un par de veces y decidí parar porque salvo un par de cosas todo era "*Diego, Diego, Diego...*" y mi vida no era solo eso, yo lo sabía. Pero era incapaz de pensar en otra cosa, cada vez que hablaba con Carlota -que seguía por ahí de viaje sin parar- le hablaba de él. De lo bonitos que eran sus ojos, de lo bien que me hacía sentir, de las ganas que tenía de besarle, de sentir su cuerpo bien pegadito al mío en un abrazo cada mañana, de cómo se despedía cada día de mi mientras esperaba al tren... Dios, aquel era mi momento favorito del día, como si fuese de película. Pero todo eso a mi amiga le daba igual. Carlota quería hechos, no palabras. Quería que quedásemos, que pasasen cosas importantes, avances, compromiso, algo. Y yo, cada vez que me decía eso ponía ojos de cordero degollado y pensaba *ya está pasando algo*. Para mi todo aquello era un mundo. Que se sentase a mi lado durante horas y me acariciase la mano, trazando líneas y dibujos por mi brazo...eso era un *algo* como una casa. Pero nadie más lo veía. Javi me sonreía emocionado pero como le sonrías a un niño pequeño, con cierta mentira en los ojos; Amanda me rehuía la mirada cada vez que nos veía juntos. Y yo... yo estaba en medio de dos aguas, soñando con el cuento de hadas que tenía ante mi, y rumiando la idea de que todo tiene un final, de que nada es tan bonito.

Nada es tan bonito, es cierto, pero aún me quedaba bastante para hacerme a la idea de nuevo. Mientras tanto, ignoré mis propios sentimientos y dudas, dejé a un lado todo lo que no encajaba y seguí hablando a diario con Diego, en clase y por teléfono cuando nos separábamos. Nos habíamos contado prácticamente nuestra vida entera

cuando por fin decidió dar el *paso lógico*. Aquel fin de semana de comienzos de octubre me dijo de ir a tomar algo juntos y dar una vuelta. Aquello sentenció todo lo que vendría después. Pero por el momento diré que aquella primera cita estuvo genial. Tan genial que decidimos volver a quedar la semana siguiente.

-¿Dafne? ¿Qué horas son estas tía?

-*Hola Dafne, ¿qué tal? Si yo bien, te echo mazo de menos amiga...*

-Que si, que vale.- se rio de fondo.- Que te quiero mucho, pero...¿tu has mirado la hora? Que son casi las doce, tú nunca llamas ni haces nada tan tarde.

-Ya bueno, pero hoy si, por eso te llamo.

-Bueno, vale, vale. Pues cuéntame venga.

-Siento ser tan pesada de verdad...Pero es que he quedado con...

-Diego.

-Si. Y todo ha ido súper bien. Y me ha dicho de quedar la semana que viene otra vez.

-¿Y? Si dices que ha ido tan bien, ¿por qué lo dices con esa voz de duda, como si fuese algo malo? A ti te gusta, tu le gustas a él (porque sino es que es gilipollas el chaval). ¿Cuál es el problema?

-Carlota...Es que, me ha dicho de quedar en su casa, y quedarme a dormir. Que va a estar solo. Y, creo que quiero. Pero no se si debo.

-Aja.

-¿Cómo que "aja"? ¡¿Tú me has oído?! Dormir tía, *dormir*. Hasta yo se lo que significa eso.

-Hmmm.

-Mira, me estás tocando las narices. Dime qué opinas, que soy gilipollas por decirle que si, que debería pensarlo mejor. Di algo.

-Dafne, es tu vida ¡Vívela! Que ya es hora, tienes casi veinte años, ¡espabila! Si le has dicho que si yo ya no puedo decirte nada, que aún así era decisión tuya pero bueno... Si has aceptado será porque quieres quedarte de verdad. Díselo a tu madre y listo. Y luego me lo cuentas todo.

-Hmmm.....Le diré que me quedo a dormir contigo, que haces escala y aprovecho para verte ¿vale?

-Okey.

-Me da miedo.

-Tranquila, es lo normal. Ya tocaba dar el paso. Pero si no estás cómoda, si no te apetece por cualquier motivo en cualquier momento se lo dices o te vas, que no estás obligada a nada. Y llamas a Amanda y te vas con ella, ¿entendido?

-Si mamá...¡Mira que eres mandona!

-Y tu boba.

Tras hablar con Carlota me quedé más tranquila, me distrajo bastante con sus aventuras como azafata y al "aprobar" todo aquello. Desde que nos conocimos cuando me mudé, tras todo lo que pasó con mi padre, ella se convirtió en mi única y mayor confidente, y yo en la suya. Éramos el día y la noche, pero nos entendíamos como nadie lo hacía. Y que ella diese el visto bueno a la locura a la que había aceptado aquella tarde me daba confianza en que no estaba haciendo todo demasiado mal.

Diego me había pillado desprevenida, entre beso y beso, con mis piernas sobre las suyas y el pulso acelerado, me había hecho esa propuesta y yo...yo había aceptado sin pensarlo porque en aquel instante estaba deseosa de más, por decirlo de forma sutil. Pero ya en frío lo medite y joder....¡Estaba muerta de miedo! En menudo lío me había metido. ¿Y si no sabía que hacer? ¿Y si era incómodo? Yo no estaba hecha para aquellas cosas. Estaba mejor solita, viendo netflix en casa, viviendo los romances ajenos. Pero ya no había vuelta atrás y en el fondo me apetecía. Solo tenía que esperar una semana y ya. El terror y las ganas habrían desaparecido. ¿Fácil, no?

## Capítulo 7

### 7

#### La vida es eso que...

Decir que encontrar dónde vivir y trabajar fue pan comido sería una mentira como una casa, pero mentí como un bellaco y se lo repetí una y otra vez a mi madre cada vez que llamaba. "Si, si mamá, no te preocupes está todo solucionado. Ya me estoy instalando" decía mientras salía del albergue en busca de un buen curro. Y con "buen curro" también me estaba engañando a mi mismo, porque allí aspiraba a trabajar en un bar (cosa a la que me intenté resistir porque ya lo había hecho y me recordaba a Sofía echándomelo en cara) o trabajar en una tienda de ropa o algo por el estilo. Y ahí alguien tendría que haber gritado *iBingo!* Porque después de dos semanas de búsqueda conseguí trabajo como dependiente en una tienda de esas rollo Amancio Ortega, el único sitio donde me querían a pesar de mis importantes carencias con el idioma porque claro, ¿quién compraba más en aquel sitio? Los turistas, españoles más en concreto. Éramos como una puta plaga, de verdad, todas mis compañeras eran españolas, me sentía más en Albacete que en pleno Londres.

Pero era lo que tocaba. Una mentira menos que contar a mi madre. En cuanto a la casa....era una vergüenza, pero acabé pidiéndole prestado a mi hermano pequeño dinero para pagar el primer mes de alquiler de un piso compartido con otro chico, que resultó ser un alemán chiflado que no hacía más que ir de rave. Y no lo digo por decir, mira que a mi me iba la fiesta, pero ese tío era de otro planeta. Apenas ponía un pie en la casa, solo dormía, comía algo rápido y se piraba a saber dónde. Así día tras día. Y a lo tonto pasó un mes, estábamos más cerca de mediados de octubre que del cálido septiembre en el que yo me marché de casa. Ya tenía una casa, había devuelto con intereses el dinero a mi hermano y no hacía más que trabajar. Cogía hasta los turnos que nadie quería con tal de ganar dinero y demostrar que era "responsable". Cómo si a alguien de verdad le importase, como si me observasen los de Gran hermano, a ver si la cagaba a la primera de cambio. Pero no, me mantuve firme, salí un par de veces con mis compañeras por socializar, pero allí todo valía un pastón y acabé declinando el resto de invitaciones. Me limitaba a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Llamaba a mi madre y luego ella me pasaba con Telmo al que podía decirle las cosas como eran, así sonando crudo y realista:

-Esto es una puta mierda, pero al menos es algo.- me repetía a mi mismo, intentando convencer a mi hermanito también de paso.

-Es algo y es mucho. Te fuiste sin nada y ahora...ahora tienes un sueldo y un techo. ¡Ya tienes más que yo!

-Ya, bueno.-comenté con desgana.- Supongo que sí.

Telmo se quedó callado un rato y yo no hice por hablar. Me jodía muchísimo ser un pringado de semejante tamaño, de andar buscando a mi hermano pequeño para que me consolase, para que entendiese y pusiese en perspectiva todas mis decisiones y me recordase que lo estaba haciendo bien, que todo iba a salir bien con el tiempo.

-Jon, ¿tú estás bien? ¿la echas de menos?- directo a la herida, clavando y removiendo el dedo.

-Estoy todo lo bien que puedo estar, si es que eso es una respuesta. ¡Pues claro que la echo de menos tío! Tres años no se borran en un mes. No es como con tus amigas. ¡Sentía muchas cosas, estaba metida en todo lo que hacía! Cada cosa que hago me recuerda a ella. Pero supongo que poco a poco lo voy separando...

-Entiendo. Separando...¿el qué?

-La idea que tenía de nuestra relación, lo que de verdad era, lo que sentía y lo que soy y siento ahora. Es todo un lío y supongo que lo voy ordenando. Tengo mucho tiempo para pensar y estoy recordando cosas que no me gustan Telmo. Cosas que gritaban que nada iba bien, pero no lo supe ver en el momento.

-Eh, tampoco te ralles. Sinceramente, si te vale de algo, yo creo que lo has hecho bien. Al irte, darte un tiempo... encontrarte a ti mismo y ver quién eres y en qué momento estás. Sofi era genial, pero me temo que no para ti. Y no quiero que le des vueltas ahora, lo digo por decir, no para liarte más. Ahora te toca vivir, hacer lo que te gusta. Y cada día te dolerá un poco menos todo. Tu solo confía y vive. Vive mucho.

-Telmo, eres como un señor de ochenta en el cuerpo de un chaval de diecisiete. Háztelo mirar tío. Pero gracias, de verdad.

Las palabras de Telmo me acompañarían las próximas semanas, puede que el resto de mi vida incluso. Ese "vive" que yo transformé en un grito desesperado, en un himno que me empujase hacia delante sin mirar atrás. Sin tener en cuenta que en las heridas no se pone una tirita y se sigue corriendo, hay que dejar que cicatricen, dejar que se aireen y vayan sanando poco a poco, viendo cómo queda la cicatriz. Porque la vida es eso que ocurre mientras se curan heridas viejas y surgen nuevas, la vida es eso que yo estaba dejando correr como el agua de la ducha, como el cauce de un río que me arrastra y engulle. Y las cosas no podían ser así. Tenía que vivir, VIVIR en mayúsculas, como eso de ser grande. Tenía que

coger las riendas, salir a flote, reencontrarme y hacer lo que me llenase de pasión...Música. Brillar. Aunque aún no era el momento para todo eso. Me faltaban un par de semanas para recordar de lo que era capaz siendo feliz, para poder escuchar el sonido de una melodía afinada, del punteo de una guitarra que hace revivir el corazón.

## Capítulo 8

### 8

#### Encuentros en la vida real

La semana se pasó más rápido de lo que hubiese querido, o puede que no. No se, la verdad. Ya no sabía ni lo que quería, todo era un "si pero no", incluso Diego. Que llevaba unos días esquivo, me besaba pero parecía que no estaba ahí a lo que había que estar, me tocaba pero no le sentía...Era extraño. Hablábamos como siempre, pero había algo distinto, puede que fuese menos efusivo o....no se. Seguramente era yo, que estaba rayadísima y me complicaba la vida sola. El caso es que llegó el viernes y salimos juntos de la facultad, caminamos de la mano hasta el tren y cogimos el sentido contrario al que yo estaba acostumbrada. Ya no había vuelta atrás. Tenía las palmas de las manos todas sudorosas y no hacía más que secármelas en los vaqueros. Esto era peor que quedar por tinder (y eso que no lo había usado en mi vida). Pero me lo imaginaba como algo trágico, en plan: tu, yo, no tenemos más remedio, ven aquí y te pego un buen meneo. Pues eso, horrible, traumático. Yo no quería eso. No quería sentirme así.

El trayecto fue breve, él miraba por la ventana del vagón y yo le miraba a él, al reflejo que me devolvía al cristal, y trataba de encontrar las semejanzas. *Es el mismo chico, mi mar del caribe de playas vírgenes.* Alejé ese pensamiento lo más rápido que pude, era mejor no pensar en playas vírgenes ni en nada por el estilo. Cerré los ojos y traté de relajarme hasta que Diego me avisó de que estábamos en nuestra parada.

A partir de ahí todo fue mejor, todo fluía como los días anteriores, con naturalidad y calidez. Me llevó a su casa, por centro de la ciudad, hizo algo para comer y entre risas y música se nos pasó la tarde. Aquello estaba bien, el dejarse llevar, reírme, estar besándole en el sofá, cada vez con menos ropa...Si. Me gustaba. O al menos en ese momento pensé que me gustaba. Puede que me autoconvenciese, o que de verdad lo disfrutase, que fuese la novedad, el pavor mezclado con la curiosidad...Ni idea. En definitiva, era un coctel fatal: dos adolescentes (¿con casi veinte años se sigue siendo adolescente, no?), solos en una casa, desnudándose capa a capa y comiéndose a besos...te puedes imaginar cómo acaba la historia.

-¿Te ha gustado? ¿Estás bien?-preguntó jadeante en mi odio.

Estaba recostada sobre su pecho, tumbada en una cama de noventa luchando por no acabar en el suelo o dejándome la espalda contra la pared. En mi cabeza rondando una única idea: "no ha sido para tanto". Sin mirarle a los ojos asentí y murmuré bajito una respuesta afirmativa.

-Me ha encantado. - besó mi coronilla y me estrechó fuerte contra él.-  
Eres preciosa.

-Hmmm...-me acurruqué en su pecho pensando que eso sí valía la pena, lo demás....aún no lo tenía claro.

-Dafne...

-¿Si?- me giré para mirarle a los ojos y sonrió.

-¿En un rato repetimos?

Me desperté a las seis de la mañana. ¿Qué cómo se la hora? Porque tenía que sujetarme a la mesilla para no caerme de la cama y justo enfrente de mis narices tenía un despertador de esos con luz. A las siete ya no aguantaba más. Estaba incómoda, molesta, decepcionada y...¿mojada? Con cuidado de no despertar a Diego me levanté de la cama y miré bajo las sábanas. Sobre la tela de color blanco se extendía un círculo irregular de color rojo, si...era sangre. No me hacía falta comprobarlo.

Ahora con la distancia veo que podría haber tenido un comportamiento mucho más maduro, quedarme a hablarlo o simplemente hacerme la loca. Pero, no, no. Ese no era mi estilo, lo mío era dejar que cundiese el pánico, no pensar y permitir que mi corazón y la vergüenza tomaran las riendas, eso que algunos llaman poner el "piloto automático".

Así que preferí recoger todas mis cosas, meterme en el baño a lavarme y vestirme y salir corriendo de la casa como una ladrona mientras Diego aún dormía profundamente junto a aquel pequeño rastro que yo había dejado.

Anduve por las calles aún vacías hasta la entrada a la estación de trenes, mientras en mi mente no paraba de repetir la noche anterior, en bucle, tratando de averiguar qué había salido mal. ¿Qué había hecho yo mal? Habíamos repetido tal y como él me había preguntado, y yo durante todo

ese proceso de morder-besar-moverme-acariciar-jadear sentía que todo estaba bien, que era como debía ser, que estaba a gusto. Pero al mismo tiempo...me faltaba algo. Un *je ne sais quoi*.

Sus ojos azules, su piel pálida y su sonrisa torcida me resultaban más frías y vacías al sentirle dentro de mi, como si la conexión hubiese desaparecido, cortada al dar *ese paso lógico*. No noté dolor pero tampoco sentí placer. De aquella noche solo podía sacar dos cosas en claro, puede que tres:

1) Había algo de Diego que fallaba, o puede que "con" y no "de" Diego.

2) Ya no podría pensar más en playas vírgenes, aquella excusa/miedo/ilusión ya no existía.

3) Era una cobarde y una cría. Y no tenía nada claro en la vida, al menos no en estos temas.

Pero no podía solucionar ninguna de esas cosas, al menos no en ese momento. Me daba vértigo tan solo de pensar en hablar con él o sobre lo ocurrido. Y es que si lo meditaba fríamente era cosa de dos, él había estado frío y distante toda la semana y yo no le había dicho nada. Eso era algo que él podía controlar, en cambio que yo le manchase la cama....eso no dependía de mi voluntad. Pero seguro que él lo comentaba. Ya empezábamos a conocernos mejor y....Para qué mentir, no me terminaba de convencer lo que veía. Detrás de todos esos mimos y palabras bonitas había algo feo que asomaba la cabeza. Y no quería quedarme a ver qué era. Todo lo demás eran excusas para poder salir corriendo.

Paré a desayunar para disimular y no llegar demasiado pronto a casa, y ya de paso pensé en llamar a Carlota, pero sinceramente no sabía qué contarle. Me daba hasta corte. Pero al final cedí y le conté como me sentía, relatándole detalle a detalle todo lo sucedido desde que salí de clase el día anterior. Y ella me entendió, sin más, no opinó, no me criticó. Simplemente me hizo comprender, como yo ya sabía, que hay gente que nos gusta y otra que *creemos* que nos gusta.

No supe manejar aquella gran verdad como debiera, lo se. Seguía un poco empeñada en el tema "Diego" en general, pero ahora estaba más deslucido. Había pasado de mar caribeño a Benidorm en pleno verano, mucho más real pero también menos gratificante para el alma.

Esa misma mañana, más tarde, empecé a recibir mensajes de Diego. Pero me dio pereza si quiera leerlos. Terminé apagando el teléfono y dejándolo

a un lado durante todo el fin de semana. Ya pensaría en como enfrentarme a todo aquello el lunes.

## Capítulo 9

### 9 El pozo

Lunes 5 de octubre. Apuntadlo y no lo olvidéis, porque ese es el día en el que caí en un pozo sin fondo del que era incapaz de salir. Procuré llegar con el tiempo justo, a poder ser para llegar tarde a clase y así no tener que hablar con Diego demasiado pronto. Creía que durante el fin de semana lo vería todo con perspectiva y llegado el Lunes tendría las cosas cristalinas, sabría exactamente qué decir y hacer para no quedar como una gilipollas delante suyo. Pero no pudo ser. Seguía estando hecha un completo lio, había evitado pensar en él todo lo posible, alejando el recuerdo de lo hecho como si no me perteneciese, intentando desdibujar todo un día de mi vida como si de un mal recuerdo se tratase. Me había pasado el fin de semana de compras con mi madre, retomando una relación abandonada durante años y que resultaba mucho más fácil de enfrentar que el amor. Y también tenía mucho más futuro.

Pero aún así me arrojé al fondo de ese pozo sin saber lo que dentro se escondía, ni lo pensé. Entre clase y clase Diego se plantó delante de mí y me suplicó que saliésemos al pasillo a hablar. Accedí. Me senté en un banco y él se quedó apoyado en la pared de al lado, con semblante serio, entre molesto y decepcionado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

-¿Qué pasó Dafne?

-¿Qué?

-Digo que qué pasó. Y dime la verdad. ¿Por qué te fuiste sin decirme nada, por qué no me has contestado a los mensajes? ¿iTu ves eso normal!?- hablaba con calma y sin elevar el tono, pero estaba alterado, la ira salía en olas de su cuerpo hasta el mío, chocando con brutalidad.

Quise decirle que se fuese a la mierda y me dejase en paz, que no tenía porqué darle explicaciones. Pero no fui capaz, me bloqueé. Moví la boca, pero no salió ningún sonido.

Movía las manos sobre mi regazo, jugueteando con un anillo, tratando de encontrar fuerzas para hablar. Pero solo podía centrarme en el bullir de mi sangre acelerada golpeando contra mis oídos, en el murmullo elevado de las voces que nos rodeaba, en su ira contenida que para mí eran gritos desgarrados...Sabía lo que venía si seguía por ahí, ataque de ansiedad y

vergüenza por no poder superarlo, por no saber controlarlo.

Respiré profundamente y exhale, y cuando alcé la mirada dije con toda la firmeza que pude reunir algo que no era totalmente falso:

-Me encontraba mal, no quise molestarte.

-¿Y el fin de semana? ¿Has estado estos días mal?- relajó sus hombros y sus brazos cayeron por sus costados.

Asentí, lívida de alivio, pensando que había conseguido capear la tormenta por una vez.

-No he podido salir de la cama. He venido porque mi madre me obligó. Perdona por no haberte dicho nada.

-No estarás mala por...ya sabes.

-No, no, nada que ver.- negué impetuosa.

Escuché como suspiraba de alivio, ¿de verdad le reocupaba tanto que me pusiese mala por...su pene? ¿Qué creía que tenía, poderes mágicos, una taladradora? De verdad que no le entendía, pero aún así esboqué una tímida sonrisa, o al menos el amago de una. El se sentó junto a mi y estrechó mi mano entre las suyas.

-Me alegro de que todo esté bien. Estaba muy preocupado. He pensado que la semana que viene te podría presentar a mis amigos, ¿te apetece?- asentí sin muchas ganas, pero él no lo notó.- Genial, he pensado que podríamos ir de fiesta. Tráete a alguna amiga o algo.- repetí el gesto afirmativo.- Venga, vamos a clase, no vayamos a llegar tarde.

Y fui con él a clase de nuevo, sabiendo que no había forma humana de salir de dónde me había metido. De ese pozo que era Diego, de lo que me había hecho sentir: la impotencia, los nervios, el miedo...Ese chico de ojos azul caribe, que ya no se acordaba del pavor que me daban las multitudes y el ruido, que ni si quiera se había molestado en preguntar si estaba bien... Solo le preocupaba que su pene no fuese un arma de destrucción letal. Y puede que sí lo fuese, porque desde que había hecho uso de él me repelía tanto como me gustaba, y de momento no sabía que sentimiento iba ganando.

-O sea, que le has dicho que sí. Esto necesito asimilarlo, ¿tu que te has fumado esta mañana Dafne? Porque no estabas pensando con claridad,

eso es evidente.

-No se Lota, no estaba pensando. No se, desde le otro día no tengo nada claro.

-Vale a ver. Tu tienes un problema muy serio,- hice amago de quejarme pero me calló con su discursito- y yo tengo una solución. Dile a tu madre que después de las clases del jueves te vas unos días, invéntate algo rollo "El viernes no hay clases", lo que sea. Pero nos vamos cuatro días a que te aclares, así aprovecho y te veo.

-¿Qué? ¿Pero a dónde? ¿Cómo? ¿Te has vuelto loca?

-No, no estoy loca. Pero puede que tu si. Así que calla y asiente, haz las maletas y díselo a tu madre.

-Yo no me voy a ningún lado.

-Ya verás que si.

-Que no.

-Mira tía si accedes a salir con un tío que te castiga con tu peor miedo por no contestarle al móvil, porque te está castigando ya te lo digo yo. También vas a acceder a irte de viaje con tu mejor amiga. Y ya está. No hay más.

Y al final, como siempre, Lota se salió con la suya. Le dije a mi madre que nos habían cancelado las clases del viernes y que Lota me había invitado a pasar esos días con ella, y mi madre asintió convencida, accediendo a que me fuese desde el jueves después de clase a...A saber a dónde. Amanda me dijo que no me preocupase, que ella me pasaba los apuntes, y ya de paso me dio una pequeña charla sobre que Diego no me convenía y blablablá. Me ahorraré todo eso. El caso es que me iba a ir de viaje sorpresa, y eso me devolvió un poco la vida. Aunque Diego no tardó en recordarme que estaba en el fondo de su pozo oscuro, que él me rescataba o dejaba hundir...

## Capítulo 10

### 10

#### El dolor ya no duele tanto

Llevaban media hora dando vueltas por la tienda, media hora mirando chubasqueros y jerséis, hablando más alto de lo que deberían sobre sus vidas, pensando que nadie las escuchaba. Claro, pobres, ellas no sabían que aquí las entendíamos todos y a ver quién era el listo que se lo decía...

-Aitana, contrólate por dios.- murmuré a mi compañera, que se estaba atragantando con su propia carcajada.

-*Sorry, sorry...*- se alejó de la zona de cajas para irse en paz a reír y me dejó a mi con todo el marrón.

-A ver, pero que no es para tanto tía. Mira nos ponemos guapas, vamos, conocemos a sus amigos y en menos de media hora si todo va bien tu ya no estás dentro de la disco. Si tu quieres claro, que después de lo del otro día...

-iNi me lo recuerdes! ¡Qué mal lo pasé! Lo voy a intentar, pero no prometo nada. Y no, no, tu te quedas conmigo y nos volvemos a casa juntas. No me apetece irme con él otra vez, o sí. ¡A saber! Pero eso da igual. Hasta que no me aclare nada.

Era como una vieja cotilla, pero es que la conversación de esas dos estaba interesante. La chica de ojos verdes parecía morir de vergüenza cada vez que su amiga le comentaba cosas sobre un chico, un tal...¿Diego? Y era adorable. Y bueno que todo sonaba a culebrón del bueno y yo eso no me lo perdía.

-Pues si tenemos que esperar a que te aclares me puedo ir metiendo a monja. ¿Pagamos?

-Si venga. ¡Mira que eres exagerada! Es que tu eres muy promiscua, que no es lo mismo.

Llegaron a la altura de la caja y yo me quedé como un imbécil mirando a la chica de ojos verdes, tratando de contener una sonrisa, sin darme

cuenta de que su amiga me tendía un par de cosas para que se las cobrase. Parecía perdida, con un poso de tristeza en los ojos, o puede que vacío, o tal vez es que sus ojos eran raros y bonitos y yo le quería dar un toque poético, ni idea.

-*Excuse me...Hi...* Tía, este se ha quedado embobado mirándote, yo flipo.

-*Hi! I´m so sorry.*- contesté a la más alta, pero dirigiendo un gesto de disculpa a la chica de ojos verdes.

Comencé a cobrar las cosas de las chicas lo más lento posible, esperando a ver si seguían su conversación.

-Bueno, entonces si no hay nada de lo que hablar y no lo vas a hacer más...¿Podemos aprovechar estos días, no?

-Ya lo hablaremos Lota, ahora solo puedo pensar en comer.

-¿Comer...?-la amiga elevó las cejas insinuando algo que...Mejor no prestarlas demasiada atención.

-No. Comer, sin más. Comida. ¿La has probado alguna vez?

Les tendí las cosas y dije el precio, pero dije el precio claramente sin usar la neurona que me quedaba.

-Son treinta y seis libras.

-¡Anda mira, si le entiendo bien y todo!-dijo la alta mirando a su amiga con una sonrisa.

La chica de ojos verdes se puso colorada e hizo un gesto a su amiga.

-¡Mierda! ¿Eres español, no? Claro que lo eres...-comentó mirándome- ¡Se llama Jon! ¿Ese no es el que te gusta Dafne? ¿Cómo es....Kortajarena?

-Anda vámonos...-cogió la bolsa y tiró de su amiga, pero esta se soltó.

-Que bien que eres español, ¿nos podrías decir dónde se come bien por aquí? Estarías salvando a dos pobres chicas de morir de hambre.

Aquella chica era un caso, un puto espectáculo, alta, con cuerpazo, guapa y encima sin vergüenza alguna, en esto último parecía opuesta a su amiga. Con una carcajada me encogí de hombros.

-La verdad es que no suelo comer por ahí, pero espera un momento.- hice un gesto con un dedo para que esperase y me giré- ¡Aitana, ven aquí anda!-Salió del almacén con la cabeza gacha y me miró suplicando que la dejase ir sin pasar más vergüenza.- Me están preguntando por un sitio chulo para comer, tu lo tienes más controlado, ayúdala anda...

Aprovechando que Aitana se animó a hablar con la chica yo me acerqué a la otra, a la de los ojos bonitos, como verdes con motas marrones.

-Ey...Siento haber escuchado todo, pero tu tranqui, que tampoco me he enterado bien.

-Nada, tranquilo. Si es que mi amiga grita demasiado... Perdón por...-hizo un gesto señalando a la caja- Todo. Ella es así. No tiene filtro.

-Bueno no pasa nada. Ya se que tienes buen gusto, los Jon es que somos irresistibles, ya lo decía mi abuela...- la chica dejó escapar una carcajada y juro que se me iluminó el puto mundo.

-No te lo niego.

Nos quedamos mirando a los ojos unos segundos, y curiosamente no se me hizo incómodo, al contrario, durante esos instantes sentí ganas de vivir de nuevo, de dejar que todo brillase, de disfrutar otra vez. Vivir mis veintitrés años como si tuviese quince.

Dio un paso atrás, alejándose de mi al ver a su amiga acercarse con la bolsa de la ropa.

-Bueno Jon, un placer...

-Lo mismo digo.

-¡Adiós guapo!-se despidió la amiga con un gesto de la mano.

Se fueron de la tienda sin mirar atrás y yo me quedé unos segundos ahí, en medio de la tienda, mirando la puerta y pensando en quién sería esa chica y qué había hecho para que durante un instante el dolor no doliese tanto, Sofía desapareciese de mi mente y....sintiese que hacía lo que mi hermano me había suplicado. Vivir. De verdad. Así como era yo antes, antes de caer en la rutina con Sofía. Y quise volver a verla, salir corriendo y no separarme de ella hasta que tuviese que irse. Suena estúpido, raro, un poco de psicópata, pero cierto. Ella había conseguido con una carcajada y una mirada lo que yo llevaba intentando recuperar más de un

mes. Así que pido perdón a quien haga falta, lo siento de verdad, pero en ese momento preferí dejar la cordura a un lado y solo...viví.

# Capítulo 11

## 11

### Salto de fe

No hizo falta mucho para que Aitana se fuese de la lengua y me dijese la dirección del restaurante al que las había mandado. Así que con las esperanzas puestas en que estuviesen allí y empleando mi tiempo de descanso, salí corriendo hacia ese lugar. No estaba demasiado lejos pero recorrí las calles con prisa, tropezando con la gente, corriendo, pensando en que el brillo desaparecía poco a poco, que la vida se me escapaba con cada respiración acelerada, con cada zancada.

Llegué a la puerta del *Lior's* con el pulso acelerado y un tanto cansado, así que me di unos segundos para recuperar la "compostura", pero no perdí el tiempo y aproveché para buscarlas a través del cristal que daba a la calle. Localicé su mesa por las risas, eran fáciles de ubicar, no se molestaban demasiado en no llamar la atención, más bien lo contrario. También aproveché para hacer una llamada a Hans, mi compañero de piso y pedirle un favorazo, cosa que en realidad nos iba a venir bien a todos, sobre todo a nuestra relación prácticamente inexistente.

Fue un salto de fe inmenso, sentí que estaba a punto de tirarme desde un rascacielos, por eso era mejor no plantearse las cosas demasiado, porque si no dudabas. Abrí la puerta del restaurante con decisión y fui directo hacia su mesa, la primera en verme fue la chica alta, creo que se llamaba Lota, que abrió la boca de la impresión y luego esbozó una pequeña sonrisa. La chica de ojos verdes tardó un poco más en darse cuenta, no reparó en mi presencia hasta que no escuchó a Lota hablar.

-Hombre, qué sorpresa Jon, ¿cómo tú por aquí?- su amiga se giró rápidamente hacia donde se dirigía la mirada de Lota y sus ojos toparon con los míos.

La energía regresó, esa electricidad, las ganas. Fue mágico, el sentirse vivo de golpe, el ver que todo merecía la pena. Ese sentimiento de euforia me impulsó a hablar.

-Venía a preguntaros una cosa.

-¿Se nos ha olvidado algo?- preguntó cohibida. Lota negó con la cabeza.

-No, no...¿Tenéis planes para esta noche?- y lo dije mirando a sus ojos. De hecho no había separado la vista de ella en ningún momento.

-Pues la verdad es que...

-No, que va. ¿propones algo?- la interrumpió Lota.

-He quedado con mi compañero de piso, Hans, para salir a tomar algo a un local con música en directo. Y me preguntaba si os apetecería venir. Porque no os recomiendo ir a los típicos pubs, es un asco. La gente se pone hasta arriba y son...

-Vale.-me sonrió Lota con guasa.- Dafne, dale tu número y quedáis ya en algún sitio o que nos pase la dirección. Yo mientras voy al baño.- me guiñó un ojo, mientras Dafne cogía un poco molesta su móvil.

Me agaché junto a ella y sonreí de forma inconsciente al ver su fondo de pantalla de Jon Kortajarena. Pues si que le gustaba...

-Si no quieres venir lo entiendo perfectamente, Dafne.-vi como sus dedos dudaban al escucharme pronunciar su nombre y se giró para mirarme de nuevo.

Yo hice lo mismo, me permití mirarla con detalle, tratando de retener su imagen para siempre, a ver si alimentaba mis ganas de vivir igual que con su presencia. Piel tostada, ojos verdes con puntitos de castaño claro, pelo oscuro y liso, labios carnosos y sonrojados...Era preciosa. Como un cervatillo perdido en medio de la jungla.

*Bfff...estaba fatal, Telmo me estaba empezando a contagiar sus delirios de sabio.* Carraspeé para despejarme y retomar lo que estaba diciendo.

-Se que no nos conocemos de nada, no quiero que te sientas obligada. Aunque tu amiga haya dicho que si.

-No te preocupes, seguro que está guay, no me he molestado por eso. Aunque ha sido toda una sorpresa que aparecieses aquí...

-Ya, la verdad es que no lo he pensado mucho.

Aquella frase escondía mucho más de lo que ella o yo pudiésemos entender en ese momento, esa frase fue mi perdición, la antesala a un te quiero más grande que nosotros, a una vida en color y no en blanco y negro. No se que entendería ella en ese momento, qué pensó de mi y sobre todo lo demás, solo se que aceptó, con una sonrisa me pidió el número de teléfono y me mandó un mensaje.

Dafne:

Dime que eres el Kortajarena y esto no es un sueño.

Me reí con ganas al leer el mensaje, al parecer no era tan tímida, ni estaba tan perdida como parecía.

-Si bonita, lo que pasa es que me gusta llevar vida de pobre vagabundo, por disimular.

-Pues eres un vagabundo muy guapo Jon, no pasas desapercibido en absoluto.

Hasta ella se asustó de sus palabras, ya no era el único que no pensaba las cosas...Y eso me gustó. Porque ella también había saltado a ciegas hacia algo desconocido.

Justo después apareció Lota y yo me despedí con indecisión.

Lo único que me mantuvo un tanto centrado el resto del día fueron las pullitas de Aitana, pero en su contra estaban mis ganas de volver a ver a Dafne y los sobresaltos que me llevaba cada vez que sonaba el teléfono con el ruidito de un mensaje nuevo. En definitiva, el día se hizo eterno y no tuve cabeza para nada que no fuesen los mensajes de Dafne preguntando que dónde quedábamos y a qué hora. Y la luz, esa luz cegadora que cubría cada rincón de mi mente y se escurría hacia fuera.

## Capítulo 12

### 12

#### **Sigue el ritmo, déjate llevar**

Estábamos en la boca de tren de Shoreditch a las ocho de la noche. Carlota no hacía más que quejarse de que era demasiado pronto para ir a ningún sitio y de que hacía un frío de la leche. Yo no les daba demasiada importancia a esas cosas, sólo quería descubrir cómo era el sitio al que íbamos a ir, un local llamado el Village Underground, me había contenido para no buscarlo en google.

Dafne:

Ya estamos aquí, hemos venido en taxi, pero nos ha dejado en la entrada al tren.

Casi al instante recibí una respuesta:

Jon:

Genial, nosotros estamos llegando.

Dafne:

No tardes mucho, Carlota está mutando a cubito de hielo. Bueno, más bien a Frozen versión malvada.

Jon:

Por cierto, ¡que chulas las botas!

Dafne:

¿De qué hablas?

Jon:

Anda deja el móvil.

Levanté la vista y me le encontré parado a unos metros de nosotras, Lota no le había visto porque intentaba distraerse del frío con su móvil, seguramente hablando con el piloto ese, que seguía sin caer rendido a sus pies.

Estaba impresionante, con unos vaqueros oscuros, deportivas, camiseta blanca y sobre esta una camisa de franela roja y una chaqueta de cuero.

La camiseta blanca dejaba entrever unas cadenas finas, colgantes que no vería jamás seguramente.

A su lado un chico alto y rubio iba vestido parecido, pero con camisa y chaqueta vaquera.

- ¡Hey! ¿No te estás muriendo de frío? - le saludé con una sonrisa.

Él negó, haciendo que su pelo largo rozase su frente.

-Que va. Hola. – se acercó para darme dos besos.

Lota ya había vuelto a la realidad y se había presentado ella solita al otro chico, al alto y rubio de ojos claros.

-*Dafne, this is Hans, we share flat.*- Me presentó a su compañero de piso.

Tras acabar las presentaciones y saludos, nos preguntaron si habíamos cenado y ante nuestra negativa acabamos en un bar cercano, una especie de taberna con la "elegancia" de Peaky Blinders pero con mesas de madera grandes y bancos rollo medieval. Una cosa muy rara, pero bonita. El techo estaba lleno de banderines de colores, la gente se juntaba en corrillos, jugando a las cartas y cosas por el estilo mientras se tomaban una cerveza y comían algo. En ese barrio parecía que se juntaba todo lo alternativo de la ciudad y el conjunto resultaba hogareño, a pesar del ruido y gente excéntrica que se mezclaba sin ton ni son.

-Este sitio es genial, ¿cómo se llama? -pregunté alzando la voz, para que Jon me escuchase entre el barullo.

-The Old Blue Last. Está guay, ¿a que sí? Hay días que hay conciertos en directo y cosas por el estilo. He venido alguna otra vez y me encanta.

-Mola mucho, ¿se parece a dónde vamos a ir luego?

-Bueno...La verdad es que eso ha sido cosa de Hans, que es bastante fiestero, así que ni idea. Es una sorpresa para todos.

Asentí y miré instintivamente a Hans, el pobre estaba aturullado con todo el despliegue de encantos que mi amiga estaba haciendo. Se estaban incluso entendiendo, y eso que Lota y el inglés...no se llevaban precisamente bien.

-Parece que están entretenidos. - comentó Jon, siguiendo mi mirada.

-Si...Como nosotros.

-Si.

Y ese "sí" me sonó a un mundo. Fue el detonante de todo lo demás: una hora de conversación perdida en sus ojos oscuros, en su sonrisa dulce un tanto ladeada...Una hora de conversación sobre lo que nos gustaba y lo que no, sobre la vida en Inglaterra, nuestros estudios y mil cosas que puede que ni recordase.

Entré en un trance extraño, puede que por la cerveza servida en jarra – de la que me tomé mínimo dos, máximo... no se-, puede que por estar riéndome con dos desconocidos y mi mejor amiga en un bar de Shoreditch o porque me lo estaba pasando bien, sin pensar en Diego, sin notar la ansiedad en el pecho y pulmones al verme rodeada de tanto ruido y gente. Sentí que era yo de nuevo, la chica que desapareció un domingo cualquiera de Rastro en Madrid durante 2017. Me sentía reluciente, como nueva, normal. Entré en tal trance que salí del local, en dirección al Village Underground de la mano de Jon, riendo como dos niños mientras Lota se fumaba un cigarro a medias con Hans. Y en ese instante, bajo las estrellas, con toda una noche por delante (y una vida), sentí que era feliz. Que todo era posible. Deseé que aquella noche fuese eterna, que esa Dafne durase para siempre.

## Capítulo 13

### 13 El dilema

La música estaba alta, demasiado alta. Repitiendo un patrón constante, bajo, penetrante. Música electrónica. El horror, mi perdición, el camino directo a un ataque de ansiedad. Luces de colores en movimiento, parpadeantes. Gente sudorosa por todas partes a mi alrededor, saltando, bailando.... Lota bailaba con Hans, provocándole con una sonrisa traviesa, tranquila, relajada...como siempre. Al contrario de mi, que estaba recta, envarada, nerviosa y perdida. Sin saber qué hacer, buscando una salida por si a caso las cosas iban a peor y no las podía controlar.

Jon me tendió una mano, mano que vi borrosa, todo hay que decirlo, pero que tomé con decisión.

-Cierra lo ojos, confía en mi.

Le miré con duda, pero hice caso y cerré los ojos.

-No te voy a soltar, tú solo sigue el ritmo. Escucha la música, el ritmo constante y fluye. No pienses en la gente, ni en el ruido...- fue diciéndome mientras me guiaba y hacía bailar con él.

- Solo siente nuestras manos. ¿Notas mi piel?- Sus manos grandes rodeando las mías.

-Si...-Me acercó más a él y llevó una de mis manos a su pecho.

-¿Notas mi corazón?

Noté la boca pastosa, la garganta seca y seguramente estaba roja como un tomate, aunque no se viese al estar a oscuras. Notaba su corazón acelerado, más que la música, golpeando contra el pecho fuerte que se intuía al tacto. Su piel estaba cálida incluso a través de la camiseta.

-Si. -contesté al final.

-Bien. Abre los ojos.- murmuró en mi oído.

Sólo escuché sus palabras desde ese instante en que abrí los ojos, nada de música y voces ajenas. En mi campo de visión solo entraban él, sus labios entreabiertos, su pelo castaño revuelto que pedía a gritos que pasase una mano por él, y sus ojos oscuros que se perdían en los míos.

Todo lo demás desapareció, así de fácil, todo atisbo de ansiedad se perdió entre su cuerpo y el mío.

Al cabo de un rato se volvió a acercarse a mi oído:

-¿Quieres que vayamos fuera?

-Vale. Vamos.

Estábamos rumbo a la salida, apartando a la gente a codazos (y yo sin inmutarme, aquello era impensable), cuando Hans se cruzó en nuestro camino y frenó a Jon con una palmada en el pecho. Jon no soltó mi mano en ningún momento, mientras hablaba con Hans. No capté ni una palabra porque tenían que gritarse al oído para entenderse. Pero al final Jon se giró hacia mí y me pidió que le acompañase. Dimos media vuelta y se dirigió hacia el fondo del local precedido por Hans.

No me di cuenta de dónde estábamos hasta que me encontré subiendo unas escaleras que llevaban directas al escenario donde había colocados unos instrumentos. El DJ se había retirado y ahora la música venía de los altavoces distribuidos por todo el local.

-Va a haber un concierto en un rato. Y Hans, que es un *genio*, me ha hecho el lío para que toque. Vamos para que haga de telonero.

-¿Tocas?-fue lo único que se me ocurrió. Estaba un poco desubicada.

-Sí, la guitarra y la batería y canto, o al menos lo intento.

-Vaya, eres todo un portento. - le quitó importancia con un gesto y me sonrió emocionado.

- ¿Me esperas aquí? Lota debe de estar cerca, Hans me ha dicho que estaría por aquí.

-Sí, claro. Ve y disfruta.

Lo que pasó a continuación me dejó más perdida aún. Tiró de mi mano para atraerme hacia él y depositó un beso en mi mejilla antes de irse corriendo al escenario. Donde le dieron una guitarra y Hans se ofreció a tocar la batería con él.

¿Qué estaba pasando aquella noche?

Aún estaba sonriendo como una imbecil cuando Lota apareció como por

arte de magia a mi lado.

-Perdón nena, es que he ido a buscar el baño y esto es una locura. - me miró detenidamente- ¿Estás bien?

-iSiii!

-Vaaaale.....Estás rara, pero rara guay. Así que voy a hacer como si nada.- me abrazó con fuerza y nos separamos al escuchar la voz de Jon a través de un micrófono hablando en inglés.

-iHola a todos! Soy Jon y a la batería está mi colega Hans. Vamos a tocar una canción de You me at six, que representa bastante mi vida en este momento. ¡Esperamos que os guste!- habló con aplomo, agarrando el micro con decisión, como si hablar para cientos de personas desde un escenario fuese lo más normal del mundo. – Esto es The Dilemma.

Luego cogió su guitarra y tocó los primeros acordes, Hans le siguió. La gente empezó a gritar y saltar emocionados. Coreando la letra mientras el hacia el escenario suyo y yo le miraba impresionada.

La letra decía mucho, mucho y poco bonito y si aquello le representaba...¿Cómo sería su vida? ¿Quién le habría hecho tanto daño?

*Let me tell you a story bout' a boy and a girl,  
A very different version than you've ever heard.  
Okay so I'm lying but all I'm trying to say,  
This isn't about the one that got away.*

*Watch it from your ivory tower,  
Paint the sky gray, like a coward.  
How long've you got?  
I can go on for hours.  
A sweet little tale that ended sour,  
My words will ring in your ears.*

*Take my advice and leave right now.  
You're gonna find a way to sell yourself,  
To someone who cares,  
To someone desperate.*

La canción seguía hablando de una chica perfecta, de cómo engañaba al chico y cómo este al final veía que tenía mejores cosas que hacer, que jamás la elegiría a ella de nuevo. La chica no reconocía al chico, pero tal y como lo cantaba Jon parecía que ni él se reconocía a si mismo. Y claramente, viéndole ahí en lo alto, cantando con desesperación y

rasgando las notas de su guitarra...Él había nacido para eso, y no le reconocía en el chico amable y dulce que me había hecho olvidarme de todo hacía unos minutos. Ahora era como una estrella de rock ganándose a todo el local, pronunciando palabra a palabra como si esa historia le perteneciese, convirtiéndose en una persona distinta que brillaba con luz propia. Pero a pesar de todo aquello, parecía más él ahí arriba, cantando y saltando, que nunca antes desde que le había conocido. Y lo comprobé de primera mano cuando la canción llegó a su fin, las últimas notas de la guitarra flotaban aún en el ambiente cuando Jon se giró hacia el backstage y mirándome a los ojos lanzó un beso. Sus ojos transmitían una euforia que me contagió. Ante la atónita mirada de Lota que aplaudía ilusionada por la actuación, salí corriendo hacia el escenario y salté sobre él en un abrazo.

-¡Ha sido una pasada! ¡Qué locura!

-Todo gracias a ti. Me haces brillar, *tu* brillas.

Me estreché entre sus brazos y me dio un par de vueltas ante los ojos de todo el mundo. Cuando mis pies tocaron el suelo de nuevo le devolví el beso en la mejilla, ya me daba igual todo. Perdí toda cordura en la segunda cerveza o puede que al notar su corazón golpeando contra mi mano.

-Has nacido para esto.- susurré en su oído antes de dejarle disfrutar de su momento.

Cuando regresé junto a Carlota le llegaba la boca hasta el suelo. La tenía abierta en gesto de sorpresa. Me cogió por los hombros y zarandeo un poco.

- ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? - preguntó con risa histérica.

Respondí encogiéndome de hombros. Yo tampoco lo sabía, solo podía decir que junto a Jon me sentía bien, me sentía de nuevo yo, la que hacía locuras de vez en cuando, la que sentía y sentía y se dejaba llevar por todo eso. La Dafne que se dejaba la timidez en casa y disfrutaba del momento.

## Capítulo 14

### 14

#### Tu piel y la mía

No estaba eufórico, lo que sentía era algo más, mucho más grande y revelador. Hans me había hecho un hueco en el escenario porque conocía a uno del grupo que iba a tocar, al parecer estar todos los días de fiesta tenía sus ventajas. Él sabía que yo tocaba y cantaba porque me había escuchado en casa y alguna vez habíamos hablado de música y eso, pero que él tocase la batería....Me dejó loco, para qué mentir. Había sido impresionante, por unos minutos me había sentido como una estrella del rock y eso... que la gente respondiese bien a pesar de cantar una canción de otra persona, con solo una guitarra y una batería, me dio muchas esperanzas. Esperanzas de que mi oportunidad aún no hubiese pasado, de que resultase que no se me daba tan mal ni tenía tan poco futuro como Sofía insinuaba.

Y que Dafne me hubiese abrazado...Lo que había dicho: "*Has nacido para esto*". Me había terminado de convencer; yo quería tocar, siempre había querido y hacía meses que no componía ni tocaba nada propio, pero ahora me veía capaz de nuevo. Sabía que podía y sentía que debía hacerlo. Me lo debía a mí mismo, a mí yo del pasado y al del futuro, que me agradecería no dejar algo tan inmenso pendiente en mi vida.

Me bajé del escenario entre risas y empujones con Hans, aquella noche, por primera vez parecimos colegas de verdad y no simples compañeros de piso. Y es que desde ese día fuimos inseparables, pero de eso ya os enteraréis.

En cuanto localicé a Dafne corrí a abrazarla de nuevo, sin terminar de creerme que me habían aplaudido a mí. Quería compartirlo con ella, que supiese lo mucho que significaba para mí en aquel momento, incluso si no la volvía a ver, a pesar de apenas conocerla...Esa noche ella era mi luna y mis estrellas, la razón por la que había salido a cantar una canción que me recordaba a mi ex y que era más un ejercicio de exorcizar mis propios demonios que otra cosa. Pero era por ella, gracias a ella. Y se lo hice saber. Me recibió con los brazos abiertos, y pasamos el resto de la noche, hasta bien entrada la madrugada, bailando juntos y riendo con nuestros amigos. Dejando que las horas pasasen sobre nosotros como una fina capa de inconsciencia, entre copas que nos pagaba gente emocionada por

reconocer al "loco que había cantado" y palabras susurradas a oídos.

Cuando nos quisimos dar cuenta eran las dos de la mañana, Lota y Hans habían desaparecido y no contestaban al móvil, nos habían dejado tirados, no había más explicación.

- Creo que nos han dejado solos Dafne...

Miró a su alrededor con aquellos ojazos verdes bien abiertos, buscando a su amiga -la cual era fácil de localizar- entre la gente.

-¿No nos han dicho nada?

-Yo creo que estaban un poco ocupados...-carraspeé y me revolví el pelo incómodo.- Ya sabes, dándole al tema.

-iPero llevan así toda la noche! Menudo par.

-Ya....

- ¿Te quieres ir a casa?

Me encogí de hombros sin saber qué contestar. La verdad es que no quería que aquella noche terminase, hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien y me daba pavor alejarme de ella y ver que todo se desvanecía como en un mal sueño.

Debió de reflejarse algo de todo eso en mi cara, porque su expresión se suavizó, se le fue el gesto de preocupación y esbozando una sonrisa canalla que juro, era lo más sexi que había visto en mi puñetera vida, me tendió la mano.

-Vámonos, anda.

Le di la mano, cosa que llevaba haciendo toda la noche. Desde que cenamos no habíamos parado de tocarnos al bailar, al andar... Su piel era como una droga que me infundía esperanza y seguridad. Y la seguí hacia la calle, paró a un taxi y le dio la dirección de su hotel.

En el coche se giró hacia mí, de nuevo con ese gesto tímido que la hacía parecer más niña de lo que era.

-Lota y yo estamos en un Bed & Breakfast pequeño, tenemos una habitación para las dos, una cama de matrimonio que compartimos...

Espero que no te importe. Y no me hagas arrepentirme, cómo seas un psicópata me muero.

-Dafne, nena- me reí enternecido por su repentina timidez e inocencia- si fuese un psicópata te mataría o algo peor, no haría falta que hicieses nada. Pero tranqui, duermo en el suelo, o si quieres te acompaño y me voy a casa.

-No, no, no. No voy a dejar que te traumatizen de esa manera. Te quedas y listo.

-Me quedo. - asentí y le apreté la mano mientras mirábamos la ciudad pasar a través de la ventanilla.

Entramos en la habitación entre risas después de que Dafne casi se cayese al abrir la puerta. Estupideces que tras unas copas de más y horas sin dormir eran lo más gracioso de nuestra vida, ya sabes. La agarré de la cintura para estabilizarla y ella me miró con un brillo en los ojos que no le conocía, entreabrió los labios como para decir algo e inspiró hondo, haciendo que su pecho quedase pegado al mío. *Mecagoenmiputavida*. La respondí mordéndome el labio, tratando de contener eso que empezaba a sentir en lo más profundo de mi ser, por ahí al sur de mi cuerpo, abajo del todo.

-Dafne...-me calló con un siseo y se acercó más a mi, haciendo que notase su respiración tibia en mi cuello.

Cuando habló noté sus labios rozando mi oreja, me estremecí de pies a cabeza con ese simple roce.

- ¿Sabes qué estoy pensando?

Negué despacio, estrechando mi abrazo y suspirando con fuerza tratando de contener todos mis instintos primarios, esos que me pedían a voces que mordiese sus labios y lamiese todo su cuerpo. Putas hormonas.

- Estoy pensando que me encantaría probar tus labios...Llevo pensándolo toda la noche. Eres tan guapo....- acarició mi rostro y pasó una mano por mi pelo.

Había girado el rostro y nos estábamos mirando a los ojos, entre nuestros labios solo había unos escasos centímetros que empezaba a estar dispuesto a salvar. Abalanzándome sobre ellos, dando rienda suelta a todo eso que se me estaba acumulando en el pecho. Pero me contuve. Me contuve no

por decisión propia ni de ella, porque Dafne se estaba acercando peligrosamente, milímetro a milímetro y yo no hacía nada por pararla. No. Me contuve porque sonó el maldito móvil, vibrando en mi bolsillo. Saltó el buzón de voz y volvió a sonar. Y al final tuve que cogerlo a pesar de saber quién llamaba a aquellas horas: Telmo, mi madre o....Sofía. ¿Adivinas quién era?

Tuve que pedir perdón a Dafne, que sonrojada -claramente muerta de vergüenza por lo que acababa de pasar- se hizo a un lado y me hizo un gesto de que iba al baño para darme espacio.

Descolgué bastante cabreado, para qué mentir. Tenía una erección incipiente, un beso en la punta de la lengua y muchas ganas de bronca con Sofía, porque siempre insistía. Y mira que habíamos quedado en no hablar durante un tiempo, dejar que todo volviese a la normalidad, superarnos y esas movidas que se suelen decir. Pero nada, ella me llamaba a las tres de la mañana hora inglesa -cuatro hora española-, como si llamar a tu ex en plena madrugada fuese lo más normal. Y lo que más me jodía era que descolgué el teléfono y la saludé con tono cansado, en vez de apagarlo y salir corriendo a por Dafne y ese beso que me moría por darle.

- ¿Qué pasa Sofía?

- Eeeey, ¿qué maneras son esas amor?

- Las que me salen de los cojones. ¿Qué horas son estas, *amor*?- la imité con ironía.

En su voz se notaba que había bebido más de la cuenta y digamos que, así con tacto, Sofía no era buena bebedora. Ni tampoco una persona cariñosa por naturaleza.

- La hora perfecta para llamar al chico al que he dado tres años de mi vida y llevo más de un mes sin saber de él, ¿qué te parece?

- Me parece que eso no vale nada, igual que yo no valgo nada para ti, ¿recuerdas? Soy un inútil que no cuadra en tu vida perfecta.

Lo nuestro no era hablar con cordialidad, lo nuestro era el descontrol. Igual que nos habíamos querido de forma atropellada y sin frenos, arrasando con todo, también rompimos de la misma manera. Y ahora así estábamos. Ella gritándome y yo hablándola con tono cortante, dolido, molesto y muy jodido por su interrupción.

-Mira Sofía, ya no tengo porqué aguantar todo esto. Vive tu vida, persigue tus sueños, es en lo que quedamos. Yo haré lo mismo. No nos hacemos bien, ¿no lo ves? No quiero decir nada de lo que me pueda arrepentir, te he querido demasiado como para hacer esto...No me voy a pelear por algo que ya está muerto. Te cuelgo, y por favor, no me llames más. Deja que pase el tiempo. Adiós.

La colgué sin que le diese tiempo a decir nada más. Me dejé caer sobre la cama y tapé mi rostro con un brazo. No podía creerme que las cosas estuviesen así, que justo todo aquello pasase en ese momento en el que todo empezaba a encajar de nuevo.

Al rato Dafne salió del baño con gesto compungido, seguramente me había escuchado hablar. Ya llevaba puesto el pijama y se metió en la cama.

-Anda, te dejo que duermas conmigo, hay hueco de sobra para los dos.

Esa noche dormimos juntos pero sin rozarnos, como si no hubiese pasado nada. Como si no hubiese tenido una erección por solo notar su roce, piel contra piel, sus palabras y la idea de besar sus labios. La cosa se quedó ahí. Nos dormimos cada uno hacia un lado y pasé la noche en blanco, ojalá haber soñado con ella. Ojalá haberla conocido a ella sin tener a Sofía atravesada de lado a lado en mi vida y cuerpo.

Pero las cosas no siempre salían como uno quería, la vida era muy cabrona y no ponía las cosas en tu camino cuando te convenía, sino que jugaba con nosotros a torturarnos, a hacernos elegir y meter la pata hasta el fondo. Y en esas estaba yo. Jodidísimo, con ganas de más y sin entender qué narices estaba pasando y cómo había cambiado tanto todo en cuestión de horas. ¿Lo bueno de aquella noche en vela? Que compuse, o al menos tuve una idea para mi primera canción en un año. Iba sobre ella. La luz. Cuando la tuve gravada a fuego en mi cabeza pude dormir un par de horas. Y esta vez si que soñé con ella, fue la primera de muchas noches que le dediqué. Fue la noche que mi sueño renació de las cenizas, la condena a futuro de todo lo demás.

## Capítulo 15

### 15

#### Jugando con fuego

Desperté alrededor de la una de la tarde, tenía un ligero dolor de cabeza y seguramente un aspecto terrible. Me estiré, comprobando que Dafne no estaba en la cama. Miré a mi alrededor, dudando de que fuese capaz de dejarme solo allí, hasta que di con ella. Estaba asomada al minúsculo balcón, hablaba por teléfono.

Con sigilo me tumbé de nuevo y me giré para poder observarla. Hablaba bajito, con una sonrisa. Aún iba en pijama, con una sudadera larga por encima. El pelo castaño estaba alborotado a su espalda, pero a pesar de todo eso estaba impresionante a contraluz. De fondo un día de esos nublados propios de Inglaterra, con el sol luchando por dejarse ver entre las nubes.

-Diego, no voy a volver. No.- su rostro cambió de inmediato.

Perdió la sonrisa juguetona que yo empezaba conocer. Se encogió, perdió toda la seguridad que había tenido conmigo -un desconocido- y se volvió blanda y asustadiza. Lo pude ver, paso a paso, la transformación, el cambio en el tono de su voz, la postura de sus hombros, en su rostro...Y con el que hablaba estaba seguro que era su novio, el tal Diego del que hablaban Lota y ella el día anterior, cuando la conocí. ¿Cómo podía hacerla sentir así? ¿Cómo no podía ver el tesoro que tenía al estar con Dafne? ¡Si hasta yo era consciente de ello! Al instante me cayó mal, y eso que ni le conocía, pero tampoco tenía interés.

-Diego, te veo el lunes en clase y ya está, no le des más vueltas. Estoy con mi mejor amiga, a la que hacía más de un mes que no podía ver. ¡A ti te veo todos los días!- agachó la cabeza mientras el chico contestaba e hizo un gesto afirmativo con la cabeza- Si, el viernes la conoces, cuando salgamos por ahí.- pasó un rato en silencio, seguramente escuchando el discursito de Diego.

-Vale. Si, yo también te quiero....Adiós.- no sonó convencida en absoluto.

Cerré los ojos al verla colgar. Pero luego pensé que era una estupidez hacerme el dormido, así que me levanté y fui hacia ella. Me apoyé en la barandilla a su lado y sonreí, tratando de infundirle ánimos. Al parecer estábamos igual de jodidos, solo que uno con pareja y otro... bueno, yo sin pareja pero con un enorme grano en el culo llamado Sofía.

-¿Un abrazo?

No hizo falta que dijese nada más, me rodeó con sus brazos y estrechó con fuerza, escondiendo su rostro en mi pecho.

Pasé la mano por su pelo, tratando de tranquilizarla. Podía notar los sollozos sacudiendo su cuerpo, por mucho que se contuviese sabía que estaba llorando. Me partió el alma verla así.

- ¿Era tu novio?

-S-si...Bueno, algo así. Diego. - habló entrecortada, con la voz amortiguada por nuestro abrazo.

-Entiendo.... ¿Y le quieres?

Esa pregunta logró llamar su atención, porque levantó el rostro y me miró con los ojos enrojecidos, con duda en la mirada. Tardó en contestar, seguramente planteándose si le quería o no, si debía contestarme o no. Pero al final lo hizo.

-Creo...Creo que quiero quererle.

-Pero no le quieres. - sorbió con fuerza y negó con la cabeza.

- ¿Entonces qué haces con él?

Se encogió de hombros, sin apartar la mirada de mi rostro, recorriéndolo despacio, como analizando cada gesto que hacía, cada mínimo movimiento. Sus manos en mi espalda... Al instante recordé el casi beso de anoche y deseé poder volver atrás y retomar lo que habíamos dejado. Pero ya era tarde. No era el momento.

- Cuando estoy contigo siento que le estoy engañando...- dijo bajito, de

forma casi inaudible. Pero yo la escuché.

- No estáis saliendo, no engañas a nadie.

- Ya pero...

Joder, *un beso. Solo uno.* Le supliqué mentalmente. No le quería. Y entre nosotros...Había algo especial. Ella también lo sentía, sino no habría dicho eso.

-Dafne, tienes que hacer lo que te haga feliz. Hacer lo mejor para *ti*. No lo que creas que él quiere. ¿Lo sabes verdad?

Volvió a asentir. Aflojó las manos a mi espalda y las subió hasta mi nuca. Al sentir sus dedos entre mi pelo se me escapó un pequeño jadeo y cerré los ojos. Pero no me besó. Trazó círculos en mi nuca con la yema de sus dedos, bajó por la línea de mi mandíbula y acabó trazando el contorno de mis labios. Entreabrí los ojos y pude ver cómo esbozaba una sonrisa tímida. Abrí ligeramente la boca, atrapé uno de sus dedos entre mis labios, mordiendo ligeramente esa yema que me torturaba con dulces caricias. Esta vez fue ella la que contuvo la respiración. Se aproximó un poco más, dejando los labios a escasa distancia de mi mejilla, podía notar su calor. Liberé su dedo con una sonrisa triunfal, consciente de lo que le había hecho sentir -lo mismo que ella lograba en mi-.

-Gracias Jon.- besó mi rostro, dejando que el beso se prolongase más de lo normal. Eso me desconcertó bastante, pero no me moví, me quedé a la espera de más.

Me miró con una disculpa en los ojos, echando a un lado todo lo que bullía entre nosotros. Luego se apartó y me dejó allí solo, en trance, mientras ella se iba a vestir. Dándole vueltas a lo jodido que era todo aquel jueguito que nos traíamos y que no acababa en nada. Todo por Diego. Por nosotros.

Tenía el corazón a mil, Dafne iba a conseguir que me diese un infarto. En veinticuatro horas había puesto mi vida patas arriba, había hecho más en ese tiempo que en los últimos meses. Había sentido más que en el último año. Y el nudo en mi pecho seguía ahí, persistente, expandiéndose a cada paso que dábamos.

## Capítulo 16

### 16

#### El vértigo de ser o no ser

Tras mi primer día (y medio) en Londres, me quedaban dos (y medio) más por delante que rellenar y no sabía si Jon estaría en ellos. Cuando me desperté tenía un mensaje de Lota preguntándome si me importaba que se quedase el día de hoy con Hans, y yo accedí porque tampoco sabía cómo mirarla a la cara y contarle todo lo que me estaba pasando con Jon y cómo me hacía sentir. Ni si quiera era capaz de explicármelo a mi misma.

Mientras me daba una ducha de agua bien fría recordé la escenita que acabábamos de vivir en el balcón y algo bajo mi piel me hizo arder de deseos, deseos locos e incautos, como que apareciese allí en la ducha junto a mi. No entendía de dónde salían esas imágenes tórridas y que no iban para nada con la relación que teníamos. Porque sí, Jon y yo nos llevábamos bien, sí había una tensión sexual innegable, pero...Éramos amigos. Ni eso, conocidos. Y los conocidos no sentían nada semejante a lo que yo me estaba imaginando. Seguramente me estaba montando una película, auto convenciéndome de algo que no existía, tal y como me sucedía con Diego. Solo que él era mil veces más real, lo nuestro era algo que ya sabía cómo funcionaba, sabía -por lo que había pasado y sus palabras- que yo le interesaba de verdad; mientras que lo de Jon...No era nada.

Me le encontré tumbado en la cama. Se había vestido, pero yo le seguía viendo en mi cabeza tal y como había dormido, en calzoncillos y camiseta, una imagen que me acompañaría el resto de mi vida, sin duda. Estaba jugueteando con los collares que le vi el día anterior. Me tumbé junto a él.

- ¿Qué haces?

-Nada...

- ¿Y esos collares? - la curiosidad era mi perdición, no lo podía evitar. Si

no sabía algo reventaba, siempre había sido así.

Se tumbó de lado para poder mirarme, le imité.

- ¿Puedo? - pregunté alargando la mano hacia las cadenas.

Asintió. Llevaba dos collares, uno era una nota musical y el otro una "A". Al ir a cogerlos rocé su pecho y sentí como se sobresaltaba ante el roce.

- ¿Qué significan?

- La nota me la regaló mi madre a los quince o así, tras un concierto que di en el instituto, fue la primera vez que tocaba en público. Y la "A" es por mi padre, es la inicial de Andoni.

- ¿Quieres mucho a tu padre?

-No es por eso. De hecho, hace más de diez años que no se nada de él. El collar es lo único que tengo de él, me recuerda cómo no debo ser, cómo era...

Me había metido yo solita en terreno peligroso. Sonaba a tema serio, doloroso y no quería meterme donde no me llamaban.

-Lo siento, no debía haber preguntado. - dejé las cadenas en su sitio y bajé la mirada.

La curiosidad mata al gato, si ya lo decían.

-Ey, Dafne.- me tomó del mentón para hacer que le mirase a los ojos.- No pasa nada. Pregunta todo lo que quieras. ¿Somos amigos no? Si hemos dormido juntos creo que podemos hablar de cosas.

-¿Sí?

-Claro que sí boba. Por cierto, he llamado al trabajo y he dicho que me encontraba mal, ¿te apetece que vayamos a comer juntos y demos una vuelta? He hablado con Hans y...como Lota no va a venir había pensado que estaría guay.

-iMe parece genial! ¿Me haces un *free tour* no?- cambié de tema, recuperando el tono alegre.

-Claro que si princesa, ¿qué más desea usted?

-Ah, pues si me dejas pedir lo que sea...

El resto del día estuvimos como si nada, como al principio de conocernos. Era una relación cómoda, sencilla, las bromas fluían entre conversaciones de todo tipo. No hubo ni un silencio incómodo mientras comíamos. Después me enseñó lo típico de la ciudad, donde solían ir los turistas mientras me contaba cosas sobre Sofía - su ex -, sabía que le había oído hablar con ella y no le importó. Al contrario, aprovechó para desahogarse: me contó que ella esperaba que estudiase las oposiciones para ser profe y dar uso a su carrera de magisterio, pero que llevaba un año pensárselo mientras trabajaba como camarero, que ella tenía un buen puesto en una multinacional y que era unos años mayor que él... Me contó como habían terminado la relación y yo no fui capaz de contarle nada de lo mío, porque suficiente había tenido ya el pobre con verme llorar por una llamada telefónica. ¿Qué le iba a decir?

*- Me sentí bien con un chico y decidí perder la virginidad, pero "oh sorpresa" no me gustó nada y ahora me da repelús porque le noto raro y yo estoy...rara también.*

No sonaba bien. Así que me callé todo ese tema y dejé que hablase sobre su familia y sus sueños. Me encantaba verle hablar con emoción sobre todas esas cosas que le hacían feliz, ojalá yo pudiese hablar así de mi madre...pero hacía años que habíamos perdido toda complicidad.

- ¡Mira Dafne!-me llamó Jon desde la entrada a una tiendecita de Candem Town.

- ¿Qué has visto ahora?- me reí mientras me acercaba- ¡Eres un comprador compulsivo!

- ¡He tenido una idea de la leche!

- Sorpréndeme...

-No, no, ahora te esperas.- dijo mientras escondía algo en su puño e iba hacia la dependienta.

Cuando regresó me pidió que cerrase los ojos y me diese la vuelta.

-Miedo me das...- comenté mientras me giraba para darle la espalda.

-No abras los ojos eh.

-Que nooo...

Sentí como apartaba mi pelo a un lado y rodeaba mi cuello con algo frío. En el proceso acarició mi cuello con la punta de los dedos, dejando un rastro cálido. Depositó un beso en el espacio tras mi oreja y susurró algo:

- Esto es para que te acuerdes de mi y de lo libre que puedes ser si te lo propones. Como anoche, cuando saliste corriendo al escenario. Me gusta esa Dafne, la que vive el momento y no piensa tanto las cosas. - su voz ronca sonó como un murmullo en mi oído.

Cuando abrí los ojos sentía su pecho contra mi espalda, a la espera de una reacción. Me llevé una mano al cuello y observé su regalo.

Me había puesto un collar con una pequeña pluma metálica, grabada con todo detalle, parecía de verdad.

Me giré con una amplia sonrisa.

- ¡Me encanta! ¡Muchas gracias!

- De nada, así vamos a juego y me acuerdo de ti también.

- Para que te acuerdes de mi y...- agarré su collar, acariciándolo con los dedos, era igual que el mío - ...de que puedes cumplir tus sueños. No necesitas que nadie te haga sentir más o menos, no dejes que lo hagan. Vales mucho y si te vieses como te veo yo sabrías que puedes conseguir lo que te propongas.

Aquel día hicimos una promesa, la de ser amigos para siempre, la de ser nosotros mismos cada día, ser libres. Y entre gestos y palabras que no llegaron a pronunciarse surgió algo mucho mayor, una promesa de amor que ninguno buscaba. La de encontrarnos y querernos pasase lo que pasase. En ese momento no caí en la cuenta de que mi realidad era Diego y sus sombras, donde yo era consciente de cada paso, donde controlaba la situación a pesar de estar a su merced, porque Diego era de esos que con palabras bonitas le daba la vuelta a las cosas y terminaba acusándote de lo que solo existía en su cabeza. Pero como ya había dicho, él era real.

En cambio Jon...Jon era luz, promesas, alegría, sentimiento, pasión, sueños...Pero imposible. Jon era distancia, un océano, vidas distintas,... Jon lo era todo. Pero no para mi. No podía serlo, ni yo para él. Pero eso no lo tuvimos en cuenta cuando juramos no quitarnos los collares nunca, ni cuando quedamos con Hans y Lota para cenar en el piso de los chicos. No lo pensamos cuando nos dimos la mano y reímos como niños pequeños. Porque había jurado no pensar tanto las cosas, solo volar bien alto, rozando la alegría con los dedos, como decía la canción de Izal que habíamos escuchado tumbados en un parque.

A partir de entonces no incumpliría mi palabra, no rompería ninguna de esas promesas tácitas, porque yo ya quería a Jon, solo que no lo sabía.

## Capítulo 17

### 17

#### Niña buena

*-¡Por las nuevas amistades!- gritó Hans alzando su botellín y mirando a Lota a los ojos.*

*-¡Por las nuevas amistades!- repetimos todos con una sonrisa.*

Cuando llegamos al piso de Hans y Jon, cerca del local donde habíamos estado la noche anterior, Lota me abordó al instante. Me arrastró al cuarto de baño con poca sutileza y me relató rápidamente las proezas de Hans en la cama y lo mucho que le gustaba (una pena que no le fuese a ver más y le gustasen todos los chicos con los que se liaba).

-¡Bueno y vosotros ¿qué?! ¿Lo hicisteis?

-Que va tía.- respondí sentándome sobre la taza del váter- No podría hacer eso estando con Diego, ya lo sabes...

-Pero Jon te gusta. Te lo veo en la mirada amiga, y tú a él también le gustas.

Fruncí el ceño y le puse cara de que estaba como una chota.

-¿Qué le voy a gustar? Eso lo dices porque estás en una nube después de tu flechazo con Hans y su pene.

-Mira, no te lo voy a negar, es un gran pro a su favor. Pero ese no es el caso. – río imitándome al sentarse en el borde de la bañera- A Jon le gustas, ya te lo digo yo. ¿No ha intentado nada?

-¿Él? No.

-¿Y tú?

-Bueno.....-comenté jugueteando con la pluma que me había regalado Jon aquella misma tarde.- Se podría decir que casi nos besamos anoche,

hemos dormido juntos, y esta mañana han pasado cosas raras. Pero no. No nos hemos besado, no he hecho nada, ni lo pienso hacer.

-Aja.- sentenció Lota. Como si con ese sonidito lo dijese todo.

-¿Qué vas a hacer hoy?

-¿Ese collar es nuevo?-me cambió de tema, dirigiendo la mirada a mi cuello.

-Si.- solté el colgante con el que había estado jugando nerviosa.

-Le he visto a Jon antes uno igual.

-Aja.- la imité.

No quería que me sacase ese tema de nuevo, iba a intentar convencerme de que había algo entre nosotros y yo no necesitaba oírse lo decir, no quería admitirlo, ni verlo, ni nada.

-Me quedaría con Hans, pero quiero estar contigo que hace mucho que no estábamos juntas, y me da pena el pobre Jon. Muriendo del calentón al dormir contigo. Así que creo que lo mejor para la humanidad es que esta noche nos vayamos juntas a casa y prontito, como niñas buenas.

-En eso tengo que darte la razón amiga.

-Y en todo.- se echó el pelo a un lado con sonrisa altiva.- No te insisto porque te quiero, pero vamos, que tus cosas raras y el silencio me lo dicen todo. Con el tiempo me darás la razón.

-Uy si, ella adivina. Que en dos días que me quedan me voy a casar con él y tener veinte niños, ¿verdad?

-Tú lo has dicho, no yo.

-Anda venga, que te ha sentado fatal este día de amor loco.- dije empujándola hacia la puerta.- Van a sospechar al ver que nos tiramos media hora en el baño juntitas.

-Síii, ¡Seguro que piensan que estamos liadas y todo!

-Déjate de líos, que yo contigo no aguantaba ni dos horas.

Después de esa conversación regresamos al salón, donde los chicos estaban haciendo algo parecido a nosotras pero con más sutileza y

distancia claro, ellos no se conocían de años ni querían tantos detalles como Lota me daba y pedía... Les pillamos infraganti, se echaron una mirada azorada y nos pusieron cara de no haber roto un plato en su vida. Nosotras nos reímos e hicimos las locas al sentarnos junto a ellos. Bueno, junto a ellos es un eufemismo, porque Carlota llegó toda confiada y se sentó sobre las piernas de Hans con un descaro que yo no habría tenido ni en años. No me quedó más remedio que sentarme junto a Jon al otro lado del sofá. Fue una situación un poco violenta, pero no tardó en resolverse.

-¿Quieres que vayamos a la cocina y pedimos unas pizzas o algo?- preguntó bajito Jon.

-¡Si, por favor!- supliqué.- No quiero ver como empiezan a comerse la boca como locos.

Me tendió la mano y yo se la estreché mientras me guiaba a la pequeña cocina que compartían.

-Tenemos que tener unos flyers de esos por algún lado.-dijo revolviendo cada cajón que abría en busca de la publicidad de los restaurantes.

Me senté en la encimera y le miré rebuscar en todas partes.

-Hmmm...¿Jon?

-Si, un segundo. ¡Mierda! ¿Pero dónde los ha metido?

-Y si...

-¡Si estaban aquí!- comentó mirando el primer cajón de nuevo. Tenía los brazos en jarras y estaba muy gracioso, todo ofuscado.

-¿Me escuchas?- se giró hacia mi asintiendo abatido, como si la publicidad hubiese huido de él y no fuese a regresar más.- Anda mira en la nevera...

-¿En la nevera?- dejó caer los brazos a su lado.

-¡Pero dentro no, eh!- me reí de él.

-Peri dintri ni, ih.- Cogió los papeles que estaban sujetos por un imán y los agitó en el aire orgulloso.- Listilla.

-Culpable.- me encogí de hombros.

Se acercó de nuevo y colocándose frente a mis piernas me tendió los papeles.

-¿Qué te apetece?

-¿Les preguntamos a ellos?

-No les hagas ni caso, elije tu. ¿Qué hay?- preguntó acercándose un poco más a mí para echarle un ojo.

Separé las piernas para dejarle acercarse y giré los papeles para que los pudiese leer a la vez que yo.

-Pizza, Chino, hamburguesas...¿Indio?- comenté pasando los flyers uno a uno.

-¿Chino?- comentó él apoyándose en mis rodillas con las manos.

-Por mi bien.

-Pues Chino y cervezas. Apañado.- dejé el resto de papeles a un lado.- ¿Llamas tú? Tienes mejor acento, no vayan a traernos algo raro si pido yo...

-Vale, ¿me dejas tu móvil? No sé dónde he dejado el mío.

Se sacó el suyo el bolsillo trasero de los vaqueros y me lo tendió. Mientras pedía al restaurante no se alejó, siguió con las manos en mis rodillas, trazando círculos con los pulgares en la cara interior, que ardían en mi piel a pesar de la tela vaquera que separaba su mano de mi pierna.

-¿Te diviertes?- comenté irónica tras colgar el móvil.

-Puede.- cogió el teléfono que yo le tendía.- Pero podría divertirme más.

-¿Ah, si? ¿Cómo?

No esperaba lo que pasó. Soy inocente, completamente inocente. O pude que ilusa. O que sí quisiese algo parecido a lo que pasó, pero no estaba emocionalmente preparada.

-Así...-murmuró al tiempo que pasaba su brazo izquierdo alrededor de mi cintura y con su mano derecha tiraba de mi rodilla hacia delante.

En un movimiento rápido y conciso me dejó al borde de la encimera, prácticamente lo único que me sujetaban eran sus brazos. Sus caderas a la altura de las mías, su estómago pegado al mío y su boca rozando la mía. Os hacéis a la idea. Me agarré a sus bíceps con miedo de caer de culo contra el suelo y abrí los ojos por el susto. No esperaba aquella

reacción.

-Y...¿ahora?- no sé porqué hablé. Si ni siquiera podía respirar con normalidad. Está claro que no pensé mis palabras.

-Ahora...-rozó sus suaves labios con los míos.- Lo que tú quieras.

Tal y como había hecho esa mañana con mi dedo, mientras estábamos en el balcón del hotel, cogió mi labio inferior entre los suyos y tiró de él, dejándolo escapar con lentitud. Tenía el corazón en la garganta cuando regó mi mejilla de pequeños besos y dijo bajito:

-Cuando estés preparada dímelo Dafne, porque yo tengo muy claro lo que quiero.

No fui capaz de articular palabra durante lo que me pareció una eternidad. Soló sentía mi corazón acelerado, un vértigo inmenso y que me faltaba la respiración. Lo único que veía eran sus ojos oscuros y esa melena que le rozaba las orejas, la mirada dulce que me dirigía y su respiración acelerada. Sus manos sujetándome con fuerza, sin intentar nada demasiado atrevido, tan solo sosteniéndome mientras yo me decidía.

-¿Y qué es lo que quieres?

No dudó un segundo.

-A ti, a tu luz. A la persona que soy junto a ti, que me haces brillar como nadie antes y no logro entender porqué.

Fui yo la que lo besó. La que soltó sus bíceps y rodeó su rostro, le atrajo hacia mi y le di el beso que llevaba conteniendo desde la noche anterior. Dejándome llevar por esa promesa de ser libre cada día, de volar y perseguir la felicidad. Porque yo no lo hubiese dicho mejor, con él brillaba como hacía años que no lo hacía. Me sentía distinta, feliz, más real, más en el presente. Me olvidaba de todos mis problemas. Yo tampoco lo entendía, ¡era una locura! A penas nos conocíamos, pero...Era así. Las cosas pasaban, estas cosas pasaban, el cuerpo te pedía una cosa, el corazón lo secundaba y mientras el cerebro te gritaba que parases, que aquello no era "lo normal". Pero yo ya no quería lo normal. Yo quería a Jon rodeándome, calmando mis miedos, convirtiéndome en quien era antes y no había sabido ser desde lo de mi padre. Le besé cómo no había besado a nadie, y cuando me aparté sentía que no había tenido

suficiente, que me había dejado algo en aquel beso, que le había dado todo y tenía que recuperarlo repitiéndolo de nuevo.

-¡Por las nuevas amistades!- gritó Hans alzando su botellín y mirando a Lota a los ojos.

-¡Por las nuevas amistades!- repetimos todos con una sonrisa.

Brindamos los cuatros mientras cenábamos comida China, Jon cogió mi mano bajo la mesa. "Por los nuevos comienzos" le hubiese dicho de haber estado solos.

Horas después Lota y yo cumplimos nuestra palabra y nos fuimos, cómo las niñas buenas que éramos, a dormir solitas en el frío de nuestra cama en el Bed & Breakfast.

Ya estábamos a punto de meternos en la cama cuando mi móvil sonó. Fui corriendo en su busca esperando encontrarme un mensaje de Jon.

Diego:

¿Ya no te acuerdas de mí o qué? Soy tu novio, al que tienes abandonado. Anda, llámame, te echo de menos. Ojalá poder dormir de nuevo contigo...

## Capítulo 18

### 18 Revelaciones

El tercer día de nuestro viaje lo pasé con Lota recorriendo cada museo que nos era humanamente posible hasta la extenuación. Terminé sentada en una acera, sin sentir los pies y con un hambre canina. Estaba cayendo ya la noche sobre la City en tonos ocre apagados por el perpetuo gris de la ciudad.

-¡Se acabaron las fotos! No me queda batería.-sentenció Lota sentándose junto a mí.

-A mí me queda un poco todavía. Me preocupa más que nos llueva.- miré al cielo, que se ponía más negro a cada segundo que pasaba.

-Bueno, así tienes excusa para no ver a Diego el viernes, te constipas y listo.

-Ya como si fuese tan fácil.... Esta mañana estaba pesadísimo con el tema, *otra vez*.

-Tía sí que le marcó vuestra noche de pasión....-se rio entre dientes Lota- ¡Oye! ¿Y sabes algo de Amanda? Lo mismo ella sabe algo sobre él... ¿Qué ha hecho estos días en clase....? Cosas, ya sabes.

-Que va, no sabe nada. He hablado con ella por el tema clases y está súper contenta de que no le esté viendo, le cae fatal.

-¡Pues mira, como a mí!

-Ya bueno, menos mal que le tengo que aguantar yo y no vosotras.

-Tu lo has dicho nena, *aguantar*, no *disfrutar*. Eso lo haces con Jon, que ayer os vi de reajo en la cocina...

-¿Qué viste el qué?- pregunté haciéndome la loca, pero no debió de resultar muy convincente

-Pues cómo le comías toda la boca ¿Qué iba a ver si no?

Me quedé pasmada. Lívida. A ver, que sabía que Carlota se enteraría en cualquier momento sin necesidad de que yo le dijese nada, pero... Joder, qué controlada me tenía. No había forma de engañarla, o de omitir cosas.

Me tapé la cara con las manos al tiempo que emitía un quejido, muerta de la vergüenza.

-Oye, que yo lo apruebo eh. Es un chaval guapo, con un aire así a misterio, rollo rockero adolescente de los 90. Es tu tipo cien por cien. Seguro que no como Diego, que por las fotos que he visto tiene una pinta de niño estirado...-la golpeé en el brazo intentando hacerla callar- ¡Ouch! Tía, pero si es verdad. Jon te pone y lo sabemos todos. ¿Cuál es el problema?

-Pues todo Lota. Joder, todo. Que Jon no me puede gustar, que mañana me voy. Estoy con Diego, ¿no ves lo chungo que es esto? ¿Qué pensarías si Diego me hiciese esto a mí?

-Pues que es un capullo, obviamente. Pero eso ya lo pienso, así que...

-Ya. Pues eso. Que yo no quiero ser una capulla.- murmuré mirándola a los ojos.

-A ti lo que te da es miedo. Porque estás sintiendo de verdad después de mucho tiempo y te acojona. Y lo entiendo.- me rodeó con su brazo y apoyó su cabeza en mi hombro.- Pero tienes que hacer lo que te haga feliz, aunque los demás piensen que es algo "malo".

-Lota...

-Hmmm

-Eres la mejor amiga del mundo.

-Dime algo que no sepa.

Después de comer llamé a mi madre desde el hostel. Hasta ese momento solo la había mandado algún que otro mensaje, pero por fin me atreví. Y eso era un paso enorme para mí, uno en la buena dirección. Tengo que reconocérmelo, parecía que estaba levantando cabeza al fin. Y todo se lo

debía a Lota y a...¿Jon? Supongo que sí.

-¿Dafne? ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

-No tranquila, solo quería hablar contigo.

-Ah vale, ¡qué susto me has dado! ¿Qué tal va todo?

-Muy bien, me duele todo el cuerpo de andar y visitar sitios.

Junto a mí Lota ahogó una risilla de pensar de qué le dolía a ella todo el cuerpo.

-Entonces, ¿te está gustando? ¿Qué tal está Lota?

-Si, espera que te mando fotos.- le mandé algunas de las fotos que me hizo Jon el día anterior durante nuestro tour por la ciudad.- Lota está bien, cansada, un poco...así como es ella, ya sabes.

-Divertida, ¿no?

-Si, eso, *divertida*.- la solté un sopapo mientras le daba la razón a mi madre.

La muy burra estaba mandándole fotitos a Hans, que mira... prefiero no imaginar a dónde podrían llevar.

-Ya me han llegado las fotos, ¡Qué guapa sales! Mira que buena fotógrafa nos ha salido la niña, si es que Lota te ve con muy buenos ojos. Ve esa luz que tienes desde chiquita.

-¿Mamá?- no me hablaba así desde que mi padre estaba en casa, con nosotras. Normalmente era más fría, distante.- ¿De qué hablas?

Miré yo también las fotos en el móvil intentando entender de qué *luz* hablaba. Menos mal que no le dije que no me las había hecho Lota.

-Si cariño, se te ve muy feliz, muy guapa, a gusto... No te veía así desde...ya sabes. ¡Te sienta bien estar con ella!

Cuando colgué a mi madre seguía dándole vueltas a su última frase sobre las fotos: "¡Te sienta bien estar con ella!" ¿Me sentaba bien estar con Jon? ¿De verdad conseguía eso en mí? Eran demasiadas dudas, miedos y emociones cruzados. Pensar que todos notaban cómo se disipaba el dolor y miedo que dejó la pérdida de mi padre por el simple hecho de estar con Jon dos días...Era como poco revelador. ¿Qué pasaría si estuviese más

tiempo con él? Esa era una duda que no sabría responder jamás porque lo nuestro tenía fecha de caducidad; más concretamente mañana a las seis de la tarde. En menos de veinticuatro horas no iba a cambiar nada. Yo no iba a cambiar de opinión. Seguía en mis trece, a pesar de todo y de todos, a pesar de saber que tenían razón. Estaba con Diego y eso iba a seguir así. Lo de Jon era una equivocación.

Y diréis, "esta chica es tonta" o "está jugando con los dos", pero mira, me da igual. En aquel momento el miedo era el que hablaba y decidía por mí, salvo cuando sentía su piel junto a la mía, que entonces sólo mandaba el corazón y eso que palpitaba entre mis piernas. Mientras tanto, solo puedo decir que no me arrepiento. A veces hace falta un poco de miedo, indecisión y caerse hasta hacerse sangre para comprobar que no es el camino adecuado, para elegir mejor y optar por lo que nos hace felices. Y en esas estaba yo. Así que no, no me arrepiento de las decisiones que tomé, porque sin ellas no estaría hoy aquí. Contando esta historia, diciendo que por fin soy feliz.

## Capítulo 19

### 19

#### Bajo la piel se esconde

Quise capturar su esencia en cada nota, que cada palabra fuese un esbozo perfecto de su persona, de su sonrisa, de sus ojos grandes y verdes, del tacto suave de su piel...Quise que nada más escucharla supiese que era por y para ella, que todo el mundo al oírla se la pudiese imaginar. Me pasé el sábado completo desbordándome en notas, emociones y palabras ñoñas que traté de disimular. Estuve casi un día entero encerrado en mi habitación componiendo por primera vez en casi un año. Y el título estuvo claro desde un principio, de hecho lo tenía todo claro desde que dormimos juntos hacía unas noches: "El día que te encuentre". Aquella frase lo contenía todo. Las ganas de encontrarla, la casualidad, el azar...El haberla encontrado por arte de magia, el haberme encontrado a mi mismo a través de ella y el saber que se iría en cuestión de horas y tendríamos que reencontrarnos en algún punto de nuestra historia. "El día que te encuentre". Título, declaración de intenciones y sentencia anticipada de todo lo que vendría. Una canción que me llevó sudor y lágrimas, que fue tan simple como dejar que todo saliese de dentro a fuera en una oleada de música que me arrasó de los pies a la cabeza y me hizo darme cuenta de una cosa. Lo nuestro era especial. "Lo nuestro" como ente indefinido, porque no éramos nada. Estábamos empezando a conocernos, sabía que ella tenía miedo y un bloqueo grande (ya lo había visto la otra noche en el Village Underground). Sabía que no iba a ser sencillo y que le beso del viernes noche en la cocina era un tesoro que tendría que guardar con mucho celo. Pero estaba dispuesto a luchar, a esperar, porque Dafne había despertado en mí un animal que creía perdido, era como un instinto, huracán o como prefieras llamarlo. Era la sensación de ir en el buen camino, de estar al borde del precipicio con una sonrisa inmensa y saltar sabiendo que podía echar a volar en cualquier momento. Dafne, como ya había dicho mil veces y decía la canción, me hacía brillar con su luz y prendía la mía propia. Principio y fin de lo que esperaba que fuese el resto de mi vida, y no "por" o "con" ella, sino porque me había dado el impulso que necesitaba para salir adelante y ver que había estado mucho tiempo haciendo las cosas mal. Pero ya no más.

Así que no es de extrañar que le mandase un mensaje el sábado noche para quedar el domingo antes de que se fuesen. Puse de excusa una comida en mi casa para despedirnos todos y celebrar el habernos conocido, y ya desde ahí podrían irse al aeropuerto, pero en realidad me

disponía a hacer algo mucho más arriesgado.

Me costó dormir, estaba bastante nervioso. Pero al final caí rendido. El Domingo a las once abrí la puerta de casa con el pelo revuelto después de dos horas ensayando, ansioso por su llegada. Saludé a Lota con un abrazo y rápidamente tomé a Dafne de la mano y la llevé a mi habitación con miedo de que se escabullera. Seguramente pensaba que se me había ido la olla, lo más probable es que ni la dijese nada, ni si quiera un "buenos días". Lo cierto es que guardo un recuerdo borroso, los nervios lo nublaban todo, el ansia de ver su reacción.

En qué hora decidí cantarle la maldita canción.

La senté sobre la cama, cerré la puerta bien y cogiendo la guitarra me senté en una silla frente a Dafne.

-Solo escucha, ¿vale? Tengo que enseñarte una cosa.

-Vale.-murmuró bajito.

Y por su tono y expresión debí haberme dado cuenta de que aquella batalla estaba perdida de ante mano. Debí haberme estado quieto. Pero los nervios me lo impidieron. El nudo en mi garganta, el temor de que no me saliese la voz, el sudor en las palmas de mis manos... Nunca había hecho algo tan estúpido y bonito por alguien. Me sentía a punto de abrirme en canal frente a ella y decirle: *mira, esto es mi corazón. Llévatelo porque sin ti no me sirve de nada*. Siempre había sido un jodido romántico, desde pequeño mi madre me había dicho que iba a ser mi perdición y la mujer, que era una santa, no se equivocaba. Lo fue. Fue mi perdición.

Arranqué las primeras notas a la guitarra y al poco la acompañé con la voz. Dafne se abrazaba a sí misma, me miraba con los ojos aguados, como con dolor en la mirada. Quise pensar que era comprensión, que sabía de lo que le hablaba porque ella sentía lo mismo. Esa sin razón, el decir "te quiero" de aquí a un tiempo, el esconder esas palabras en metáforas retorcidas para no asustarnos. Me equivoqué. Y cuando llegué al estribillo, cuando la melodía se aceleraba y con ella mis latidos... Me falló la voz. Se me atragantó la letra, ese "*Y que vengan todas las canciones, todas las letras de amor, que resbalen de tus labios y en tus ojos solo pueda leer amor. Ese verde pasión, esas líneas ocultas de la historia que nos espera. El día que te encuentre y otras promesas. Sentir que soy una pluma que vuela a tu vera, soñando con tu risa y esa sonrisa que me desvela. Eres luz, robas el brillo a las estrellas. Esa noche...Supe*

*quién eras. Mi destino, mi guía. Sólo quiero decirte, quédate, dame un beso, sólo uno. Que sea la esperanza, hasta el día que vuelvas."*

Y no pude decir nada más, la voz se me fue ahogando, mis dedos dejaron de funcionar. La vi derrumbarse allí mismo, liberar sus brazos que cayeron inertes a sus lados, separar sus labios como si quisiese decir algo...Pensé que merecíamos un beso, uno de verdad, largo, profundo...Como acababa de cantar, necesitaba retener un beso suyo en mis labios para recordarla junto a mi, ese sentimiento, su tibieza, para tener esperanza en que algún día la encontraría de nuevo. Me equivoqué. Se me resbalaba entre las manos cuando yo me acerqué a ella. Lentamente, acaricié su pelo y lo eché a un lado. Y ella se estremeció, pensé que era por mi tacto, pero...Uní nuestros labios, primero un suave roce, luego pensaba alargarlo. Pero me inundó el sabor salado. Estaba sollozando. Lloraba. Y estaba claro que no era por la canción. Me apartó empujando mi pecho. Y yo la dejé hacer. Me desplomé sobre la silla, con la guitarra en mi regazo. Se fue de la habitación corriendo, al poco se oyó el portazo. Se había marchado de casa. La había cagado hasta el fondo. Así que al final mi primera declaración de amor a lo grande fue un inmenso "NO, gracias. Hasta luego".

Esa fue la primera vez desde que la conocí que hubo un apagón, apagón emocional me refiero. El brillo parpadeó. Y no supe qué hacer. Me da pavor admitirlo, pero esta vez Hans sustituyó a Telmo. Hans fue el que me hizo reaccionar. Y lo hizo compensando aquel golpe con una buena noticia. Teníamos un bolo, iba a cantar de nuevo en un escenario. En aquel momento no me hizo demasiada ilusión. Estaba en shock. Sabía que iba a ser difícil, que después de cantarle su canción no iba a haber un "Y fueron felices para siempre", pero tampoco esperaba que llorase, que me apartase de ella y se fuese corriendo sin decir nada. No entendía, no sabía...No lograba adivinar qué había pasado por su mente, qué había hecho mal. Solo pude centrarme desde entonces en que tenía una cuenta atrás: un mes para componer al menos cuatro canciones más, para tener suficiente como para dar un intento de concierto con Hans. Un mes para cumplir mis sueños. ¿No estaba mal no? Al fin y al cabo, las cosas habían salido bien, habíamos cumplido nuestra misión: nos habíamos despertado el uno al otro de nuestro letargo y nos habíamos empujado a seguir adelante. Y eso tenía que hacer yo ahora. Seguir sin mirar atrás. Ya os adelanto que es más fácil decirlo que hacerlo. No podía borrar a Dafne tan fácilmente, se me había colado bien profundo bajo la piel.

## Capítulo 20

20

### Afrontar la realidad

Salir de esa casa junto a Lota a la carrera con las maletas, parar un taxi y no mirar atrás fue lo más duro que había hecho hasta el momento. Todo eso acelerada, con el corazón en la garganta y muchas ganas de llorar. Pero sabía que era lo correcto. Lota pronto abandonó el gesto de sorpresa y aceptó la situación, que no hablase en horas, que no le explicase nada. Ella ya se imaginaba lo que ocurría.

Estuvimos horas en el aeropuerto. Horas de silencio absoluto, mientras comíamos, mientras esperábamos durante una eternidad, en el embarque e incluso cuando despegamos. No separé los labios para hablar ni una vez. No me atrevía a hacerlo y que todo se me viniese encima, arrepentirme de mi decisión.

Cuando Jon me había arrastrado a su habitación me sorprendió, no sabía muy bien qué esperar, pero al verle con la guitarra en la mano...Sospeché algo, tuve un presentimiento de que no iba a poder con lo que se avecinaba. Y así fue. No me refiero a uno de mis ataques de ansiedad, sino a puro pánico, a ver que la cosa se te va de las manos. Porque al escucharle cantar, cantar *sobre* y *para* mí, verle abrirse así...Supe a ciencia cierta qué si me quedaba, si volvía a besarle y confirmaba sus sospechas (que yo sentía lo mismo que él) todo crecería demasiado, demasiado rápido. Y yo no podía dejar que eso sucediese.

Me moví impulsada por el temor de saber que sí dejaba que todo continuase el curso que hasta ahora había llevado acabaría perdidamente enamorada de Jon, y al final saldría dañada. Ya me había pasado una vez, quería a mi padre con locura y...No podía permitirme querer a alguien de nuevo. Supongo que por eso mi madre y yo nos habíamos distanciado, porque compartíamos ese miedo irracional a qué si nos dejábamos querer y queríamos al completo, dándolo todo, saltando al vacío...Acabaríamos estrellándonos, saliendo doloridas, llenas de heridas. Sentía que con Jon, si dejaba que todo fuese a más, sería la definitiva. Esa herida que no cicatrizaría jamás, imposible de curar. Puede que ya la tuviese.

Por eso tenía que cortar aquello, pensar, dejar que todo se enfriase. El fuego bajo mi piel, el picor en mis manos por querer pasar la mano por su melena y rozar sus labios con los míos. Tenía que olvidar las promesas, su sonrisa y todas esas cosas que habíamos compartido. Borrarle de mi viaje a Londres. Borrarle de mis recuerdos. Simplemente hacer como si nada hubiese ocurrido, porque Jon había prendido un fuego que amenazaba con arrasarlo todo, casi se le había escapado un "te quiero" que crecía entre nosotros a pasos agigantados. Pero no podíamos aceptarlo, eso no era para nosotros. No era el momento. No era la persona. No podía dejar que me hiciese daño, que me rompiese en pedacitos. Así que me resultó más fácil, si es que alguna opción era fácil, salir huyendo como una cobarde. Regresar a Madrid con la cabeza gacha, quitarme el colgante de la pluma en el avión bajo la atenta mirada de Lota y guardarlo de cualquier manera en mi cartera. Borrar todo rastro de lágrimas, pintar una sonrisa en mi cara y regresar a mi casa. Cogí el metro con Lota, nos despedimos en la calle, las farolas empezaban a encenderse, serían cerca de las diez de la noche y gracias a dios Jon no había intentado hablar conmigo. Si lo hubiese hecho... ¡A saber cuál habría sido mi reacción!

-Descansa. Y no pienses demasiado ¿me lo prometes?

-Sí.- acepté sin demasiada convicción.- No la lées mucho por ahí.

-Palabrita.- me aseguró Lota.

Nos despedimos con un abrazo y cada una fue rumbo a su casa.

Abrí la puerta despacio, intentando no hacer mucho ruido para no despertar a mi madre. Dejé la maleta en la entrada a un lado y fui directa a mi habitación, me puse el pijama y me metí en la cama, sintiendo que los últimos cuatro días caían sobre mí como una losa. Di vueltas durante lo que pareció una eternidad, hasta que, viendo que iba a ser incapaz de dormir, me levanté y sin pensarlo demasiado fui a la habitación de mi madre y me metí en su cama. Ella estaba profundamente dormida, al menos lo parecía. Con cuidado de no hacer movimientos bruscos me tumbé a su lado y ella instintivamente me rodeó con un brazo. Al final me dormí arrullada por su respiración pausada y calidez.

-Cariño, despierta, vas a llegar tarde a clase.

-Hmmm- gemí con los ojos cerrados, más dormida que nada.

-Dafne, venga, que es tarde.-refunfuñó mi madre con tono más serio.

-Ya voy...-me quejé estirándome en la cama.

Mientras desayunaba con prisa notaba constante la mirada de mi madre sobre mí, analizando cada gesto y paso que daba, seguro que pensaba que me pasaba algo, no era normal que durmiese con ella. Pero si se olía algo no dijo nada. Simplemente me observó y se despidió con un beso antes de que me fuese directa a clase. Me encontré con Javi y Amanda en el tren, aquello me hizo olvidarme un poco del paréntesis que habían supuesto el viaje y Jon en mi vida. Me saludaron tan alegres como siempre, envolviéndome en su torbellino de clases, cotilleos y risas. Me pidieron detalles sobre el viaje, fotos y demás y yo les conté todo obviando la existencia de Jon y Hans. No me resultó tan difícil como creía. Al menos no hasta que me topé con Diego esperándome apoyado en el pasillo, frente a la clase que nos tocaba aquella mañana.

Mis amigos rápido fueron a coger sitio dentro y me dejaron sola frente a los lobos, quiero decir, mi novio o lo que fuese Diego.

-Hola nena.-murmuró Diego acercándose para darme un abrazo.

-Hola- respondí suavito, con incertidumbre, rodeándole con mis brazos.

Al separarse me dio un pico y temí que notase en mis labios el sabor de Jon, que oliese en mí su perfume...

-¿Cómo ha ido el viaje? ¿Estás cansada?

-Bien, me lo he pasado genial. Un poco la verdad, los últimos días fueron paliza total, andamos un montón.

-¡Me alegro!¿Sólo los últimos? ¿Qué hicisteis el resto de días?

-Nada, ir de compras, pasear,...lo típico.

-Ya.-y lo dijo con intención, sabiendo que algo no cuadraba. Me rodeó los hombros con un brazo acompañándome al interior de la clase.- Pues yo te he echado mucho de menos, esto es un rollo sin ti.

-Seguro que no es para tanto. Hace un mes ni me conocías y oye, no te iba mal.- traté de hacerme la graciosa. *Traté*, porque sonó más bien a que me lo intentaba quitar de encima sin demasiada sutileza.

¿Pero qué narices me pasaba?

-Bueno te dejo con tus amigos, ¿te apetece que comamos juntos? Invito yo.

-Vale.-acepté sin pensarlo demasiado.

Estaba abrumada, quería estar sola, pensar, tratar de buscar la lógica a mi vida. Descubrir qué fallo le encontraba a Diego, porqué ahora se me hacía raro -sus abrazos y caricias me resultaban fríos y extraños- mientras que unos días atrás me traía loca. Sólo quería que me dejase unas horas, unos días...Lo más fácil era decir que sí a todo. Aceptar y seguir hacia delante. Eso hacía siempre, levantar muros, construirme una coraza, poner límites y sonreír. Esa era mi vida. Lo correcto. Lo seguro. Comer con Diego y su ego. Comer con Diego y sus "te he echado de menos" mientras yo solo notaba el escozor de la herida, los labios de Jon, el no haber pensado en Diego más que por los remordimientos y por querer hacer las cosas "bien", como la sociedad manda.

Maldita sociedad y sus normas. Durante las cinco horas siguientes sólo tuve cabeza para copiar apuntes como una máquina y pensar en qué estaría haciendo Jon. ¿Estaría bien?

¿Me tenía que preocupar? ¿Tenía derecho a caso? Se que dije que jamás rompería las promesas que nos hicimos, todo el rollo de la pluma y eso... Pero mientras que no la llevase al cuello no me vinculaba, simplemente estaba en un impase, en el limbo de mi vida, entre la cordura y la emoción, entre ser normal y feliz. Así que ignoremos todo lo que haga de aquí en adelante porque no tiene nada que ver con nuestras promesas de sernos fieles, libres, amigos para siempre. Porque necesitaba aquello, hacerme una bolita, esconderme en una esquina de mi mente y dejar que la vida pasase sobre mí durante un tiempo. Tenía que descubrir cómo la recién hallada Dafne, esa que había estado perdida los últimos dos años, encajaba en mi vida. Porque, ¿Seguía siendo mi vida, no? Todo esto era lo que quería...Mi futuro como psicóloga, mis amigos, mi relación con mi madre, Diego, el pasar desapercibida...Era capaz de volver a eso. Era capaz de eso y de mucho más. Incluso de lanzarme a vivir de una vez.

## Capítulo 21

### 21

#### Arrastrándome en mi miseria

¿Habéis visto alguna vez el vuelo de una mariposa? Yo sí, en el pequeño patio de mi casa, cuando era pequeña y jugaba en el césped. Cuando una mariposa se posa no tarda en salir volando, revolotea de aquí para allá, das un paso y huye asustada pensando que la vas a pisar, que vas hacia ella. Pero aún así siempre se para cerca, a un lado, un poco más adelante en tu camino...Nunca se aleja hasta que ve que sigues intentándolo, que sigues avanzando y hay un peligro real para ella, o se cansa de jugar. Pues yo era esa mariposa. Revoloteando de acá para allá, creyendo por unos instantes que podía volar bien alto y luego regresando a tierra, con miedo de que alguien avanzase hacia mí -sin saber sus intenciones, qué pasaría-, pero con miedo también de alejarme demasiado del camino conocido. Esa era yo durante los últimos dos años. ¿Ahora? Ahora había regresado al capullo, bien calentita y escondida en su oscuro interior, dando al mundo una cara brillante, llena de purpurina y brillibrilli, de esas que relucen bajo el sol.

Los primeros días tras regresar de Londres fueron unas continuas ganas de llorar. Sobre todo mientras comía con Diego, que no hizo más que hablar y hablar sobre el amor, teorizando sobre sus formas, razonando lo irrazonable, analizando el porqué y cómo, ensalzando el sexo y lo guay que era. Sentí ganas de decirle que primero tenía que aprender a hacerlo. Pero me callé, estaba en mi capullo. Y él era un capullo también, pero de otra clase, ya me entiendes. Cuando dejó el temita del amor, que ya me tenía temblando por dentro -resonando con un nombre y apellidos- y aburrida hasta la muerte por fuera, pasó a hablar sobre sus colegas, sus *trabajitos*, como él decía, y las ganas que tenía de salir de fiesta y pillarse un buen pedo. Y cito textualmente sus palabras: *Buah que ganas tengo de salir contigo, va a ser la primera vez que vaya de fiesta con pareja, va a ser una pasada. Aviso de que cuando bebo me apetece...ya sabes.* ¿Mi reacción? Tragarme las ganas de partirle la cara mientras pensaba dónde narices se había escondido el Diego tierno y amable que conocí los primeros días. Que tampoco pedía un príncipe azul ni un santo, pero un poco de respeto ¿no?

Dos días más tarde, tras un martes tranquilito en el que me limité a hablar con Amanda y Javi, saludar a Diego y luego salir corriendo de

vuelta a mi casa, llegó el miércoles. Ese fue el día en el que las ganas de llorar pudieron conmigo. Y diréis, qué poco ha tardado, blablablá. Chorradas todo. Me sentí morir desde que empujé a Jon en su habitación, y desde entonces la sensación no había hecho más que crecer. No entendía porqué en lo más profundo de mi ser tenía la sensación de que había elegido mal, cuando me estaba eligiendo a mí por encima de todo. ¿No era eso lo correcto? ¿Ponerse a salvo a uno mismo? No debí creer lo mismo cuando el miércoles por la tarde decidí meterme en Instagram y lo primero que me encontré fue una foto de Lota junto a Hans. Se la habían tomado el día que salimos todos de fiesta, porque al fondo se nos podía ver a mi y a Jon entre la multitud. El corazón se me encogió, se convirtió en una bolita en medio de mi pecho, que subía y bajaba con respiración superficial. Cerré los ojos y respiré hondo. Conté hasta diez y los volví a abrir. Conteniendo las lágrimas, intentándolo. Obviamente la foto seguía reluciendo en la pantalla de mi móvil. Le di "me gusta" y comprobé que había etiquetado a Hans. Y en un acto temerario y totalmente mecanizado, me metí en su perfil, cotilleé un poco intentando convencerme a mi misma de que daba al botón de "seguir" y miraba sus fotos por puro aburrimiento y porque me caía bien. Eso también son chorradas. Como buena *millennial* -o como narices se dijese ahora- yo lo que pretendía era otra cosa. Lo que quería era ver si Hans salía en alguna foto con Jon y le tenía etiquetado. Lo que quería y lo que hice, tras comprobar que no compartían ninguna foto, fue irme al apartado de "seguidos" y revisar una a una las cuentas tratando de dar con Jon. Todo esto por el puro placer de ser una loca cotilla deseosa de ver su cara, de saber qué hacía, cómo se sentía. Vamos que le echaba de menos y me había convertido en una *stalker*. Ya os adelanto que no encontré su perfil. Para Instagram Jon no existía. Así que me conformé con hacer *zoom* a la foto que Lota había subido y contemplarnos risueños, bailando juntos al fondo de la imagen. No paré de mirarla hasta que el teléfono vibró con una notificación: Hans me había devuelto el *follow*. Eso me hizo dejar el teléfono a un lado sintiéndome pillada. Pero me generó una nueva angustia, vivían juntos -Jon y él-...¿Se lo diría? ¿Le enseñaría mi perfil? ¿Habrían hablado de mí?

Sólo por distraerme y salir de ese círculo vicioso (mentira cochina), llamé a Lota, que rápidamente me descolgó y me dijo que estaba en casa. Mi siguiente reacción fue colgar e ir un par de calles más arriba hasta su casa. Ambas vivíamos en una "pequeña ciudad" a las afueras de Madrid, hacia el norte. Yo vivía en un adosado y ella en un bloque de pisos cercano, así que no tardé en estar llamando a su telefonillo ansiosa porque abriese.

Os voy a resumir rápidamente lo que hice porque me doy pena hasta a mi misma:

Abracé a mi amiga, la pregunté por su vida, saqué cuidadosa y tirando de ironía el tema de la foto con Hans, ella me siguió el rollo, le pregunté que

si seguían hablando y esas cosas, ella me dijo que hasta habían hablado de quedar si le tocaba algún vuelo a Inglaterra y luego me paró los pies con una sonrisa bondadosa porque la muy hija de su madre me conocía como si me hubiese parido (perdón por las expresiones, pero estaba desesperada, indecisa, asustada y bueno...muchas otras cosas). Lota, como siempre, me vio venir de lejos. Se negó a pronunciar una palabra más, decía que eso eran cosas "mías y de Jon" -qué raro sonaba aquello, oír nuestros nombres juntos- y que teníamos que solucionarlo solitos. Así que acabé viendo películas moñas de netflix en su habitación y poniéndome hasta arriba de comida basura -demasiado cliché hasta para mi, pero cierto-. Y así, a lo tonto, acabó llegando el Viernes. Puede que hubiese ganado unos kilitos a base de cebarme a chocolate, o que los hubiese perdido de no dormir bien por las noches e ir y venir corriendo de la universidad, para no dar oportunidad a Diego a enrollarse mucho (de hablar digo). Tampoco me importaba demasiado. Lota comió en mi casa aquel día, descansamos un rato y luego empezó el proceso de "¿Qué me pongo? ¿Qué hago con esta cara que tengo?". Ese era el momento de Lota, donde sacaba todas sus armas de mujer fatal y me pintaba como una puerta mientras ella relucía como una súper nova. Pero nos dejaba a las dos bien guapas, lo admito. Yo era la encargada de elegir la ropa, pero aquel día...No era mi día. Tenía sueño, una posible jaqueca y no me apetecía ver a Diego y sus amigos, y mucho menos me apetecía que le entrase un calentón a mitad de la noche. En cambio, Lota estaba ilusionada, salir de fiesta era su segunda vocación; le daba igual con quién, cuándo y dónde, el objetivo era pasárselo bien. Y ella siempre lo conseguía. Yo ese día tenía la certeza de que iba a estar amargada, ya lo veía venir. Por eso no estuve muy imaginativa con lo de elegir la ropa. Menos mal que tiré del típico "algo negro y algo brillante". Aunque al final de la noche eso dio igual.

Quedamos con Diego y sus amigos a dos estaciones de metro del local que habían elegido. Cada uno fue por su cuenta puesto que nosotras vivíamos a las afueras y él y sus amigos en el centro de la ciudad. Y menos mal, porque ya de verles con sus camisas bien planchadas, las mangas remangadas a la altura de los codos y cómo se comportaban... ¡Sólo os digo que hasta a Lota se la vio dudar, desilusionada! Hicimos juntos la última parte del trayecto y en ese lapso de tiempo trataron de parar el tren, uno hizo amago de tirar a otro a las vías, se subieron en el pasa manos de las escaleras mecánicas y se encararon a un vigilante de seguridad. Yo iba por atrás con Lota, bien agarradita de su brazo, mirándonos con cara de pasmo, con ganas de salir corriendo, mientras nos hacíamos las locas. Si alguien preguntaba nosotras no conocíamos a esos chicos. Diego y sus *amigos* (los salvajes que iban de pijos), llevaban unas cuantas copas de más, pero aún no habían perdido las ganas de beber más, ni de fumar... La noche iba a ser *muuuuy* larga. Y lo fue, o no. Depende de cómo lo mires. Puede que incluso mejorase un poco si lo

veías desde un punto de vista retorcido y sensiblero. Esa noche sí que dejé a las ganas de llorar danzar a su aire, lo solté todo, así de golpe. Fue interesante ver las cosas con un poco de perspectiva y madurez, al menos de forma momentánea.

## Capítulo 22

**22**

### **Querer o no querer y otras formas de cegarse**

La música retumbaba con fuerza por todas partes, a través de mí, golpeando mi pecho rítmicamente al son del nuevo hit del momento. Yo me movía al ritmo y trataba de disimular que aquello no era lo mío, no era mi rollo. Me sentía fuera de lugar, observada e incómoda, pero lo disimulé. Diego bailaba en círculo con sus amigos, riendo y mirando aquí y allá —seguramente chicas, no me voy a engañar—. En cambio, yo fui arrastrada por Carlota y sus buenas costumbres, una noche de fiesta para ella no era lo mismo sin su “puti-vuelta” reglamentaria, la cual hacía cada vez que se aburría. Y aquella noche la hacíamos por pura desesperación y necesidad, seamos sinceras, ninguna quería estar allí, era evidente.

Así que nos alejamos todo lo posible de los chicos con la excusa de ir al baño y fuimos recorriendo lentamente toda la sala, aprovechando para bailar un poco sin notar mil manos tratando de alcanzarnos, el sudor frío y el aliento alcoholizado de los amigos de Diego.

Estábamos a mitad de la vuelta, alcanzado la altura de los baños cuando Lota emitió un grito emocionado.

—¡Tía es nuestra canción! — había empezado a sonar Tusa, nuestra canción de fiesta.

—¡Venga, vamos! — respondí igual de emocionada, tomándole la mano para bailar juntas entre risas.

Y en esas estábamos cuando una mano me rodeó y se posó en mi estómago. Notaba el calor de un pecho contra mi espalda, un aliento tibio en la nuca... Di un sobresalto, traté de girarme para ver quién era, pero el agarre se hizo más fuerte y me lo impidió. Busqué desesperada la mirada de Lota, que hacía un segundo estaba junto a mí, pero ahora se encontraba besando a un chico como si la vida le fuese en ello. No me vería ni de broma. Estaba sola.

Tomé aire, tratando de calmar el nudo que había surgido en mi pecho. Y al respirar noté un olor familiar, yo conocía aquel cuerpo, al menos el

perfume que desprendía.

—Te echaba de menos...— el corazón se me desbocó al escuchar su voz en mi oído.— Estabas tardando demasiado en volver y necesitaba bailar con mi chica. —dejó un beso en mi cuello antes de permitir que me girara para mirarle.

Ojos azules como el mar...Fríos, turbios, a un mundo de mí. Traté de mantener la distancia mientras bailaba con él, una sonrisa tirante se dibujó en mi cara al tiempo que él bajó la mano por mi espalda y presionó para atraerme más a su cuerpo, hasta dejar nuestros pechos unidos. Traté de resistirme, pero no tenía la fuerza suficiente y sería raro, ¿no? No querer notar la piel de mi novio junto a la mía. De hecho era raro, muy raro que me produjese aquella angustia el notar sus manos bajando hacia mi trasero, sus labios acariciando mi cuello...Sentía de nuevo el vértigo de hacía un tiempo, esas ganas de llorar, el palpito constante en mi cabeza bumbum bumbum, la sangre fluyendo a toda velocidad por mi cuerpo; la certeza de que salía de allí ahora mismo y me alejaba de Diego, o me iba a dar un ataque de ansiedad a lo bestia.

Y eso fue lo que hice. Traté de zafarme de sus manos, que estaban por todas partes. Él me miró con cara rara, intentando de alcanzarme de nuevo. Le veía borroso, me faltaba la respiración. Todo era calor, ruido, luces en movimiento, colores, olor a sudor. Di un paso atrás, luego otro más, aún mirándole. Luego me giré y salí corriendo hacia dónde creía que estaba la salida.

Tenía ganas de vomitar, estaba mareada y en algún momento entre todo aquel frenesí había empezado a llorar. Seguramente tuviese todo el maquillaje que a Lota le había llevado horas ponerme corrido por la cara, tendría pinta de mapache enfadado, pero me daba igual. Vivía por notar el aire frío golpeando mi rostro, notar octubre por todo mi cuerpo, con su frío, su brisa invernal y el vaho saliendo de mi boca.

Esquivé al de seguridad con una maestría pasmosa para mi situación y deambulé inestable hasta unas escaleras cercanas. En la calle había más gente que había salido a fumar o tomar el aire un rato, pero ninguno reparó en mi. Todos habían bebido demasiado o no querían meterse en asuntos ajenos. Cosa que agradecí. Me senté sola sobre las duras escaleras de hormigón. Y en lo único que pude pensar fue en que le necesitaba. Le necesitaba a él.

No dudé en sacar el teléfono móvil de mi bolso y dar a llamar con pulso

tembloroso.

— ¿Dafne?—preguntó una voz ronca y adormilada al otro lado de la línea.—¿Estás bien?

Respondí con un sollozo fuerte y un pequeño hipido. No, no estaba bien. La había cagado hasta el fondo. Estaba complicándolo todo y tenía miedo. De hacerme daño, de no ser quien creía que era, de quedarme con alguien a quien no quería ni me hacía sentir especial y que seguramente tampoco sentía nada por mí. Me daba pavor todo. Sobre todo, él, Jon. La casualidad más bonita de mi vida hasta el momento, lo más real en dos años, la persona que me había hecho volar...

—Shhhhh, nena cálmate. Respira. Cierra los ojos. Imagina que estoy ahí contigo. —me pidió con voz pausada, consciente de lo que me estaba pasando.—¿Recuerdas lo que hicimos aquel día? Pon la mano en tu pecho, controla tus latidos, siéntelos, domínalos. Mira como se van tranquilizando a la vez que tu. Respira lento. Expira por la boca. Así. —respiró conmigo, mostrándome cómo hacerlo.

Hice caso a cada cosa que me pidió. Solo oír su voz ya me calmaba. Pasó un buen rato dándome indicaciones mientras yo respiraba con pesadez, con un hipido aquí o allá, rompiendo a llorar de nuevo. Pero después de lo que se me hizo una eternidad consiguió calmarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Hoy no salíais de fiesta Lota y tú? ¿Dónde está?—preguntó preocupado y un tanto molesto.

—¿Cómo lo sabes? —logré articular a duras penas.

—Eso da igual Dafne, ¿dónde está Lota, y Diego? ¿Es por él? ¿Qué ha hecho? Te juro que...

—Shhhhhh— le callé abrumada por tanta pregunta.

—Perdón, perdón, pero contéstame por favor. ¿Estás sola?

—Sí, ahora mismo sí. He salido a tomar el aire. Lota está con un chico, pero hemos estado juntas todo el rato hasta antes de llamarte.

—Y....—me animó a hablar.

—Y nada. Que de repente estaba con Lota y ha aparecido Diego —se me rompió la voz de nuevo —Él quería bailar y...

—Te ha entrado la ansiedad. Entiendo. —asintió Jon.

—Sí, bueno...No. Me ha dado la ansiedad, pero porque sentía que todo estaba mal. Que no podía hacer eso.

—Ya te lo dije, haz lo que tú quieras, lo que te haga feliz. No lo que creas que debes hacer o que otros quieran o esperen.

—Ya lo se, por eso te he llamado.

Luego solo hubo silencio, denso y largo, demasiado largo.

—¿Jon? ¿Sigues ahí?- asintió en un murmullo.

—¿Qué me quieres decir con eso?—me estaba tentando, estaba tirando de la cuerda para ver hasta dónde llegaba. Pero esta vez no iba a dudar, no iba a fallar.

—Quiero decir que si él me intenta besar me quiero morir, porque me he dado cuenta de que no quiero sus labios junto a los míos. No quiero nada suyo, porque no eres tú. Y estás a un océano de distancia más o menos, y ojalá poder coger un taxi e ir corriendo a verte. Pero no estás y...no se qué hacer. —solté todo, así, de carrerilla, sin pensarlo demasiado. Posiblemente los dos cubatas que me había tomado tenían algo que ver.— ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué has tenido que ser tú? Hubiese sido tan fácil que Diego...

—Yo también me lo pregunto. Porqué tú sí y Sofía no. Porqué ahora y así. Pero la vida es caprichosa Dafne. Y si no soy yo habrá otros, si no eres tú....ninguna será igual, estoy seguro. Pero nos ha tocado esto, para bien o para mal. Y es una putada tenerte tan lejos, porque iría corriendo y le partiría la cara al tonto de tu novio y te abrazaría. Pero no puedo, joder. Me toca quedarme aquí y hacer como si nada. Porque no somos nada, porque estás lejos y llevábamos una semana sin hablar. Y ahora...Ahora esto.

—Lo siento.— murmuré.

—No sientas quererme.

—Yo no he....

—Dafne, no lo niegues por miedo. ¿No quieres decirlo? No lo digas. Pero no juegues más con esto, no nos confundas. Yo...yo creo que sí te quiero. A mi manera, poco, mucho...da igual. Pero no me avergüenza admitirlo. Te-qui-e-ro. Sin misterios ni dobleces. Llevo una semana de mierda porque me dejaste con mil cosas por decirte, y no sabía ni qué pensabas o

sentías. ¿Sabes qué es eso?

—Me lo imagino.— mascullé. Yo también me había sentido así.— Y siento mucho haber huido, de verdad. Pero me daba miedo que todo fuese a más y me hicieses daño. La canción era preciosa, entendí lo que querías decir, pero no me sentía capaz de contestar lo mismo. Tenía dudas. Sentía que no era lo adecuado. Ahora veo que he sido una tonta.

—¿Daño? ¿Por qué te iba a hacer daño Dafne?—su voz sonó más calmada.

—Porque...la última persona que me hizo sentir como tú, a la que quise de forma tan genuina...Fue mi padre. Obviamente no era lo mismo, pero...

—Pero qué, ¿qué hizo?

—Hace dos años o así estaba con él en el Rastro, un domingo, había muchísima gente en la calle, de puesto en puesto. Era mi cumpleaños, estaban cerca las navidades, creo que por eso había tantísima gente.— tomé aire armándome de fuerzas y seguí hablando.—Me paré a mirar un puesto, una chorrada, ni me acuerdo el qué. Él estaba a mi lado, pero cuando me giré para preguntarle si le gustaba ya no estaba. Se desvaneció. Me quedé allí sola, medio perdida, sin batería en el móvil, y nunca más le volví a ver.

Acababa de confesar lo inconfesable. Nunca le había contado la historia a nadie, Lota la sabía porque nos conocíamos de siempre y la había vivido conmigo, igual que mi madre y la policía cuando denunciarnos la desaparición. Pero nunca más había vuelto a hablar de aquel día. Me recordaba demasiadas cosas buenas y malas. Demasiadas emociones y sentimientos encontrados. Pero sentía que debía darle algo a Jon, confiar un poco, dar un pasito hacia el vacío. Ojalá no hubiese tenido que hacerlo por teléfono.

—Lo siento mucho Dafne, yo...No soy capaz de imaginar cómo lo debiste pasar.—aguardó unos instantes, sin saber qué decir. Me le podía imaginar mordiéndose el labio inferior, pensando tumbado en su cama.—Pero yo no voy a huir. Yo no te voy a dejar. Te lo prometo.

Y es cierto, él si cumplía sus promesas. No me dejó, no me abandonó ni

huyó en ningún momento. Ya sabemos que la cobarde aquí soy yo.

Seguimos hablando un rato más, pero no aclaramos mucho. Simplemente me distrajo y se asombró de que Diego ni se molestase en ir tras de mí. Me habló del bolo que había conseguido Hans y cómo iba la escritura de los nuevos temas. Y me cantó de nuevo mi canción, esta vez consiguiendo que me derritiera a cada nota, arrancando suspiros de placer con solo imaginarle a oscuras en su cuarto, iluminado por las luces de la calle y la luna, tocando la guitarra solo para mí... Aquella visión me hizo arder un poco más en la frustración de no poder tocarle, ni saborear sus labios de nuevo. Pero me contentó momentáneamente, inundándome de la calidez perdida esa última semana, de la sensatez y seguridad que Diego (y yo misma) hacía desvanecer.

Y hasta aquí el famoso momento de cordura y madurez. La noche no acaba así, las cosas no se quedan ahí. Mi proceso de sanación encontrándome a mi misma y siendo realista continúa. Así que, por favor, no seáis demasiado duros. No me tengáis las cosas demasiado en cuenta. Porque aún tenía que hundirme un poco más, cegada por el querer y el no querer, por las decisiones, por ese ardor en lo más profundo de mí, esa sed que no podía calmar. Las hormonas y frustración, que son muy malas.

## Capítulo 23

**23**

### **Coger carrerilla y echar a volar**

Tras colgar a Jon tomé una decisión. Me levanté de las escaleras, sacudí mi ropa, traté de adecentar un poco mi maquillaje y regresé a la discoteca. Pasé junto al seguridad con gesto adusto y mucha seguridad. Tenía fe en lo que iba a hacer, sabía con certeza que por una vez estaba haciendo lo correcto, lo mejor para mí. Fui directa a donde estaba el grupito de Diego, Lota había regresado junto a ellos y me puso cara de "Qué narices está pasando, ¿dónde te habías metido?".

Diego estaba bailando con los ojos fijos en una chica de falda muy corta e inmenso escote, eso me puso las cosas un poco más fáciles supongo. Me acerqué a él y con un carraspeo y un toque en su brazo llamé su atención.

—¡Hombre, Dafne!—comentó con irónica alegría.

—¿Podemos hablar?—pedí seria, sabiendo que aquello no iba a ser fácil.

Diego respondió encogiéndose de hombros, así que le tomé de la muñeca y le arrastré hacia los baños, donde la música sonaba menos fuerte y no había demasiada gente.

—¿Qué pasa ahora? ¿La princesa quiere saber algo de mí? ¿O a caso te apetece tema?

Me contuve porque quería hacer aquello bien, no quería ponerme desagradable, al fin y al cabo iba a tener que verle todos los días en clase.

—Quiero decirte una cosa.

—Pues venga, díla ya, que no tengo toda la noche.

—¡Diego, por favor! ¿A caso te he hecho algo?—pregunté molesta. Así me iba el contenerme...

—Deja que lo piense...—no estaba pensando una mierda, estaba claro.—¿Dejarme tirado sin más? ¿Dime, con quién te has ido? ¿Era el

mismo que el del viajecito?

—¿De qué hablas? No he visto a nadie, ni ahora ni en Londres.

—¡Una mierda Dafne! ¡A mí no me la cueles! ¡Eres una puta mentirosa, como todas las demás!

—¿Yo? ¡Yo! Casi me asfixio delante de tus narices y ni te has dado cuenta, ni me has seguido a ver lo que me pasaba. ¿Y yo soy la mala?—pregunté señalándome.— Tú estás fatal.

—Mira, que sí, venga, hazte la víctima. Siempre es lo mismo. Ahórrate el cuento, ¿me vas a dejar, no? Pues ya te dejo yo a ti, no te preocupes, así me puedes echar las culpas.— le miré pasmada, ¿pero qué bicho le había picado?

Diego estaba fuera de sí, seguramente por las copas que llevaba encima y lo que no eran copas, pero...No me le imaginaba así, actuando de aquella manera.

—Me voy a ir con mis amigos y tu te puedes ir con la zorra de tu amiga, que va provocando a todo el mundo. ¿Sabes qué me ha rechazado? Es una caliente pollas.

—Y tú un cretino. ¡Normal que todas te dejen!— le aparté de un empujón por no liarme a hostias allí mismo, y eso que yo era pacífica al máximo.

Fui de vuelta a la sala y traté de localizar a Lota donde la había dejado, pero ella había sido más rápida. Estaba junto a la puerta, en el ropero, con nuestras chaquetas ya preparadas. Caminé hacia ella, pero bien podría haber corrido, la abracé tragándome la rabia, frustración y lágrimas.

—¿Te lo ha dicho, no?—preguntó ella bajito, dándome un beso en la mejilla. —No te merece nena. Vámonos a casa.

Ya en la calle me paré en seco y tiré de Lota, frenándola.

—No quiero ir a casa. Hay que coger un taxi y no tengo tanto dinero, además mi madre no me espera hasta la mañana. Aún es pronto, sólo son las tres, ¿Quieres que vayamos a algún sitio? —me miró con detenimiento, dudando.

—¿Estás segura? A mí no me importa que nos vayamos, si quieres pago yo el taxi.—asentí.

—De verdad. ¿No tienes amigos en alguna de estas discotecas, amigos de

esos que nos cuelan gratis...?

—Sí, sí que tengo.—cedió ella. — Venga, vamos. A ver si conseguimos unas copas o algo.

Íbamos por la segunda copa gratis, bailando tranquilas por primera vez en la noche. Lota no había cuestionado nada, entendía que necesitaba despejarme y por eso la quería tanto. Nunca juzgaba, de ahí que me dejase cometer la estupidez más grande del mundo cuando se acercó a mí un chico alto, de pelo y ojos oscuros como el ébano, y yo, ilusa que soy —y con unas copitas de más— imaginé que era Jon. Dejé que bailase conmigo y moviéndome al ritmo ni me di cuenta de que su boca entraba en contacto con la mía. Su lengua se introdujo en mi boca e imitó de forma torpe lo que Jon conseguía hacer de manera natural. Fue entonces cuando me aparté. Por mucho que cerrase los ojos e imaginase, ni toda la imaginación del mundo podría conseguir que mis ansias de Jon fueran saciadas por una burda imitación. El chico trató de acercarme de nuevo a él, buscándome como si fuese un juego. Yo negué, desilusionada conmigo misma. Di un paso atrás y busqué a Lota.

—¿Ya es la hora? ¿Te ha servido la experiencia? —preguntó divertida tendiéndome la mano.

—Sí, creo que ya me he equivocado suficiente por una noche.

—Sí amiga, yo creo que sí. Además, este no se le parecía ni de lejos, era más bien tirando a feo.— reímos juntas, yo muerta de la vergüenza, ella restregándomelo por la cara.

—¿Vamos andando hasta la siguiente parada o así? A ver si hacemos tiempo y nos abren el metro...—Lota asintió y agarrándome del brazo emprendimos el camino.

—¿Has hablado con Jon, no?— comentó pasado un rato.

— Sí, hemos aclarado algunas cosas. Pero no lo importante.

—¿Qué es lo importante?

—Si estamos juntos o no, creo. Me ha dicho que me quería, a su manera...Y que sabía que yo a él aunque no se lo dijese. Me ha cantado otra vez mi canción. No se tía. Quiero verle, poder tocarle, ver que todo es verdad.

—Menos mal que el chaval es listo, porque si fuese por ti...

—¡Oye, que no soy tan inútil!

—Bueno... Eso es cuestionable. Tía pero si te ha dicho eso, que te quiere, qué más da que estéis juntos o no. Vamos, digo yo. Además que visto lo visto... Entre el cabrón de Diego y los cardos que te buscas... ¡Yo me quedaba con Jon!

—Ni que solo me importase el físico.— traté de defenderme.

Porque sí, llevaba una semanita de elegir de pena. En todos los sentidos.

—Hombre no, pero un exterior atractivo siempre ayuda. Y es que Jon lo tiene todo, es demasiado bonito para ser cierto.

—Ahí no estoy de acuerdo. Pero sí, me quedo con él cien mil veces antes que con otro.

—Pues eso, que te gusta, le quieres, o como quieras llamarlo. No necesitas más, creeme.

Cuando por fin abrieron el metro y nos subimos al primer tren que salía aproveché para buscar mi cartera en el bolso y bajo la atenta mirada de Carlota me puse el colgante que Jon me regaló. De nuevo la pluma colgó de mi cuello, recordándome que era libre para volar, que tenía que elegir por mí y mi felicidad, pasase lo que pasase. Porque los demás no se iban a preocupar por mí e iban a criticar todo lo que hiciese. Cualquier cosa que hiciese para alguien estaría mal. Tenía que aprender a asumirlo y superarlo. Tenía que aprender a vivir mi vida, la que soñaba y la que me había tocado.

## Capítulo 24

24

—Para, para, para.... —pedí a Hans dejando de tocar — Tío nos falta algo, no suena del todo bien, tal vez con un bajista....

Hans se rascó con las baquetas, meditando la idea.

Llevábamos una semana tocando. Tras el "concierto" improvisado de una canción que dimos y que Lota y Dafne se fuesen de la ciudad a toda prisa, Hans había sacado la batería de su habitación y habíamos montado un estudio improvisado en el salón. Desde ese día, en el que Dafne me dejó con la guitarra en las manos, no habíamos parado de ensayar cada nuevo tema que me venía a la mente. Hans me ayudaba a perfeccionarlos, a terminar la melodía, ajustar las letras y hacer los coros. Nos habíamos convertido en el dúo perfecto, pero aún así no éramos suficientes para ser una "banda", ni en número ni en "talento". Y sin el respaldo adecuado no se sonaba igual, la melodía perdía vida, por muy buena que fuese.

—Sí, tal vez. Y... ¿Un teclista?

—Hombre, si encontramos uno que lo haga gratis, por mi adelante.

—Creo que conozco a alguien. Deja que haga un par de llamadas, esta tarde pregunto a ver si alguien se anima.

—Genial. Por lo demás yo creo que sonamos bien. ¿No?

—Sí, me molan las canciones, al final a lo tonto vamos a tener más que de sobra, y eso que aún nos quedan casi tres semanas.

Es que tengo muchas ideas, mucho que sacarme de dentro. Hacía tanto que no componía...¡Pero hay que ensayar a tope!

—Ya y Dafne tiene algo que ver, ¿verdad?— comentó yendo hacia la cocina— ¿Quieres una cerveza?

—¡Sí, por favor!—grité desde el salón.

Claro que Dafne tenía mucho que ver con lo que estaba escribiendo, pero también Sofía, la historia de mis padres, de mi hermano...Estaba volcando todo lo que conocía o había vivido en letras y melodías.

—Estoy de acuerdo con lo de ensayar. Tiene que ser la hostia, no podemos fracasar en una fiesta de Halloween. Nos comen vivos y olvídate de triunfar.— Asintió al tiempo que me tendía un botellín.— Bueno y lo de Dafne, ¿qué?— insistió de nuevo.

Me pasé una mano por el pelo revuelto y me encogí de hombros.

—No sé. Nada, supongo.

—¿Cómo que nada? ¿Aún no habéis hablado? Te ha dejado muy tocado tío...

—Anoche, bueno, esta madrugada me llamó.

—Hmmm....De ahí la canción nueva— aseveró señalando la batería con las baquetas.

Hice un ademán con la mano para restarle importancia, como si aquel no fuese el motivo.

—Es complicado. Estamos lejos, ella...tiene dudas. Pero sé que siente lo mismo. De alguna forma me lo ha confesado.

—¿Entonces? Joder, que tampoco es tan complicado. O estáis juntos o no. Pero algo tendrá que pasar. Porque sino menudo coñazo.— dio un largo trago a su cerveza con gesto frustrado.

—¿Y tú? ¿Cómo te va con Lota?— le pinché para esquivar sus preguntas.— ¿Hay avances?

—Bah, eso no es nada. Sólo físico. No necesito más avances de los que ya tuve.— comentó con guasa, elevando las cejas.

—Ya, y yo me lo creo.

—Tú no te lo crees porque esa chica te ha jodido la cabeza, y no lo de más abajo.— rio señalándome con las baquetas.

—Anda, deja esos trastos quietos. Vamos a seguir. — le animé cogiendo de nuevo la guitarra.

Es cierto que le tenía muchas ganas a Dafne, pero lo que sentía no era por eso, el sexo era importante, sí, pero podía vivir sin él. Hasta cierto punto, me refiero. El caso es que el nudo de mi pecho era por ella, ella en

mayúsculas y en general. Por todo lo que suponía.

Alrededor de las tres de la tarde, mientras iba de camino al trabajo escribí un par de mensajes a Dafne para ver si ya estaba despierta, al ver que los leía me lancé a llamarla directamente.

—Buenos días bella durmiente, ¿cómo va la resaca?

—Fatal....Me quiero morir. — gimió, consiguiendo una reacción inmediata en mi cuerpo.— Me duele todo. Si es que yo no bebo...

—Eso no es verdad.— Me reí— Y... ¿de lo otro? Me alucinó que salieses de fiesta a pesar de saber que te pones así.

—Contigo también salí de fiesta...—susurró entre quejidos.

—Ya, bueno.... Pero, ya sabes. Era distinto.

—¿Distinto?— preguntó confusa.

—Sí. Distinto porque estabas cómoda, con Lota...No sé.

—Jon, lo que me lo provoca son las multitudes y el exceso de ruido.□ me explicó como a los bobos.— Pero sí, contigo fue distinto.— accedió.

Aquello me sacó una sonrisa.

—Entonces, que estás bien ¿no?.

—Sí doctor. Estoy perfecta, muriéndome por todo el garrafón que me dieron ayer, pero perfecta.

—Me alegro. Me dejaste preocupado...

—Ya, siento haberte llamado, debí haberme controlado mejor.

—Yo no lo siento. Era peor no saber de ti, créeme.

—Mira que eres raro. Sabes que esto no es normal, ¿no?

—¡A la mierda lo normal! Yo lo que quiero es a ti, lo demás me da igual.— grité sin importarme que nadie me escuchase o mirase raro.

—Ya....—pude escuchar su carcajada ahogada al otro lado de la línea. Seguro que se había puesto colorada y no sabía qué decir.— Pues yo lo que quiero es dormir, mucho y muy bien. Así que te cuelgo. Te quiero.

—se despidió en un murmullo casi inaudible.

Pero yo la escuché.

—Yo también te quiero.— dije a la nada.

Aquel fin de semana trabajé con una sonrisa perenne en la cara, con la seguridad de que todo iba a salir bien. El domingo cada canción salió a pedir de boca, conseguimos a un bajista y una teclista dispuestos a tocar con nosotros a partir del lunes. Y yo, dentro de toda esa burbuja de euforia contenida, tuve una idea brillante. Tenía un plan.

## Capítulo 25

25

### La "guarra y estrecha"

¿Recordáis aquello que dije por comienzos de septiembre? Lo de *"mí muerte había llegado pronto, en forma de ojos azul caribe, como esos mares profundos que nunca había visto, de arena blanca y playas vírgenes"* ¿Sí? Pues olvidadlo. Lo borro. Retiro cada palabra que dije, cada suspiro y latido acelerado. No más mares vírgenes, ni azul caribe. Ahora solo queda hielo, y si eso. Porque aquello sí era como la muerte, pero no la mía, sino la mutua, la de él, la mía para él. Silencio. Distancia. Miradas toscas. Malos gestos.

Lunes por la mañana, vuelta a clase. La rutina me engulle, pero no está él. No más. No más abrazos de Diego, ni sonrisas y miradas divertidas, no más esperarme a la entrada. Sólo indiferencia. Y debería agradecerlo, era a mi a la que le sobraba últimamente todo aquello. Se lo agradecía, pero... Siempre extrañamos lo perdido, detestamos la incomodez que deja a su paso, la pérdida de las costumbres, ese extraño vacío en nuestro pecho al vernos obligados a actuar como desconocidos. Porque eso era lo que pretendía Diego, hacer como si nada, como si no hubiésemos compartido ni un instante de nuestras vidas. Y me dolía, era humana. Le quisiese o no —que ya era irrelevante porque no había vuelta atrás— me dolía vernos así. Porque yo le iba a dejar, pero él lo hizo a malas. Yo no quería que las cosas acabasen así...

—¡Dafne! ¿Estás bien?—exclamó bajito Amanda al sentarse junto a mi. Llevó una de sus manos a mi frente y frunció los labios. Luego miró a nuestro alrededor y abrió los ojos en gesto de comprensión— ¿Lo habéis dejado?

Asentí hundiéndome un poquito más en mi asiento, buscando refugio en mi jersey XXL.

—¿Quieres contármelo?

—No. Solo quiero pasar página.— me mordí el labio, dudando. ¿Debía contarle algo a Amanda?

—Bueno...—se resignó sacando las cosas de su bolso para la clase.— Solo voy a decir una cosa y luego haremos como que no ha existido nunca: el

pobre es gilipollas y no tiene remedio, mientras estuviste fuera se paseaba con la rubia esa.—hizo un gesto hacia atrás, estaban sentados bien juntitos, haciendo el tonto.— Y no debería decírtelo, pero me siento mal si no lo hago. Siempre vi cosas raras en él, nunca me gustó y lo sabes. Así que creo que es lo mejor para ti el que lo hayáis dejado. Pero no me gusta verte así.

—No me extraña que hiciese eso.—comenté sin mucha energía— Intentó liarse con mi mejor amiga el viernes.

—¡¿QUÉ?!— chilló Amanda incapaz de contenerse.— ¡Menudo cabrón! —sentenció bien alto, girándose para encararle.

Estoy segura, por la cara de Amanda —y porque me giré discretamente— de que Diego se enteró perfectamente y no perdía detalle de lo que sucedía ante sus ojos.

—Mejor sola que mal acompañada, ¿no? —traté de esbozar una sonrisa por mi amiga.— Oye, ¿y Javi?

—Aaaah, Javi.—suspiró cambiando el gesto y acercándose a mi, tal y como hacía cada vez que se disponía a contarme un cotilleo.— ¡Anda que nos ha salido tonto el niño!

—¿Pero dónde está? ¿Por qué no me entero de nada?

—Es que estás muy desaparecida últimamente. El bebé se nos ha echado un "amigo", un amigo de casi dos metros, puro músculo y que va de raperero. Quedaron el sábado y desde entonces no sé nada de él...—me guiñó un ojo riéndose.

—¿Pero cómo? ¿Cuándo? Me tenéis que mandar más mensajes informativos, esto no puede ser—me quejé entristecida por ver la distancia que se había creado con mis amigos.— ¿Y si le ha pasado algo? ¿Es de fiar el tipo ese?

—Caaaalma. ¿Es de fiar Jon?

—¿Y tú cómo sabes lo de Jon?— murmuré para que Diego no nos escuchase, a saber, lo mismo tenía súper desarrollado el oído.

—Me lo contó Lota. Me escribió por Instagram, bueno mejor dicho, me mando una foto tuya *muy* pegatida a un chico bastante alto, pelo oscuro un poco rizado y largo...¿te suena? Ella le llamó Jon.— se mordió la lengua en una sonrisa.

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué todos mis amigos eran tan cotillas? ¿Yo

era así también?

Al final acabé haciéndole un breve resumen de toda la historia "Jon-Dafne-Diego" del último mes y medio. Porque a todas nos gusta desahogarnos y más si es con alguien de fiar. Juro que durante el breve proceso de relatarle todo le salían brillitos y corazones de los ojos, entre suspiro y suspiro, como si fuese una telenovela.

—¡Parece un cuento!

—Bfff no se yo. En un cuento todo iría bien; y no quiero ser princesa.—arrugué la nariz con desagrado— Que luego siempre acaban amargadas.

—Pero entonces...¿Diego...nada? Osea, no te gusta. O gustaba.

Me froté la cara con las manos y me las pasé por el cuello, sin saber muy bien cómo contestar.

—No lo sabes. ¡Joder, menudo lio todo!

—Se que no siento lo mismo. Que con Diego sentía que algo no encajaba, no estaba cómoda del todo. Y con Jon...—bajé el tono aún más.— Con él todo es fácil, sencillo, ¿mágico? Pero es raro — me aferré al colgante de la pluma, como si aquel simple gesto me diese valor o respuestas.

Al poco entró el profesor y tuvimos que dar por terminada nuestra conversación. Me quedé sin saber la opinión de Amanda.

Al día siguiente la cosa no mejoró demasiado. De hecho, fue a peor. Estaba recogiendo mis cosas junto a Amanda y el recién aparecido Javi (¡estaba vivo!) cuando Diego bajó las escaleras del aula junto a nuestra mesa, y a su paso dejó caer un comentario hiriente de los suyos.

—Mira, ahí está la estrecha de mi ex.— cuchicheó entre risas con la rubia de piernas largas que era como una lapa, detrás de él, desde comienzos de curso.

No sé muy bien que venazo me entró, pero no me pude contener.

—Mira, ahí va el gilipollas de mi ex... El infiel.— añadí con lentitud, mirando directamente a sus ojos.

Diego se detuvo ante nuestra mesa, la chica tiró de su brazo para hacerle avanzar, sin resultado. Las risitas se habían terminado. Solo quedaba su mirada y la mía, en una lucha encarnizada por ver quién se echaba atrás

antes, quién perdía.

—¿Tienes algún problema?—Javi hizo acto de presencia.

—Contigo no tengo nada que hablar. Marica.— dijo con desprecio.

El pulso me iba a mil y aumentando según iba creciendo mi enfado. ¿iPero con quién narices había estado saliendo!? Se me fueron las dudas de un plumazo, ni echar menos ni nada, no sería capaz de querer a alguien como él en la vida. Estaba demostrando ser de lo peorcito.

—¿Pero tú de qué vas niñato?— saltó la siempre correcta Amanda, apretando las manos en puños.

La rubia dio unos pasos atrás, la chica no era tonta. Diego ni miró a Amanda, seguía mirándonos a Javi y a mi, alternativamente, con la vena del cuello palpitándole.

—¿Tienes algo más que decir o pasamos ya a los puños?— rugió Javi en tono bajo, para no llamar la atención del profesor, que iba camino de la salida.

—No pienso rebajarme a eso. No pienso pelearme con....—hizo un gesto con la mano hacia nosotros— esto.

No sé cómo ni cuándo, pero sí que salté por encima de la mesa y le di una buena bofetada con la mano abierta a Diego, dejando en su dulce y pálida cara una palpitante marca.

—¿Qué decías? Es que no te he escuchado bien...

—iSerás guarra!

Escuché un bufido por detrás que rápidamente atribuí a Amanda.

—iVete de aquí anda! Y no te acerques más a ella.— le advirtió Javi pasando un brazo por mis hombros.

iMenudo numerito acabábamos de montar! iQué vergüenza! iY qué bien me sentía! Con la adrenalina por las nubes, sin crearme lo que acababa de pasar, lo que acababa de decir.

—iNo le soportan ni en su casa!— masculló una chica que pasaba de camino a la salida y que debía de haberse enterado de todo porque apartó a Diego de un empujón.

Al final se dio por vencido. Miró a su alrededor buscando apoyo, algo que echarnos en cara, pero terminó girando sobre sus talones y

encaminándose a la salida entre bufidos y maldiciones.

—¡Adiós, *guapo!*— le chinchó Javi aguantándose una carcajada.

El miércoles Diego ni apareció por clase. Estaría digiriendo toda la mala leche que tenía dentro del cuerpo. Pero nosotros nos habíamos convertido en héroes, todo el mundo nos saludaba y comentaba con diversión el *show* del día anterior. Hasta la rubia parecía arrepentida y caminaba con la cabeza gacha. Pero eso tampoco estaba bien....No me sentía demasiado cómoda con tanta atención, gracias a dios Javi supo gestionar todo aquello de maravilla, llevándose todas las miradas y siendo el más ingenioso a la hora de hacer bromas. Mientras, Amanda y yo nos volcamos en las clases y nuestros ordenadores.

Aproveché el primer descanso para mirar el móvil. El día anterior le había mandado un audio a Jon contándole nuestra experiencia en *el club de la lucha*, pero aún no había recibido respuesta. Así que decidí escribirle de nuevo, por ver qué pasaba, si me contestaba o no.

Amanda:

Buenos díassss!! ¿Cómo estás?

No quería sonar demasiado insistente, así que le envié un mensaje breve y lo dejé ahí.

Pero al salir de clase al medio día aún no tenía respuesta, de hecho, Jon ni si quiera había recibido el mensaje. Me empecé a preocupar, él siempre contestaba rápido, ni si quiera cuando estaba trabajando tardaba más de un par de horas en escribir —y eso como mucho—. Iba dándole vueltas de camino a casa; pensando si debería llamarle o no. Y cuando al fin me dispuse a hacerlo. Cuando estaba abriendo la puerta de mi casa y sacando el móvil del bolso...Escuché su voz.

## Capítulo 26

26

### Un paso en falso y...

Comprobé la dirección un par de veces para asegurarme. Miré la pequeña casa adosada de ladrillo que había ante mi, cuadraba con la descripción que Lota me había dado, así que supuse que aquella era la casa de Dafne.

Había cogido un vuelo a eso de las ocho de la mañana y a las once ya estaba en el aeropuerto de Madrid. Desde ahí había cogido un taxi hasta la dirección que Lota me había dado y... Aquí estaba. En mitad de la calle durante un día de esos soleados de mediados de octubre que escondían un frío de la leche; parado ante la verja de entrada, dudando. Se suponía que Dafne salía de clase a medio día, así que...puede que estuviese ya en casa. Según Lota vivía cerca de la universidad. No debería tardar mucho. Me acerqué al timbre y llamé antes de arrepentirme de nuevo; era ahora o nunca.

—¿Sí?— se escuchó la voz de una mujer a través del telefonillo.

—Hola, esto....— ¿me habría equivocado de casa? — Busco a Dafne, pero creo que me he equivocado.

—¡No, no! —dijo risueña la señora.— Espera que te abro, Dafne es mi hija.

A los segundos se cortó la conversación y escuché como me abría la cancela, tiré para abrir, dando paso a un pequeño jardín, al otro extremo, apoyada en la puerta, me encontré a una versión adulta de Dafne, o al menos lo más parecido a lo que ella sería.

Me recibió una señora de estatura media —un poco más bajita que Dafne—, delgada y de inmensos ojos verdes, pelo castaño —un poco más claro que el de su hija—, el mismo gesto en los labios, el mismo brillo en la mirada...Estaba claro que eran familia.

—Hola, has tenido suerte, hoy he llegado pronto del trabajo.— comentó señalando su uniforme de color verde, parecido al que usaba mi madre en

el hospital.

—Hola, disculpe, pensaba que estaría Dafne en casa, no quería molestar.

—Bah, tonterías.—hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y me invitó a entrar en la casa.— ¿Sois compañeros de clase?

—No.— me mordí el labio dudando, ¿qué narices le iba a decir?— Somos... amigos.

—Así que amigos.— repitió ella, indicándome que la siguiese.

El contraste con la calle era impresionante, al instante me sobró la chaqueta, puede que también por los nervios que me generaba aquella situación. La casa olía a vainilla e incienso y resultaba muy acogedora, pulcra. Me imaginaba perfectamente a Dafne allí.

—¿Quieres tomar algo?

—No, muchas gracias.— negué con amabilidad.— No quiero molestar, así que...

—Anda siéntate, Dafne estará al caer.— comentó mientras echaba una mirada a su reloj de pulsera.— Bueno, pues cuéntame, ¿de qué os conocéis?

Intenté esbozar una sonrisa tranquila y no pensar demasiado, aquella era una situación que no había planteado en mi cabeza al tener la gran idea de ir a ver a Dafne en persona. Todo por invitarla al concierto que íbamos a dar como teloneros. ¡Ya teníamos hasta nombre: The Dumps! Porque a todos nos habían tratado como a basura, nos habían dejado tirados o cualquier otro significado que le pudieses encontrar a la palabra. Pero claro, yo solo pensaba en "voy a su casa, la beso e invito a salir", no contaba con ver a su madre y tener que esperar con incomodidad a que ella regresase...hablando, contándole cosas. ¡No sabía siquiera si le había hablado de mi existencia! ¿Dafne le habría contado algo?

—Es una larga historia, ¿Dafne no le ha hablado de mí? Por cierto, me llamo Jon. — comenté alargando una mano hacia ella.

—¡Ay, perdón! Yo soy Laura.—ignoró mi mano y me dio dos besos, a los que respondí tras un instante de shock.— Bueno, vamos a sentarnos al salón.

Laura, la madre de Dafne no tenía nada que ver con su hija, parecía una mujer abierta y jovial con cualquiera, no tan asustadiza ante el mundo

como podía llegar a ser Dafne a veces. Aquello me tenía desconcertado.

—Pues la verdad, Jon, es que mi hija no me había comentado nada sobre ti. ¡Eres toda una sorpresa!— comentó mirándome de arriba abajo.

Me pasé la mano por el pelo revuelto, incómodo, nervioso. Me picaba el cuello, me sudaban las palmas de las manos a pesar de secármelas constantemente en los vaqueros. ¿Cómo me había metido yo solito en esto?

—Vaya....Pues sí, somos amigos desde hace poco, supongo.—repetir tantas veces "amigos" me mataba un poco. Nosotros, al menos para mi, ya éramos algo más que "amigos", algo distinto, muy nuestro, único. Difícil de explicar.— Puede que por eso no le haya dicho nada.

—Puede ser...—asintió recostándose en el sofá, con la típica sonrisa que ponen las madres cuando saben que les escondes algo.— ¿Y dónde vives Jon? ¿Tus padres son de por aquí? Ese nombre suena a Vasco, ¿me equivoco?

—No, señora, no se equivoca.

—Llámame Laura.

—Laura.—rectifiqué.— Mi padre era Vasco y yo nací allí, bueno y mi hermano, pero cuando tenía ocho años o así me mudé con mi madre a Madrid. A Carabanchel, donde ella nació.

—Vaya...¿Y tu padre?— demasiadas preguntas. Demasiadas y dolorosas.

Me quité la chaqueta, incapaz de soportar los calores que me estaban dando. Y yo que decía que aguantaba bien la presión...

—Bueno...él no era lo que se dice un buen hombre. No era bueno para mi madre, ni para nosotros. No se mucho de él, la verdad.— el gesto de Laura cambió de inmediato, dulcificándose con esos ojos verdes bañados en tristeza que compartía con Dafne.

—Vaya...Lo siento. Yo....— se interrumpió al escuchar la puerta.— Creo que esa es mi hija.

—¡Qué rápido!— comenté por decir algo, aquellos habían sido los minutos más largos de mi vida.

—¿Mamá?— gritó Dafne desde la entrada.

Sus pasos se acercaron por el pasillo y mi pulso se aceleró según se

acercaba.

—¡Si cariño, en el salón! ¡Hay alguien esperándote!— me guiñó un ojo y miró hacia la puerta, esperando que su hija apareciese.

¿Cómo se tomaría que estuviese allí? No me lo había planteado demasiado, joder ¡la verdad es que no me había planteado nada! Había sido todo demasiado impulsivo. Sólo quería darle una sorpresa.

—¿Qué?— preguntó ya desde la puerta.

Me giré para verla y tras mirar rápidamente por la habitación sus ojos toparon con los míos. Sonreí por instinto, mordiéndome el labio inferior un tanto avergonzado de mi osadía por haber aparecido allí. Deseoso de ver la reacción en sus ojos, esa explosión de alegría que los solía inundar cuando nos encontrábamos. Sólo de recordar sus labios en los míos se me nublaba la mente. Y ella.... Ella no reaccionó. Se quedó mirándome impasible desde la puerta. En silencio. Fría y distante.

—Bueno yo creo que...— empezó a hablar su madre mientras se ponía en pie.

—¿Qué haces aquí?— siseó dando un paso hacia mi.

Laura se escabulló aprovechando el hueco que había dejado su hija, dejándonos a solas.

Me levanté, encogiéndome de hombros. La tensión era palpable y me asfixiaba lentamente.

—He venido a verte. Quería darte una sorpresa.

—¡Una sorpresa!— dejó caer el bolso a un lado en el suelo. Dio otro paso al frente.— ¿Y no podías contestar a mis mensajes, ni al teléfono, no?— frunció el ceño y los labios, como con desagrado.

—Lo tengo en modo avión. Ni me he acordado...—comenté buscándolo en mis bolsillos. Lo saqué y quité el modo avión.— Ya está.

—Ya está, así de fácil. ¡Para ti todo es fácil! ¿A que si Jon? Sonríes y ya está, te presentas aquí sin avisar y listo. Ya está. Eres la hostia....

No entendía por qué me gritaba de aquella manera; ella que nunca alzaba la voz, que no insultaba, que no.... Me estaba recordando demasiado a Sofía y sus brotes de ira.

—Hey, que no he hecho nada.— traté de calmarla, alzando mis brazos en alto.— Sólo quería invitarte a comer algo, hablar... Hacía mucho que no te

veía, te echaba de menos.— esto último lo dije bajando a voz.

Traté de acercarme a ella, a penas nos separaban unos pasos. Alargué una mano hasta alcanzar la suya y unirlas, me acerqué un poco más. Podría haber unido nuestros labios, a penas nos separaban unos centímetros. Podía notar su pulso acelerado, sus manos temblorosas...Esos labios que se abrían dudosos para mi. Pero no la besé, quería arreglarlo, no complicarlo todo más.

—Perdón por presentarme así, pensaba que ibas a estar en casa. No sabía que...

—No Jon. No.— bajó la mirada y apartó la mano de la mía.— Las cosas no se hacen así. ¡Esto no es una película! ¿Cómo sabías dónde vivo? ¡Dios, es que no es ni medio normal! ¡Nada de lo que — Vete, por favor.

Se echó a un lado para dejarme pasar e hizo un gesto con la mano.

—Pero...Dafne — supliqué— ¿Por qué? Yo no...

—Tú no ¡¿qué?! ¿A caso has pensado en mi? ¿En lo que quiero? Lo mismo no quería que vinieses, no hoy, no así. Lo mismo quería presentarte a mi madre de otra forma, no hacer todo así de rápido y de cualquier manera. ¿Tan difícil es tener las cosas claras, pensar y luego actuar?

Sus gritos, aunque acallados, me llegaban altos y claros. Clavándose lentamente en mi piel. Y lo peor es que tenía razón. No debería haber ido. No tenía que haberme subido al avión aquella mañana en Londres, ni haber pedido un día libre, ni nada. ¡Me había lanzado a la piscina de cabeza! Y al parecer la maldita piscina estaba vacía. La hostia era tremenda, pero esclarecedora. Como siempre pasaba con ella; cada vez que avanzábamos dos pasos retrocedíamos uno.

—No, no es tan difícil.— murmuré.

Me puse la chaqueta de nuevo y caminé con la cabeza alta, las manos en los bolsillos, sin apartar la mirada de la suya. Me paré junto a ella, frente a la puerta del salón.

—Adiós Dafne. Ya me llamarás, supongo.— caminé hacia la salida con paso decidido. —Adiós Laura.— me despedí con un gesto de la cabeza de su madre, que estaba en la cocina, haciendo como que no escuchaba.

—Adiós Jon.— su voz se confundió con el portazo que di al salir.

¡Estaba harto de movidas, de gritos! ¡Harto de todo! Que sí, que no era un santo, que no hacía todo bien, pero estar así no era sano. Vivíamos en vilo constantemente, un día nos prometíamos amor y al siguiente huía

despavorida. ¡Y yo era el que tenía que pensar las cosas! Si yo lo tenía todo tan claro, icristalino! Sabía lo que quería, a ella, sin más. Me daba igual lo que tuviese que esperar o hacer, siempre que ella quisiese estar conmigo también. Pero la veía dudar, salir corriendo cada vez que avanzábamos y luego regresar. Ya lo había hecho antes. Y para vivir así, en un sin saber, dando pasos en falso continuamente...para eso me habría quedado con Sofía.

—¿iTe vas a ir así!?!— me gritó desde la puerta.

Yo ya estaba en la calle, me giré para mirarla. Sujetaba la puerta con fuerza y desde donde estaba podía ver cómo lloraba con ganas.

—¿Qué coño quieres que haga? ¿Qué quieres de mi? ¡Me acabas de echar! ¿Acaso eso tiene sentido? Aclárate un poco y no grites más....

No me quedé a ver qué decía o hacía. Caminé durante un buen rato, tratando de ignorar el hecho de que lloraba y era por mi culpa, por mi insensatez. Caminé hasta que di con una boca de metro y emprendí el camino de vuelta al hogar, a mi piso en Carabanchel, junto a Telmo y mi madre.

Traté de ignorar la voz de Dafne resonando en mi cabeza, cada palabra que había gritado que para mi eran eco de las peleas con Sofía, de su sempiterna cantinela: "eres un inútil", "no eres suficiente", "has echado tu vida a perder", "iluso", "crio", "inconsciente", "romántico"....

## Capítulo 27

### **CAPÍTULO 27**

#### **El arrepentimiento arde muy dentro y rápido**

Hay veces en la vida en las que un simple detalle, uno completamente inocente, lo cambia todo. Volviendo tu mundo del revés, sacudiendo el suelo en un terremoto emocional para el que no estás preparado, para el que seguramente jamás lo estés.

La visita inesperada de Jon había sido eso para mí: un terremoto, y de los fuertes. Había sacudido los cimientos de mi inestable vida, de los finos muros que había construido a mi alrededor con mucho cuidado y mimo. Y no me importaba como tal que Jon viniese a verme a Madrid — bueno, un poco sí, pero ese no era el problema—, el problema residía en mi interior, en mis propios ritmos. Quería haber podido decidir libremente aquella situación, haber podido mentalizarme como hacía falta, porque que Jon descubriese mi mundo, que apareciese allí por arte de magia y me sonriese con ternura y normalidad... No encajaba en mi plan preestablecido.

Yo quería estar con él, estaba emocionada con la idea y las sensaciones que la acompañaban. Quería besarle, abrazarle y en un futuro cercano poder gritar a los cuatro vientos "es mi novio". Pero no me había salido eso. Desoyendo todas las pautas que mi psicólogo me había dado durante más de un año: "habla los problemas con la otra persona. Buscad soluciones. Calma. Abstráete de la situación..." se habían perdido — y nunca mejor dicho— al ver a mi madre tan pancha hablando con Jon como si se conociesen de toda la vida. Ver esperanza reflejada en sus ojos, la firmeza de sus palabras, la confianza en mí... Él — estaba segura— creía saber cuál iba a ser mi reacción, y se había equivocado de lleno.

Y eso me frustraba aún más, porque lo que él había esperado de mí era lo que deseaba poder darle. Pero desde lo de mi padre no solo había desarrollado esa especie de fobia al ruido y multitudes (que poco a poco iba superando), sino que también había aprendido a temer y repeler el amor. Todas mis relaciones — incluso con Amanda y Javi— habían progresado con lentitud, y que él se saltase todo eso y me hiciese reaccionar antes de tiempo... Me había sobrepasado, de nuevo.

— ¿Dafne? — tanteó mi madre con delicadeza desde el pasillo.— ¿Puedo pasar?

Llevaba toda la tarde encerrada en mi habitación. Tras ver desaparecer a Jon calle abajo, entre lágrimas, había corrido hasta mi cuarto y de un portazo me había encerrado. La cama había absorbido mis lágrimas y acallado mis gritos de frustración. ¿Qué había hecho? ¿Cómo podía haberle dicho las cosas que había dicho? Ni yo misma lo sabía, no entendía nada de lo que había hecho y me arrepentía muchísimo. Pero no podía retroceder en el tiempo y arreglar las cosas, por desgracia no tenía ese don, ni el de pensar con la cabeza al parecer.

— Sí.— gemí desde detrás de un cojín.

Mi madre asomó la cabeza y luego viendo que no le arrojaba nada y parecía más calmada, pasó para sentarse a mi lado en la cama.

— ¿Cómo estás mi niña?— preguntó acariciándome el pelo con cariño, tal y como hacía cuando era pequeña. Acepté sus caricias, feliz de que al menos nuestra relación mejorase día a día.

— Mal. Me he vuelto loca en cuestión de segundos... ¿Crees que me perdonará?— la miré con miedo, porque me daba pavor perder a Jon incluso antes de tenerle de verdad.

— ¿Tú lo quieres arreglar?— asentí sorbiendo por la nariz— Entonces sí. La gente solo arregla las cosas que les importan cariño, esto tiene la importancia que vosotros le queráis dar. Y estoy segura de que Jon te entenderá, el tampoco ha tenido una vida fácil...

— ¿Cómo sabes tú eso?— la miré extrañada, intuyendo a qué se refería

mi madre.

— Hablamos suficiente para entender que él ha pasado por cosas duras, su padre no debió de tratarles muy bien, pero claro, esto son suposiciones más por lo que él ha dicho. Eso ahora da igual.— hizo un gesto con la mano, indicando que olvidásemos el tema.— Parece buen chico, debe de ser especial...Tú debes de serlo para él, ¿no?

— Lo es.— asentí.— Yo...No lo tengo tan claro.

— Pues yo sí, se le veía en los ojos. Estaba tan nervioso... ¿Por qué no vas a verle?

Contuve un hipido y sacudí la cabeza en forma de negación.

— No sé dónde vive.

— Me dijo que era de Carabanchel... ¿Cómo puede ser que no sepas dónde vive?

— ¿Carabanchel? Pero es un barrio enorme...Jamás le encontraría.— lloriqueé.

— Dafne, mírame.— mi madre cesó en sus mimos, poniéndose seria.— ¿De verdad no sabes dónde vive? ¿Pero no estáis saliendo?

— Es que... No sé dónde vive en Madrid.— dije bajito, temiendo la reacción de mi protectora madre.

Me miró de hito en hito, analizando mis palabras, adivinando su significado. Abrió la boca un poco, comprendiendo y luego esbozó una pequeña sonrisa.

— Así que por eso estabas tan guapa en las fotos de Londres...— me puse como un tomate, dios, — Bueno mi niña, — me dio unas palmaditas en la espalda— pues solúcionalo. Si no sabes dónde encontrarle aquí, y no pienso dejar que lo arregles con una llamada que para eso te he educado bien, sólo queda una solución...

¿Estaba proponiéndome lo que yo pensaba? ¿Quería que fuese a Inglaterra a buscarle? ¡¿Se había vuelto loca?!

— Pero yo...

— Dafne, si te gusta y quieres algo más con él reacciona. Soy tu madre, pero tengo ojos en la cara, es un chico bastante guapo, agradable, y seguramente muchas cosas más que no sé porque no me has contado nada. — me riñó con la mirada— Sé por experiencia que esos chicos no están solteros por mucho tiempo, y el amor no es infinito...Si no te decides se acabará cansando. Así que meditalo y si necesitas dinero para los billetes me avisas.— Se despidió con un beso en la frente y me dejó más perdida que antes. ¿iQué narices estaba pasando en el mundo!? ¿Tan perdida estaba?

Al final, tras unos cuantos intentos y un poco de chocolate, me recompuse y fui directa a casa de Lota en busca de explicaciones. Porque estaba claro que ella estaba metida en el ajo.

Llamé al telefonillo un par de veces, pero nadie me contestó, así que aprovechando que un vecino salía del edificio me colé y subí hasta su planta. Saqué la llave que Lota escondía siempre bajo el felpudo y abrí la puerta. Escuché ruido en su habitación así que me dirigí con paso decidido hacia allí, se iba a enterar... ¿Quién se había pensado que era? Ser mi mejor amiga, casi mi hermana, no le daba derecho a dar mi dirección a cualquiera, menos a Jon. Ella sabía cómo era. Cómo podría reaccionar.

Abrí de un puntapié la puerta de su habitación, estaba tumbada en la cama, viendo algo en el ordenador. Al verme entrar de golpe se incorporó de un salto.

— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has...?

— ¿Qué pretendías mandando a Jon a mi casa?— interrumpí cegada por mi enfado conmigo misma, pero también con ella.

— Yo... ¿Ha venido? ¿De verdad?

— Sí, ha venido, de verdad. Pero se ha marchado porque me he puesto como una loca a gritarle.

— ¿Qué?— gritó dejándose caer sobre la cama de nuevo.— Ven aquí y cuéntame.— dio una palmadita sobre el colchón.

Dejé el enfado a un lado y me senté junto a ella. Media hora más tarde nos habíamos puesto al día y tenía una idea sobre cómo solucionar todos mis problemas. Lota estaba decidida a acompañarme al concierto de Jon y Hans, al fin y al cabo nos habían invitado a las dos. Bueno al menos a ella, a mí no había dado tiempo a que lo hiciesen antes de que me pusiese a echar pestes. Pero al parecer nos habían reservado unas entradas, Lota le había dado largas a Hans, la muy boba no se decidía, pero claro.... yo tampoco, no podía echárselo en cara. Así que al final de la tarde sólo faltaba comprar los billetes para dentro de una semana y poco. Íbamos a verlos tocar y con suerte podría disculparme y hacer las paces con Jon. Esperaba que saliese bien...

## Capítulo 28

### **CAPÍTULO 28 LAS MENTIRAS NO ENGAÑAN A NADIE**

Llegué a casa de mi madre bastante cabreado, el viaje de vuelta no había sido tiempo suficiente para apaciguar ese miedo que se fundía con la ira en una bola inmensa, anulando todo pensamiento lógico que pudiese tener. No lograba entender, por más que lo analizase y repitiese en mi cabeza, cómo era posible que Dafne hubiese reaccionado así, con esa furia y al poco estuviese llorando, recriminándome que me marchase.

Todos escondíamos nuestra oscuridad, reprimíamos todo lo feo y roto de nuestro ser en el sitio más profundo que hallábamos, esperando que nadie topase con él nunca. Supongo que yo había dado con ese espacio en Dafne. Había sido el detonante, la excusa perfecta para que todo saltase por los aires. Aún así.... No pensaba darme por vencido, aunque las esperanzas me flaqueasen sabía que entre nosotros había algo especial, que merecía la pena. Por eso quería que ella pensase, que valorase lo que de verdad quería.

Si teníamos que estar juntos, que fuese por elección propia y no puramente circunstancial, si estábamos juntos que fuese sabiendo lo bueno y malo, arriesgándonos conscientemente. No quería llevarme una decepción con Dafne porque tenía claro, desde hacía un tiempo, que sería incapaz de recuperarme. Tenía demasiadas expectativas y sueños entorno a ella.

— ¿Jon? — Telmo se asomó desde el salón al escuchar la puerta cerrarse con un golpe y mi posterior gruñido a modo de saludo.

— Ese soy yo. — comenté dejando la chaqueta a la entrada.

— ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?— tanteó receloso.

Se acercó a mí con el ceño fruncido, guardando las distancias.

— ¿Qué pasa? ¿Qué ya no puedo ni venir a casa de visita?

— No, no claro que puedes pero... No sé, como has venido sin avisar...

— Pues porque era una sorpresa joder, ¿qué pasa que hoy a todo el mundo le va mal verme o qué? — retrocedió hacia el salón y se desplomó en el sofá.

Le seguí de cerca, con ganas de pelea. Apagué la televisión de malas maneras, Telmo me miraba expectante.

— ¿También me evitas?

Por toda respuesta recibí un encogimiento de hombros.

— Me cago en la hostia ¡Telmo, reacciona! — le grité sin saber muy bien por qué lo hacía.

— ¿Qué quieres, pelea? ¡Porque me la suda que estés cabreado! No puedes llegar aquí de la nada buscando movida. Si quieres que te griten ya sabes a dónde ir, busca a Sofía o tu nueva novia, pero a mi déjame en paz, que suficiente tengo con lo mío...

— ¿Con lo tuyo? ¿Qué pasa, que el niño se ha cansado de follar con sus amiguitas, te han dado calabazas o qué? Porque yo no veo que vivas mal. — dije con sorna, tratando de hacerle daño. — Tal vez has suspendido algo... ¿Es eso? Dime hermanito, ¿Qué coño es tan malo en tu vida?

¡Sorpréndeme!

Se levantó de un salto y me empujó con fuerza, aquello no me lo esperaba. De un golpe seco me dejó tumbado en el suelo, aprisionándome con fuerza por los hombros.

— ¡No tienes ni puta idea! ¡Ni puta idea de nada! Así que deja de joder, porque no sabes hacer otra cosa que lloriquear. — amenazó con mirada vidriosa, turbia. — Estoy hasta las narices de que solo vengas cuando tienes problemas. Somos tu familia, ¿te acuerdas no? ¡Estoy hasta las narices de hacer de hermano mayor!

— ¡Pues no lo hagas! ¡No te necesito! No necesito que te compadezcas de mí. ¡Claro que sé que somos familia! Y tengo más idea que tú, yo he estado en las malas, cuando mamá no era mamá, cuando tú no te enterabas de una mierda y sólo llorabas. ¡Así que no me digas que no tengo ni idea! ¡Porque la tengo, joder, claro que la tengo! — me revolví bajo él consiguiendo dejarle contra el suelo, invirtiendo las posiciones.

— ¿Ah sí? ¿Qué te crees, el hombre de la familia? ¿Qué eres el único que carga con el peso de todo? ¡Qué no tienes ni idea Jon! Te enteras de lo que quieres y cuando quieres. ¿Acaso te ha contado mamá que llamó Sofía? ¿No, verdad? Porque claro, al niño bonito hay que protegerle. ¡Una mierda!

— ¿Sofía? ¿Esto es por Sofía? — aflojé un poco el agarre al ver el desprecio tiñendo el rostro de Telmo, el gesto de asco que se estaba formando en su boca y la manera en la que había escupido su nombre, "Sofía".

— Sofía, Sofía... ¡La muy hija de puta llamó para decir que eras un desgraciado! ¡Que la habías dejado porque estaba embarazada! ¡Que te fuiste huyendo porque la pegaste! ¡Perdió el bebé por tu culpa! ¿Tte importa alguien o algo? Tanto decir de papá y resulta que eres igual. — escupió aquello último con dolor y desilusión, con una frialdad y calma

pasmosas.

¿De dónde se habían sacado todo eso? ¿Por qué se lo habían creído sin más en vez de llamarme?

— ¿Y mamá? ¿Por eso no me habéis cogido las llamadas esta semana? ¡Joder Telmo, contesta! ¿Cómo te lo has podido creer? ¿De verdad piensas que haría algo así? ¿Qué te mentiría?

El enfado de hacía unos segundos me había abandonado por completo sin dejar rastro, no podía creerme lo que Telmo acababa de contarme. Menos aún que se lo hubiesen tomado en serio... Me aparté de él, dejándole hueco para que se incorporase. Retrocedí hasta chocar con la espalda en el sofá y me quedé sentado en el suelo, jadeante, a la espera de una respuesta.

— Mamá lloró toda la noche, nos llamó el Domingo. Por eso no queríamos hablar contigo. Mamá está dolida, asustada. Y yo... ¡A mí me das asco!

— Pero Telmo, ¿cómo voy a pegarla? ¿Tu crees de verdad que haría algo de eso habiendo pasado por lo que hemos pasado? ¡Sofía no está bien, por eso la dejé! Porque no nos iba bien y estaba cansado de broncas todos los días. Y me fui para poner tierra por medio. Si hubiese habido un bebé... Me habría quedado en España, te lo aseguro. Seré todo lo que quieras, pero joder...soy humano. ¡No le he puesto la mano encima a una mujer en mi vida, ni lo pienso hacer!

— ¿Y por qué debería creerte? Ya no sé ni quién eres... — se recostó contra la pared, al otro lado del salón, la distancia no hizo que su mirada fuese menos dolorosa.

— Porque te he contado todo, todo. ¡Sabes que estoy con otra persona! ¡Qué lo de Sofía me afectó muchísimo, aún lo hace! Y tú... ¡Tú ni siquiera has intentado hablarlo conmigo! ¿Si no hubiese venido me lo habrías

contado? — por toda respuesta recibí silencio. — Entiendo...

Me incorporé con intención de irme. Estaba más que claro que ya no era bienvenido allí, Sofía se había cargado lo único que me quedaba, mi familia. Había llamado con el cuento a mi madre a propósito para hacerle daño, había conseguido poner a mi hermano en mi contra y todo... ¿para qué? ¿No me quería lejos? Como Dafne... ¿Esta era su forma de vengarse por haberla colgado la última vez que hablamos?

— No te muevas de ahí. — escuché de repente la voz de mi madre.

Me giré y la encontré en el quicio de la puerta, observándonos a los dos con una profunda decepción — sus ojos, como los míos, decían todo por nosotros— .

— Menos mal que no habéis llegado a las manos... Ordenad el salón y luego daros una ducha. Voy a hacer algo de cena y ya hablaremos. — ordenó con firmeza, y ambos obedecimos sin rechistar, con la cabeza baja.

En cuestión de minutos el salón quedó como nuevo, tampoco habíamos desordenado tanto: algún cojín fuera de lugar y un par de cosas que había encima de la mesa de centro se habían caído al Telmo empujarme. Por lo demás todo estaba perfecto. Cuando terminamos, Telmo me empujó para salir de la habitación e ir primero al baño, y yo le dejé hacer. Estaba cansado de discusiones absurdas, había llenado el cupo para un año en solo un día. Exhausto arrastré los pies hasta mi habitación y desplomándome sobre la cama saqué el móvil de uno de los bolsillos del pantalón.

Jon:

Te esperaré. Pase lo que pase, digas lo que digas...

Si quieres que ignoremos lo que sentimos que sea por una buena razón.

Dafne:  
Vale.

Me quedé a la espera de una contestación mejor, algo más reveladora, pero Dafne no escribió nada más. Sólo un pobre y triste "vale" que no sabía interpretar... ¿"Vale" déjame en paz y cállate; "Vale" me lo voy a pensar; "Vale" te quiero....? ¿i"Vale" qué!?

Una hora después, con el móvil olvidado en mi habitación y todos un poco más tranquilos, cene en silencio con mi familia. De fondo el repiqueteo de los cubiertos contra los platos de loza, algún que otro suspiro por parte de mi madre y bufido de mi hermano, y miradas, muchas miradas de resentimiento e incredulidad.

No fue hasta que mi madre sacó el postre que me animé a hablar.

— Mamá yo no he hecho nada. Sofía no estaba embarazada, es imposible, se tomaba la píldora y yo siempre usaba protección. Y jamás, en mi vida, le he puesto una mano encima. Nunca le pegaría a nadie. — supliqué con la mirada que me creyese. — Si ni he pegado al imbécil este. — añadí señalando a mi hermano.

— ¿Qué me has llamado? — gruñó desde el otro lado de la mesa.

— ¡Haya paz! — siseó mi madre. Se la veía bastante enfadada, iba a ser difícil convencerla...

— Mirad, vamos a hacer una cosa. Como a mí no me creéis vamos a escuchar la verdad de sus labios. — me levanté y fui corriendo a por el teléfono a mi cuarto.

Cuando lo dejé sobre la mesa de la cocina ya estaba dando tono y al poco Sofía descolgó. Llevándome un dedo a los labios supliqué que guardasen silencio y apreté el botón de altavoz.

— Hombre Jon... Ya estabas tardando en llamar. ¿Qué, te has enterado ya de lo de nuestro pobre bebé? — rió con malicia.

— Sofía, mi familia nunca se creería tus mentiras. ¿Cuándo te he pegado? ¿Cómo eres capaz de decir esas cosas de la persona con la que vivías?

— Ay, cariño. Soy capaz de decir eso y más. Yo escuché a tu madre bastante convencida, debe ser que soy buena actriz. Tienes demasiada fe en ellos, no te van a querer ni ver. Y cuando eso pase sólo me tendrás a mí...

Me hubiese gustado poder decirle que estaba harto de sus juegos psicológicos, de sus mensajes insinuantes y constantes llamadas de atención que ni quería, ni tenía porqué responder. Porque no estábamos juntos ni lo volveríamos a estar en la vida... Pero no pude decir nada de aquello porque mi madre saltó toda enrojecida sobre el teléfono y acercándose a la boca, para que se la oyese bien, la llamó de todo menos bonita.

— ¡No vuelvas a llamar a esta casa en tu vida! ¡No te acerques a mi hijo, ni siquiera pienses en él! No voy a permitir que destruyas mi familia, ¿me has oído? ¡Hay cosas con las que no se puede jugar y tú has sobrepasado la línea! ¡Da gracias de que no te denuncie! — colgó toda sofocada y con los ojos llorosos. — Aquí no ha pasado nada. — sentenció, dando la disputa por finalizada.

Se acercó a mí en silencio, me devolvió el móvil y apartando el pelo de mi frente en una caricia, me besó. Hizo lo mismo con Telmo y se retiró a su habitación.

— Yo... Lo siento. — Telmo se humedeció los labios nervioso, y me miró con la cabeza gacha. — No quería creerla, pero... Lo que decía era tan parecido a papá que...Podría haber sido cierto. — asentí. No hacía falta que se disculpase, a Telmo le perdonaría cualquier cosa, igual que él a mí. — ¿Qué ha pasado con Dafne?

Aquella noche puse al día a Telmo de todo, incluso de la pelea con Dafne y él escuchó en silencio. Por la mañana temprano, antes de regresar a Londres, para trabajar esa misma tarde, hablé con mi madre y le conté lo de Dafne. Por fin me abrí y confesé lo que sentía por ella y lo mucho que me había ayudado conocerla en mi proceso de ver que lo que tenía con Sofía había muerto hacía demasiado tiempo.

Regresé a Londres un poco más ligero, como si me hubiese quitado un gran peso de encima — Sofía, sus trucos y trampas—, pero consciente de que aún no sabía nada de Dafne.

Y pasaría un tiempo hasta que diese señales de vida, por lo menos una semana... Hasta el día del concierto.

## Capítulo 29

### **CAPÍTULO 29 POR ENCIMA DE LAS EXPECTATIVAS**

La semana estaba transcurriendo con imperturbable tranquilidad, mientras que en mi interior vivía una constata angustia, moría por el nerviosismo de reencontrarme con Jon y ver qué sucedería.

Desde el "vale" que le envié el miércoles anterior, el día de nuestra pelea, no habíamos vuelto a hablar. Esa situación no me gustaba, quería hablar con él, pero prefería darle la sorpresa, jugármela a todo o nada, no ir allí sabiendo que me perdonaba. Quería cometer el loco y estúpido acto de declararme por una vez en la vida, poner la mano en el fuego, ¡qué digo! Saltar por completo al fuego, aún corriendo el riesgo de salir ardiendo. Por eso no habíamos hablado, porque yo me negaba.

Puede que fuese egoísta o que él lo diese todo por acabado ya — cosa que no creo tras decir que me iba a esperar si yo quería— pero tenía la convicción de estar haciendo lo correcto, como casi siempre me sucedía con lo que tenía que ver con él, atrasando el momento de hablar y reencontrarnos, queriendo decirle todo cara a cara para poder apreciar cada gesto suyo. De hecho, por asegurarme y tener las cosas claras, en un intento por evitar salir huyendo en el futuro sin de veras querer hacerlo, visité a mi antiguo psicólogo y le relaté las últimas semanas de mi vida. Fue un acto liberador, el ver que sonreía y asentía, apreciando mis emociones, comprendiendo los cambios de actitud.

Él, al igual que mi madre, Lota, Amanda, Javi y yo misma; me incitó a reencontrarme con Jon y salvar la distancia que una vez más había interpuesto entre nosotros. Me aseguró que, si lo hacía convencida y dispuesta a luchar por superar mis problemas — todas esas inseguridades que había dejado tras de sí la desaparición de mi padre— lo lograría. Conseguiría tener una relación sana, duradera y sincera. ¿Sonaba bonito no? Puede que demasiado, parecía fácil y yo le creí. Sin tener en cuenta que la vida cambia muy rápidamente, y lo que un día parece el cielo, reluciente y de ensueño, puede tornarse el ambiente más tétrico y desolador del mundo. Pero una vez más me estoy adelantando a la

historia...

Como iba diciendo, la semana estaba transcurriendo con una soporífera lentitud, lo único que se percibía era el creciente estrés general y el miedo a suspender, lo que se traducía en muchas horas de estudio y profesores que hablaban sin parar. Lo más destacable sucedió el jueves a mediodía, durante uno de los descansos entre clase y clase. Salí al baño un momento y a la que regresaba al aula un cuerpo se interpuso en mi camino.

— Perdona.— murmuré con la cabeza en otra cosa antes de esquivar a la persona y seguir mi camino.

Di un par de pasos en la buena dirección, luego vi cómo, quien quiera que fuese, se colocaba de nuevo frente a mí para cortarme el camino.

— ¿Pero qué pasa?— pregunté alzando la vista para ver de quién se trataba.

Sus ojos azul cristalino fueron lo primero que vi, luego me fijé en sus ojeras marcadas y su postura — siempre erguida— que parecía más humana, menos segura y firme, con los hombros caídos.

— ¿Quieres algo?— rompí el silencio sin poder dejar de mirarle a los ojos.

Ya no parecían fríos, sino que transmitían dolor y soledad, tristeza diría yo. Me recorrió un escalofrío por el simple hecho de verle. Entreabrí la boca para increparle de nuevo a hacer o decir algo, pero me interrumpió con suavidad.

— Quería hablar contigo... Lo he hecho todo mal, llevo días dándole vueltas y lo siento tanto...— agachó la cabeza en gesto de

arrepentimiento.— No debí tratarte nunca como lo hice, ni hablarte de esa manera. Merecías tanto...Y yo no supe estar a la altura, no cuando de verdad me necesitabas. Pero tenía tanto miedo... Nunca había salido con alguien de verdad, nunca había llegado tan lejos y sentido tanto con tan poco.

Me quedé muda. No sabía qué decir o hacer, tenía delante a Diego pidiendo perdón, abriéndose y mostrando su lado más sensible, mostrándome su verdad... Siendo todo lo que fue cuando le conocí, todo lo que deseé hacía tan poco... Pero me sentía a años luz de aquellas emociones y de él. ¿De qué me valía que lo sintiese cuando nos habíamos quedado cortos? Quise demasiado que fuese él, el elegido, mi príncipe azul, y se quedó en nada. No llegó ni a burda imitación.

Fue mi primera vez, mi primera vez en darme cuenta de que amor y sentimiento, cabeza y corazón, verdad y anhelo, no son lo mismo. Y él, por mucho que quisiéramos, no despertaba eso en mí, no despertaba las emociones adecuadas. Por eso no tenía la imperiosa necesidad de huir al ver que las cosas se ponían serias entre nosotros, sólo notaba, como un murmullo detrás de mi oreja, que algo andaba mal, que nos iba a doler, que no éramos los indicados. Por eso se me formaba el nudo en el pecho y me faltaba la respiración, no era el vértigo que me daba junto a Jon — de regocijo, expectación, deseo, ganas...— . Era más bien al contrario.

— ¿Dafne? ¿Me has oído?— preguntó rozándome la palma de la mano con la suya, levantando todas esas sensaciones a las que les daba vueltas sin parar. Pero no sentí nada, su tacto no me hizo cosquillas ni provocó mariposas en mi estómago.

— Sí, sí, te he oído.

— ¿Entonces?

— ¿Entonces qué? Esto no cambia nada Diego. Agradezco tus disculpas, aunque no deberían ser solo para mí...— a mis amigos también los había ofendido sin motivo.— Pero no vamos a estar juntos por eso. Las cosas no

funcionan así.

— ¿Por qué no? A ver que lo entiendo, y tienes razón, pero....Yo te quiero, y tú...Te gusto, lo veía en tus ojos. ¿No podemos intentar recuperar eso que nos unió? A pesar de todo. De mí y mis cagadas.

— No.— dije con rotundidad, negando con la cabeza.— Nuestro tiempo ya ha pasado. Me gustabas, pero demostraste ser una persona distinta de quien yo imaginé. Y ya no queda nada. Podemos ser amigos, compañeros, conocidos... Pero nada más. No ahora.

Diego asintió y se echó a un lado. Su mano resbaló de la mía y me dejó vía libre para volver a clase. Caminé con seguridad, feliz de poner punto final a ese asunto sin dejarnos un mal sabor de boca. Al menos se había dado cuenta, había recapacitado.

Esta vez nuestra charla no me hizo dudar de mis sentimientos y decisiones, yo ya tenía muy claro lo que quería y cómo. También con quién. Mi futuro inmediato me esperaba a más de mil setecientos kilómetros, en la ciudad de Londres. Si me aceptaba a pesar de mis locuras, claro.

Estaba entrando al aula cuando escuché su voz de nuevo.

— "No ahora" suena bien. Me conformo con una posibilidad, por muy improbable que sea. Espero llegar a ser suficiente un día, porque tú lo eres para mí. Eres más de lo que puedo esperar de nadie, distinta a todas las demás. Lucharé por ser mejor, por mí, pero también por ti.

Regresé al aula con la boca seca y un ligero dolor de cabeza. Al sentarme junto a mis amigos cerré los ojos y respiré un par de veces con fuerza, luego los abrí y seguí como si nada. No podía dejar que me afectase, no me merecía aquello. Yo no quería estar con él y no tenía derecho a insistir

e insistir cuando yo no pretendía darle esperanzas.

Omití la conversación del pasillo e hice como si nunca hubiese tenido lugar para evitar que Amanda y Javi le odiasen un poco más, para evitar que analizaran durante horas cada palabra y gesto, torturándome con sus locas suposiciones. Me quedaba con su disculpa a secas. No necesitaba nada más.

□ □ □

El viernes por la tarde quedé con Lota en la entrada de su casa, habíamos pedido un uber que nos llevase al aeropuerto y ya íbamos con el tiempo justo. El vuelo salía a las cinco y eran las cuatro, menos mal que vivíamos cerca del aeropuerto y no llevábamos más que una mochila de equipaje. El coche llegó a y cuarto, según el conductor "no encontraba la calle", poco importó, le pedimos unas mil veces que fuese más rápido viendo que no llegábamos.

Pisamos la terminal de salidas a las cuatro y media. El embarque empezaba en un cuarto de hora.

— ¡Corre! ¡Corre!— gritaba Lota, esquivando a la gente con agilidad.

— ¡No vamos a llegar, es imposible!— rezongaba yo unos pasos por detrás.

— ¡Señores paso, que esta chica va a perder un avión! ¡Es cuestión de vida o muerte!— iba gritando a la gente para colarse y llegar al control de seguridad sin esperar la larga fila, cosa que no agradó demasiado a nadie.— Señoras, ¿les importa? ¡Mi amiga va a declararse y vamos a perder el vuelo!

No sé cómo llegamos vivas y en el último segundo a nuestra puerta de embarque. Si aquello no era cosa del destino, que obraba un milagro para

hacerme un favor, no sé qué era. Eran las cinco y diez cuando llegamos a la puerta, al parecer iban con retraso. Nos pusimos a la fila y esperamos pacientes, recobrando el aliento mientras esperábamos nuestro turno. Apenas unos minutos después encontramos nuestro asiento en el avión y nos preparamos para despegar.

En dos horas estaríamos en Londres y entonces... Aún no sabía qué decirle, bueno miento, me había preparado un discurso de la leche que llevaba toda la semana repitiendo y perfeccionando, pero estaba aterrorizada. ¿Me saldrían las palabras? ¿Tenía sentido luchar tanto, arriesgarse y exponerse por alguien a quien hacía tan poco que conocía? Supongo que sí. Me aferré al colgante de la pluma y lo llevé a mis labios, cerré los ojos con fuerza y deseé que todo saliese bien, por una vez elegía ser feliz, vivir sin mirar atrás, sin temer el futuro. Volando bien alto, sobrepasando mis propias expectativas.

## Capítulo 30

### **CAPÍTULO 30** **EL BESO**

Ocho de la tarde, con el corazón en la garganta bajamos del taxi que nos ha llevado desde el aeropuerto al local en el que se va a celebrar el concierto. En la calle hay una cola que da la vuelta a la esquina. Voy como en una nube de confusión, sólo noto los nervios y es gracias a Lota que avanzamos hasta la taquilla. Al parecer el sitio es más grande de lo que pensábamos y el grupo principal más famoso de lo esperado.

Como en una interminable cuenta atrás me recuerdo a mí misma que en media hora está programado que salgan los teloneros, Hans no hace más que ponerlo por las redes desde hace un buen rato y lo siento como el inminente final de mi vida. No me creo que esté allí, que yo vaya detrás de un chico, que en cuestión de media hora y una noche se vaya a decidir el futuro de nuestra relación. Tomo aire y me centro, ayudo a Lota a entenderse con la señora de la taquilla, le explico con fingida calma cómo nos llamamos y que tenemos entradas reservadas. La señora niega con vehemencia e insiste en que todas las entradas están vendidas. "Todas. Todas vendidas." Repito en mi cabeza como un mantra. Es imposible. Hans aseguró a Lota que nos habían reservado entradas por si al final decidíamos ir.

— No puede ser. — repito una vez más. — Compruébelo de nuevo, somos amigas de los teloneros, nos aseguraron que habían reservado dos entradas para nosotras. Por favor.— añado en una súplica al tiempo que compruebo la hora. Ya son las ocho y cuarto, en quince minutos salen.

—Lo siento, señoritas. Aquí no hay nada reservado. Sí es cierto que había dos entradas apartadas, pero hace un rato vino una señora con su hijo y se las llevaron. Está todo vendido, no puedo hacer nada.— aseguró haciendo un gesto de disculpa.

Me aparto de la taquilla frustrada, Lota me acompaña y trata de calmarme, pero solo veo cómo se me escapa, como Jon se aleja de mi y

no puedo hacer nada para remediarlo. ¿Qué vamos a hacer ahora? Hemos viajado hasta allí, hemos reservado habitación en un hotel, hemos hecho todo eso para que yo pueda disculparme y dejar de comportarme como una niña asustadiza con la única persona que he deseado en mi vida. Y ahora, después de todo, del autoimpuesto silencio que me lleva matando una semana, de las dudas, de las visitas al psicólogo y arrastrar a Lota a todo aquello... No puedo hacer nada. Se acabó.

—Dafne, se que no quieres pero... ¿Y si les llamamos?

—No. Me niego a haber hecho todo como una sorpresa para acabar llamándoles. ¿En qué lugar me dejaría eso?— argumento gesticulando, acera arriba y abajo.— "Hola Jon, sí, llevamos sin hablar desde que te eché de mi casa, pero he venido para disculparme y me he quedado en la calle, ¿me cueles en tu concierto?" Ni loca.

—Bueno...— veo como Lota mira a nuestro alrededor buscando opciones, casi tan alterada como yo.

Ninguno de los que están esperando para entrar nos va a dar sus entradas. La fila avanza lentamente y lo más seguro es que lleven esperando horas en la calle. Ni por todo el dinero del mundo —que no tenemos— nos las venderían, esa opción está totalmente descartada.

—¡Tengo una idea!— Lota me agarra de la mano y me arrastra por la calle lateral del local.

—¿Pero qué haces?

—Lo que hacen en las pelis, si no funciona llamo a Hans, quieras o no. Ahora calla y sonrío.

Avanzamos por la calle, que más bien es un callejón, hasta dar con la puerta lateral. Justo en ese momento vemos que está entreabierta y Lota corre hacia ella para evitar que se cierre.

—No me lo puedo creer.— niego con la cabeza.— ¿Cómo puedes tener siempre tanta suerte?

—El karma, nena, el karma.— me guiña un ojo e invita a pasar primero.

Avanzamos por un pasillo estrecho con sigilo. Me llevo la mano al pecho en un intento de contener los latidos acelerados de mi corazón, siento que se escuchan por todas partes. La situación es surrealista, mis nervios aumentan por segundos, por un momento creo que lo vamos a lograr, nos vamos a colar en el concierto sin que nadie nos pille. ¿Quién diría que es tan fácil? Vemos salir a un chico del staff acelerado, sale de una puerta lateral y avanza por el mismo pasillo que nosotras sin inmutarse. Puede que ni se de cuenta de nuestra presencia. Siento como Lota, a mi espalda, se detiene y contiene el aliento unos segundos.

—¿Todo bien?— me giro para mirarla y ella asiente con una sonrisa.

—¡Qué susto! Pensaba que nos iba a pillar.— suspira soltando la tensión y yo ahogo una carcajada.

—Venga vamos a seguir, tenemos que estar casi allí, esto no puede ser tan grande.— aseguro volviendo a emprender el camino.

A penas damos un par de pasos más cuando una voz se escucha a nuestra espalda.

—¡Hey, vosotras! ¿Quiénes sois? ¡¿Qué hacéis aquí?! — nos giramos lentamente sobre nuestros talones.

Siento que encojo y me amilano ante el gran cuerpo que se acerca a nosotras. Un hombre robusto, que abarca todo el ancho del pasillo con su cuerpo, nos mira con enfado.

—¿Quiénes sois?— repite lentamente.

Lota se gira y me lanza una mirada de advertencia. Yo asiento, como si fuésemos expertas en ese tipo de situaciones. No hace falta más para entendernos. Las dos echamos a correr mientras el señor grita a nuestras espaldas, pidiendo que alguien nos detenga.

—¡Corre, corre!— azuzo a Lota para que no se quede atrás.

—Tranquila, estoy detrás de tuyo. ¡Sigue corriendo!

—Esto es una locura.— digo conteniendo una carcajada.

Miro hacia atrás para comprobar que hemos dado esquinazo a la mole que nos perseguía cuando noto algo duro que impacta contra mí. Siento el aire a mi alrededor y escucho a Lota ahogar una exclamación. Voy a caer contra el suelo y no sé ni por qué. Pero en el último momento noto que alguien me sujeta de las manos y tira de mí. Aunque no sirve de mucho. El cuerpo de quien ha intentado ayudarme cae sobre mi, atrapándome contra el suelo. Mi espalda choca con un ruido seco y emito un gemido de dolor cerrando los ojos.

—¡Mierda! ¿Estás bien?— noto como unas manos trazan la línea de mis pómulos con suavidad.

No hace falta que abra los ojos para saber con quién he chocado, todo le delata: su olor oscuro y dulzón, el tacto suave pero áspero de sus manos callosas por tocar la guitarra, su voz... a un paso de ser ronca.

—Si...— mascullo abriendo los ojos para encarar a Jon. Sus ojos me atraviesan con ferocidad. Me paraliza sentirle tan cerca.

Veo a Lota rodearnos y avanzar, seguramente hacia Hans. Yo me quedo en el sitio, tendida en el suelo con el cuerpo de Jon sobre el mío, acariciando mi pelo mientras me mira con una expresión que no se descifra. Se me seca la boca y olvido por completo qué quería decirle.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... He venido a verte tocar.

—¿Y te cueles al concierto en vez de llamarme?— pregunta con dolor, cesando en sus caricias.

Noto su cuerpo alejarse, pierdo la calidez que me transmite, pero gano cordura. Me incorporo y alejo todo lo posible de él. Quiero poder pensar cómo es debido y si le tengo cerca soy incapaz.

—Sí. Quería darte una sorpresa. Íbamos a coger unas entradas, pero no había...

—¿Y qué sorpresa ibas a darme? ¿Qué fuese a comisaría a buscarte? Menos mal que he chocado contigo...—masculla alejándose unos pasos.

En ese momento llega jadeante el señor que nos había perseguido —a buenas horas— y me señala balbuceando que nos va a echar, pero Jon le detiene y asegura que no pasa nada, que somos invitadas suyas. Una vez el señor se retira, regresando por donde ha venido, Jon vuelve a dirigirme su atención.

—¿Cómo se te ocurre?

—¿Cómo se me ocurre qué?— me cruzo de brazos apoyada contra la pared.

—Colarte, aparecer así, no dar señales de vida después de ese mensaje que me enviaste y.... ¡Hacer esto!

—No sé... Llámame romántica, loca....Pero estoy haciendo lo mismo que tú al aparecer en mi casa. No pensaba colarme, créeme, eso ha sido cosa de Lota. Hans le dijo que teníamos entradas reservadas o algo así, pero al parecer no. Así que era esto o volver a España.

—O llamarme.— insistió acercándose a mí.

—O llamarte, pero no iba a hacer todo esto para acabar llamándote. Tenía un discurso pensado, pero...— me mordí el labio tratando de recordarlo.— Se me ha olvidado con todo este lío. Quería disculparme en persona, por eso no te he hablado estos días. Quería...

—Las entradas, sí las teníais reservadas.— me interrumpió aproximándose con cada palabra, esbozando un amago de sonrisa.— Pero como no supimos nada de vosotras pensamos que no ibais a venir y se las ofrecí a

mi madre y a mi hermano. Lo siento.

Sus manos se enredaron con las mías, nuestras frentes se unieron y dejé escapar un suspiro de felicidad. ¡Cómo le había echado de menos! Sentí que los nervios se desvanecían y todo encajaba poco a poco.

—No pasa nada. Estoy aquí, es lo que importa.— hizo un ruidito de asentimiento.— Lo siento Jon, de verdad. Sé que no es el momento, que tendremos que hablar bien pero... ¿me perdonas?

Soltó mis manos para rodear mi rostro con ternura, rozó su nariz con la mía y hubiese jurado que me iba a besar. Podía sentir sus labios a escasos milímetros de los míos. Pero no llegó a suceder.

—¡Jon, tenemos que salir! ¡Ya!— se escuchó a Hans gritar.

Nos separamos a regañadientes, me picaban los labios por ese beso que me había quedado sin catar, Jon dirigió una mirada furibunda a Hans pero aún así asintió.

Me rodeó los hombros con un brazo y me guió hacia la sala donde iban a tocar.

—Lo siento.— dijo Hans con una mueca al pasar junto a él. Lota esperaba a su lado, riéndose de todo, seguramente hasta arriba de adrenalina, como estaba yo.

Me condujo hasta el lateral del escenario, nosotras íbamos a bajar a la primera fila, lo que llamaban "la zona vip".

—No me he olvidado de que te debo un beso.— me dijo Jon al oído, provocando un escalofrío que recorrió mi cuerpo ante la anticipación.

Nos separamos con una sonrisa, él mordiéndose el labio inferior, retrocediendo hacia el escenario con lentitud, sin apartar los ojos de mí. Yo aferrándome al colgante de la pluma, deseándole suerte, sin creerme que todo hubiese salido bien.

Al final tuvimos que alejarnos del todo, él salió al escenario y en medio de la ovación que recibió yo descendí junto a Lota a primera fila. Nos situamos al lado de una señora de la edad de mi madre más o menos y de un adolescente que me recordó extrañamente a Jon. Me le debí quedar mirando más de la cuenta porque dejó de aplaudir y silbar para recorrerme de pies a cabeza con la mirada.

—Soy Telmo, tu debes de ser Dafne. Mi hermano me ha hablado mucho de ti.— gritó acercándose a mi para que le pudiese escuchar entre todo el escándalo.

Las primeras notas de una canción retumbaron en los altavoces.

—No puedo decir lo mismo.— sonreí a Telmo, apreciando las similitudes que tenía con su hermano. El pelo de Telmo era ligeramente más ensortijado que el de Jon, pero por lo demás... mismos ojos oscuros, misma piel tostada...— Encantada de conocerte.

Después de aquella extraña presentación nos dedicamos a jalear, aplaudir y silbar durante la primera media hora sin parar. La gente se volvió loca con el grupo a pesar de que, normalmente, los teloneros eran bastante ignorados. Pero con ellos no sucedió. No sabía cuál era el grupo principal, pero The Dumps estaba dejando el listón muy alto. Jon y Hans eran geniales, pero la nueva teclista y el bajista no se quedaban atrás. Cada

canción era pegadiza, profunda y desgarradora, la mayoría hablaban de amor. Un amor sufrido, dulce, inocente y pasional. Cada una tenía un punto de vista distinto, pero ninguna era la mía.

Mi canción se hizo esperar, aunque a mí me pilló bastante por sorpresa. El resto de canciones eran todas en inglés, por lo que no esperaba que Jon se atreviese a cantar en español.

Cuando se despidieron la gente pidió a voces un bis, las luces parpadearon y vi como Jon le pasaba la guitarra a Hans, para luego él acercarse al micrófono. La gente gritaba y gritaba. No me importó, me sentía segura, a salvo, y el no poder quitar ojo a Jon, que se movía como pez en el agua sobre el escenario, también ayudaba. Fue entonces cuando supe que lo iba a hacer. Que él también se iba a lanzar al vacío conmigo. Agarró con fuerza el micrófono y una luz le enfocó.

—Voy a cantar una canción muy especial. La compuse para una chica... Una chica única, que hoy está aquí.— eso hizo que todos se revolviesen emocionados y a mí me dio una vuelta el estómago. Lota aferró mi mano emocionada y Telmo se giró sonriente, alzando sus pulgares.— Esa chica me ayudó a volver a ser yo mismo, me devolvió las ganas de vivir y hoy lo ha vuelto a hacer.— dijo aquello último mirándome directamente, encontrándome entre el público con facilidad.— Espero que después de esto quiera salir conmigo...— la gente se rio, pero Jon lo decía muy en serio. Quería que saliésemos juntos, de verdad. No como habíamos hecho hasta entonces.

Yo asentí, aceptando que con él quería todo. Por muy serias que se pusiesen las cosas. Quería poder decir que era mi novio, que me conocía como nadie a pesar de todo lo que pudiésemos tener en nuestra contra. Que él también me había devuelto a mí antiguo yo y las ganas de vivir.

Luego comenzó a cantar la canción "El día que te encuentre", nuestra canción, la que había escrito sobre mí. Y no pude contener la emoción, admito que se me escaparon un par de lágrimas mientras cantaba a gritos, coreando a Jon. Cuando llegó al estribillo se agachó al borde del escenario e hizo un gesto para que me acercase y cantó solo para mí, dejando a un lado a los cientos de personas que nos observaban. El mundo se redujo a nosotros dos, el único foco encendido de la sala nos iluminaba y aún así... Fue un momento que nos pertenecía únicamente a

nosotros, era nuestra forma de decirnos "te quiero", de asegurarnos que esta vez todo iba a ir bien. "El día que te encuentre" ya había llegado. Era esa noche, en aquel concierto, nos encontramos por fin. Ya no teníamos escapatoria. Aquel era nuestro final. Querernos o nada, fin de la partida.

Cuando la última nota se perdió en el aire y la gente estalló en aplausos, Jon saltó del escenario y rodeándome con sus brazos me dio ese beso que nos había sido robado minutos antes. Fue el mejor beso de mi vida, sin lugar a duda. El precedente de todo lo bueno que se avecinaba.

## Capítulo 31

### **CAPÍTULO 31 MIENTRAS DURE**

Estábamos celebrando con Hans, Jon y los recién incorporados al grupo Megumi y Fred, totalmente sumergidos en el concierto, cuando vi que Hans le hacía un gesto a Jon para que se acercase a él.

— Ahora vuelvo. ¿Vas a estar bien? — asentí tranquila, aquella noche mis ataques de ansiedad no habían hecho intención de aparecer y si lo hacían tenía a Lota para calmarme o ayudarme. — No tardo nada. — aseguró antes de alejarse de mí.

Le seguí con la vista, se fue con Hans y un señor de mediana edad a un lateral de la sala, al final les perdí de vista y no le dí importancia. Serían cosas de músicos. Me centré en saltar con Lota al ritmo de la música y dejarme llevar. No iba a preocuparme por nada durante esa noche, estaba puesta de felicidad. Por ironías de la vida, al dejarme llevar por mi parte menos racional, ignorando mis miedos y actuando "impulsivamente" había conseguido lo que más deseaba, había logrado tener el control sobre mí misma y lo más importante: que Jon me perdonase. ¿Qué más podía pedir?

— ¡Dafne! — Lota me tomó del brazo para llamar mi atención.

— ¿Qué pasa?

— Tengo que decirte una cosa... — puso un mohín y al instante supe que me iba a pedir un favor. Asentí. — ¿Me acompañas al baño? Así hablamos más tranquilas.

— Venga...— acepté. Miré a mi alrededor a ver si localizaba a Jon, pero aún no había rastro de él.— Espera un segundo. — pedí a Lota al tiempo que me acercaba a Telmo. — ¡Oye, ¿si ves a tu hermano le dices que he ido al baño con Lota?! Por favor. — supliqué a Telmo. Este aceptó con una sonrisa. No quería que por alejarnos luego fuésemos incapaces de encontrarnos entre la multitud.

Acompañé a Lota a los servicios, lo cual supuso luchar por abrirnos paso a contra corriente entre cientos de personas que solo se movían al compás, pero eran incapaces de moverse un milímetro para darte paso. En definitiva, una odisea que nos llevó un buen rato.

Mientras Lota entraba en uno de los cubículos del servicio yo me miré al espejo, esperando encontrar algún cambio en mi imagen que reflejase lo mucho que había cambiado por dentro. No encontré nada distinto. Seguía siendo la de siempre.

— ¿Qué querías decirme?

— Ah sí. — empezó a contarme Lota aún en el servicio. — Hans me ha pedido que me vaya con él esta noche, y le he dicho de ir al hotel, ¿te importa? ¿Jon te dejará quedarte en el piso, no?

— ¿De verdad? — exclamé al tiempo que ella salía del baño. — Joder Lota... Lo tuyo es muy fuerte. Pero sí, vale. No sé ni por qué me sorprende. — me resigné, aceptando que esa actitud era parte de su encanto y que yo la quería a pesar de ello. — Supongo que a Jon no le importará.

— ¡Te quiero!— me abrazó con fuerza y besó.— Eres la mejor amiga del mundo. Tu piensa que te estoy haciendo un favor, mejor dormir con tu novio que con tu amiga.

Lo de novio me enmudeció, sabía que era a lo que habíamos accedido, que era lo que ambos buscábamos y el motivo por el que yo había ido allí, pero.... "Mi novio" sonaba tan extraño... ¡Claro que prefería dormir con Jon que con Lota! Y por eso guardé silencio y sonreí emocionada. Hacía

unas cuantas semanas de la noche que pasamos juntos y esta vez era completamente libre para hacer todo lo que quisiese sin que pesase sobre mi conciencia.

— Si por cualquier motivo me dice que no Hans se va a la calle. Y no pienso pagar el hotel para que lo uséis vosotros, que conste.

—Sí, sí, sin problema. — me volvió a estrechar con fuerza emocionada.

— ¿Me vas a decir qué narices hay entre vosotros? ¿Estáis juntos, no lo estáis... ? Porque me tienes hecha un lío. Está más que claro que os gustáis y siempre acabáis juntos. — pregunté mientras salíamos del baño.

— Es complicado. Pero es sólo físico, nos lo pasamos bien juntos y ya está. Los dos salimos ganando.

— Ya claro. Por eso pasáis de estar hablando todo el día y mandandoos fotitos a no dirigiros la palabra. Porque es solo físico. — asentí con ironía.

— ¡Espabila! Estás tan perdida como yo, esto sí que no me lo esperaba. ¡Tú siempre tan decidida y valiente con los chicos! ¡Y te has enamorado de alguien igualito a ti! Menudo par de tontas estamos hechas...

— Como digas algo te mato Dafne. Te juro que te mato. — me señaló amenazante, admitiendo que sus sentimientos iban más allá de "pasarlos bien juntos".

Regresamos a la zona vip entre miraditas y sonrisas temerosas, ique Lota se enamorase era impensable! Era la primera vez que le sucedía, igual que a mí. Pero ella conducía todas sus relaciones através del sexo y ya se sabe que eso siempre lo complica todo... Me moría por ver cómo acababan Hans y ella, porque estaba claro que iba a pasar algo más que

solo acostarse, era cuestión de tiempo.

Cuando llegamos a la primera fila Hans y Jon habían regresado y entre todo nuestro grupo reinaba el caos. Todos gritaban emocionados sin prestar atención al grupo que tocaba en el escenario. En cuanto me vio llegar, Jon vino a por mí, y alzándome en el aire me dio un suave beso en los labios.

— ¡No me cansaré de decirlo! ¡Eres mi amuleto de la suerte! — me estreché con fuerza contra su pecho y yo dejé un reguero de besos en su cuello entre carcajadas por ese escandaloso recibimiento.

— ¿A qué viene todo esto? ¿Me he perdido algo?

— ¡Joder, nena, es la mejor noche de mi vida!

— ¿Pero qué ha pasado? ¡Venga cuéntamelo! — pedí desconcertada, contagiándome de la emoción que había embargado a todo el mundo.

— ¡Nos han ofrecido grabar un EP! ¡Grabar nuestras canciones y gratis, Dafne! ¿Sabes qué es eso?

— ¡Qué! ¿Lo dices en serio? ¡Eso es genial!— rodeé su cuello con mis brazos, sin poder creerme del todo lo que me estaba contando. — ¿Cómo? ¿Con quién?

— Eso es lo mejor, el señor con el que nos hemos ido antes Hans y yo es manager, se ha ofrecido a representarnos sin cobrar nada de momento, dice que vale la pena, que sonamos muy bien y cree que podemos tener futuro en la industria. Él tiene un pequeño estudio y nos lo ha ofrecido, nos ha dicho que nos pasemos por allí la semana que viene. Nos ha hablado de conciertos, de sacar nuestra música al mundo.... ¡Es una puta

locura!

— ¡Lo es! ¡Se están cumpliendo tus sueños!

— ¡Y todo gracias a ti!

— No, esto es cosa tuya y del grupo. ¡Os lo habéis currado y sois geniales! Es normal que os pasen cosas como esta.

— Como sea, tenemos que celebrarlo. — me acercó un poco más a él, juntando sus labios a mi oído en un gesto que me ponía la piel de gallina.  
— En privado. Tu y yo solos...

Me mordí el labio y asentí con lentitud, no podía negarme a eso, era lo que más había extrañado, el estar a solas con él, sus caricias. Cada noche me había dormido imaginando cómo sería acostarme junto a él, dejar que las cosas fuesen un paso más lejos, cómo sería notar su cuerpo sobre el mío, cubriendo cada rincón, descubriendo lugares nuevos y permitiendo que los gestos sustituyeran a las palabras. Me moría por irme con él y pasar el día encerrados en su habitación, así que no, no iba a negarme a celebrarlo a solas y estrenar nuestra relación como nos merecíamos.

— Va a tener que ser en tu casa, porque mi hotel ya se lo han pedido....— Jon dejó escapar una carcajada y murmuró algo sobre Hans y follar como conejos.

No presté mucha atención, estaba absorta en el brillo de sus ojos, en sus gestos al despedirse de su madre y Telmo, en las sensaciones que me provocaba al rodear con su mano la mía y guiarme entre la muchedumbre.

Fuimos a su piso en metro, a esas horas estaba bastante vacío y pude apoyar la cabeza en su hombro y los pies en el asiento de enfrente, asimilando todo lo que había sucedido en cuestión de unas horas, cómo había cambiado todo. Aquella noche fue decisiva, cambió el curso de

nuestras vidas, fue la noche en la que nos encontramos y también la que sentenció nuestra despedida. A partir de ese día nada sería igual, para bien y para mal.

El piso estaba a oscuras y no nos molestamos en encender las luces. Fue cruzar la puerta y mi campo de visión se redujo a Jon. Él y sus fuertes brazos rodeándome, su olor, su boca en la mía, sus manos recorriendo mi cuerpo. No necesité nada más. Sólo sentirle bien pegado a mí, dejándonos llevar por el deseo reprimido durante semanas, desde que nos conocimos.

— Dafne, si seguimos así no voy a poder contenerme. — susurró, liberando mis labios.

— No quiero que te contengas. — admití con la respiración acelerada.

— ¿Qué quieres entonces? Lo que sea...— coló las manos bajo mi camiseta y mordisqueó mi cuello con tortuosa lentitud. — Dime lo que quieres que haga.

— Te quiero a ti Jon. Sea como sea, pero solo a ti. Por favor. — jadeé ansiosa por volver a sentir sus labios sobre los míos, estremeciéndome bajo su tacto.

— Tus deseos son órdenes. — me levantó a pulso y llevó a su habitación mientras yo besaba y mordía, desesperada por arrancarle la ropa, asustada por ese fuego que ardía en mi interior y jamás había sentido. ¿Esto siempre era así?

Sólo podía pensar en acariciar su pecho desnudo, en sentirle bien dentro de mí y dejar que nuestros cuerpos se fundiesen en uno. ¿Todo él sería tan dulce como sus besos?

Me dejó caer sobre la cama y se colocó entre mis piernas, apoyándose en los brazos para mantener cierta distancia entre nuestros cuerpos.

— ¿Estás segura?

— ¡Dios, sí! — gruñí tratando de quitarle la camiseta.

— Shhh fiero, disfrútalo. — me ayudó a quitarle la camiseta y luego hizo lo propio con la mía. — Haz que la espera haya valido la pena.

La ropa cayó al suelo y al poco los pantalones se unieron a lo demás. Lo siguiente en desaparecer fue mi ropa interior. Y sólo pude notar su calor envolviéndome, haciéndome olvidar la vergüenza y dudas que me asaltaban. ¿Estaría a la altura? Eso con Jon no importaba, me valía con sentirle junto a mí, respirando el mismo aire, frotándose contra mi en una lenta cadencia que me hacía desear que su ropa interior desapareciese y con ella la tortura de tentarnos y calentar sin llegar a nada.

— Jon, por favor... — supliqué.

Su mano se había colado entre mis piernas y acariciaba con maestría en los lugares adecuados, humedeciéndome más de lo que ya estaba. Como siguiese así me correría antes de...

— Quiero tanto como tú, no hace falta que supliques. Es que... — su voz falló un poco y detuvo las caricias para mirarme a los ojos con detenimiento. — Me da miedo. Contigo todo es tan intenso, tan todo. Que me acojona no ser lo que esperas, o que no llegues a... — admitió con vergüenza.

— Jon, es imposible que me decepciones, creeme. Y me muero por sentirte, por compartir esto contigo. Si sigues tocándome voy a correrme, y no me importa, pero ahora mismo quiero que sea de otra manera. Quiero...— dudé un segundo, nunca había hablado tan abiertamente de sexo y de lo que quería o no. Tampoco había tenido demasiadas ocasiones

para descubrirme en ese sentido. — Quiero sentirte dentro, sólo eso.

— Joder.— mascullo antes de devorar mis labios con ganas. Cuando nos apartamos, minutos después, tomó aire con fuerza y cumplió con lo que le había pedido.

Nunca me había sentido tan plena, satisfecha, a gusto conmigo misma y feliz. Con un simple gesto, con su cuerpo y sus ganas, Jon había desbaratado todos mis planes, me había empujado a ser un poco más valiente, a no dudar de mí misma. Durante el tiempo que duró consiguió hacerme gritar de placer, aferrándome a su espalda en un desesperado intento por alargarlo un poco más, por guardar aquel instante para toda la vida. Me hizo querer devolverle el favor, hacerle sentir todo lo que él había despertado en mí. Aquel toma y daca nos llevó a dormirnos de madrugada, sudorosos, exhaustos y borrachos de amor. Había sido mil veces mejor que en mis fantasías, había sido lo más real que había vivido en mi vida, con fallos, risas, indecisión y mucha sinceridad.

Esa noche viví de verdad, saboree lo que era hacer el amor y no simple sexo, sin sentimiento o complicidad. Con Jon vi las estrellas y aprendí que decir te quiero a un desconocido, compartir tus miedos y avanzar a ciegas, no siempre estaba mal. Al fin y al cabo, de no ser por eso no hubiésemos acabado así. Durmiendo abrazados, desnudos y confiados de que al día siguiente, y al otro, incluso meses después, seguiríamos uno al lado del otro. Porque lo nuestro era especial, había magia desde el primer día y la magia hay que atraparla rápido antes de que se escape.

No siempre lo más fácil, sensato y seguro es lo adecuado. Hay veces que un poco de locura y emoción nos desvelan que nuestro destino no tiene nada que ver con lo que esperábamos. Y mi destino era él, nuestros cielos abiertos, las ganas de volar, el brillar juntos, recuperar las ganas de vivir al cien por cien, superar las dudas, los miedos y cumplir nuestros sueños. Mi destino siempre había sido Jon, desde que nos miramos por primera vez y él se quedó sin palabras.

Diego era una experiencia más, algo que tenía que vivir para sacarme la espinita, para prepararme para la avalancha sensorial que se me venía encima. Ahora era todo sentimiento, piel, emoción, deseo y confianza. Ya no era la misma Dafne de un mes atrás. Ni volvería a serlo. Había dado un paso al frente y tomado las riendas de mi vida después de años de vivir

en una esquina, dejando que el tiempo pasase sin más. Y en parte eso había sido gracias a Jon, que me había empujado a salir de la zona de confort, de la fortaleza que me había construido para no dejar que nadie se acercase demasiado.

Puede que siempre quedase un rastro de las heridas y sombras que teníamos: yo con la desaparición de mi padre, que jamás sería resuelta y mis miedos, él con los maltratos de su padre de los que nunca hablaba. Eran cosas que intuíamos del otro, que apenas empezábamos a compartir, pero que iban a sanar. Igual que la herida que Sofía le había hecho sanaría con el tiempo. Cada relación tiene su ritmo, cada error, ruptura,... todo sigue unas reglas distintas.

Aquella noche me di cuenta de que Jon me quería de verdad, de que llegaría a hacerlo más profundamente si le dejaba hacer — igual que me sucedía a mí—; a pesar de que su ruptura con Sofía estuviese reciente y mi experiencia con Diego aún más. Las emociones son incontrolables, nunca se siente dos veces lo mismo y cuando estas en el sitio y con la persona correcta se sabe. Y eso fue lo que nos sucedió a nosotros. Lo demás no importaba, eran cosas con solución, que se desvanecerían con el tiempo. Nosotros no.

## Capítulo 32

### EPÍLOGO

#### UNOS MESES DESPUÉS...

Llamadas, mensajes, visitas de fin de semana al menos una vez al mes... se habían sucedido a lo largo del año. Jon había venido a España por navidades y yo le había visitado en semana santa. Desde que nos conocimos habían pasado ocho meses en los que habíamos profundizado en nuestra relación, descubriendo quiénes éramos de verdad. En ese tiempo habíamos aprendido a convivir con el otro y la distancia que normalmente nos separaba.

Habían sido ocho meses difíciles, en su mayor parte buenos, pero con altibajos. Mentiría si dijese que todo había sido tan sencillo como un "vivieron felices y comieron perdices" tras nuestro reencuentro en el concierto de Halloween. Nada que ver. Ese día fue fantástico, los que le siguieron también. Pero poco a poco todo fue cambiando.

Ya no por fantasmas del pasado; pues Sofía no intervino más en la vida de Jon, y Diego mantuvo las distancias conmigo. Tampoco por nuestras familias, que se conocieron al fin en Navidades y congeniaron a la perfección. Tampoco por nuestros miedos; quedaron a un lado tras confesarnos el uno al otro nuestro pasado y cómo nos había afectado. Esto sucedió tras la noche del concierto, cuando amanecimos abrazados y la euforia de la noche anterior ya se había desvanecido.

Fue en ese momento que tuvimos que poner las cartas sobre la mesa y abrir nuestros corazones poco a poco. Yo le conté con pelos y señales cómo habían sido mis últimos años y le confesé mis visitas al psicólogo y cómo me había ayudado a reunirme con él. Por su parte Jon, aún un tanto receloso al no afectarle únicamente a él, me explicó que cuando Telmo era pequeño y vivían con su padre este pegaba a su madre y a veces a él. Andoni, su padre, tenía un problema con el alcohol que lo volvía irascible y violento, y toda la frustración la pagaba en casa con el primero que encontrase. Con el tiempo la situación se volvió insoportable, hasta el punto que su madre un día decidió escaparse con él y Telmo y no regresar

nunca más.

Todo esto me lo había contado con los ojos vidriosos, tratando de ocultar el dolor que le causaba recordarlo. Aún así lo hizo por mí, aceptó que para seguir adelante tenía que contarlo, no era la primera vez que lo hacía, pero sí la primera que valía la pena, que le entendían de verdad. Después secamos nuestras lágrimas con besos, sellando cada pequeña herida de nuestro cuerpo con amor y esmero, o al menos lo intentamos.

El resto es historia. Hasta ahora. Hacía más de una semana que me habían dado las vacaciones de verano en la universidad y había rechazado irme de interrail con Amanda y Javi por estar allí, con Jon. Hacía mucho tiempo que no pasábamos tanto tiempo juntos y estaba entusiasmada con la idea de pasar meses enteros con él. Pero la burbuja se había ido pinchando poco a poco, al igual que había sucedido durante los siete meses previos. Durante las casi dos semanas que llevaba allí había pasado más tiempo sola que con él. Despertaba con el piso para mí, desayunaba, daba una vuelta, hacía la compra y cenaba con mi única compañía. Mientras, Jon estaba con Hans y el resto de la banda ensayando y grabando, desde el alba hasta bien entrada la noche, incluso de madrugada. Se había convertido en un hábito eso de colarse sigiloso en la cama, cubrirme de besos y abrazarme mientras prometía que sólo sería un día más.

— Tenemos que acabar unas cosas, terminar de grabar el disco. Después te prometo que soy solo tuyo, vamos a donde quieras, ¿te apetece pasar el verano en la playa? Sólo dame un par de días más...— luego se quedaba dormido y así un día tras otro. Siempre había un problema, una buena excusa para postergar nuestros planes un par de días.

Hasta que me cansé. Unos días más tarde, un sábado, me desperté en una cama fría, vacía y que sin él me era extraña. Y no pude más. Sentía que estaba luchando contra una fuerza mayor que yo y estaba perdiendo. Casi nueve meses de relación habían ido perdiendo peso frente a sus sueños, que cada día eran más grandes, más reales. Los fans, cientos de miles de reproducciones, singles, conciertos, nuevos proyectos... Todo se mezclaba y arremolinaba, interponiéndose entre nosotros, creando una distancia que cada vez era más difícil de salvar. Me sentía impotente, no podía hacer nada por cambiar las cosas. Sabía que eso era con lo que Jon había soñado toda la vida, vivir de su música, ser reconocido por ello. Y

yo.... yo le quería y no era capaz de arrebatarle eso, ni se me pasaba por la cabeza intentarlo.

Cogí con pereza el móvil que reposaba en la mesilla y lo desbloquee para mirar Instagram. Hacía poco Jon se había creado una cuenta y sus mensajes de buenos días habían ido cayendo en el olvido poco a poco, sustituidos por una foto o un video con el grupo, cantando o mostrando lo guay y emocionante que era ser un músico famoso en ciernes que vivía en la zona más bohemia de Londres. Un sueño. Para él. Para mí una tortura.

Y allí estaba, según accedí a la aplicación apareció un video de él despeinado, sonriente con el micrófono entre las manos cantando su nueva canción, una que no había tenido oportunidad de escuchar antes porque ya no tenía tiempo para tocar la guitarra cuando estaba conmigo. Solo me buscaba para dormir o porque necesitaba el calor humano, el roce de mi piel, para recordarse a sí mismo que seguía siendo el mismo, que Jon Ibai no era una estrella de rock, sino un chico corriente que soñaba con volar y ser cantante.

Bloquee el teléfono y lo lancé sobre la cama. Traté de recordarme que nosotros podíamos con eso, que le quería más que a nada, que las cosas se solucionarían. Lo intenté. Me repetí aquello una y otra vez, mientras desayunaba, mientras me vestía y también cuando avanzaba decidida hacia el local en el que grababan y ensayaban. Pero el enfado crecía en mi interior y se iba descontrolando poco a poco, estaba siendo presa — una vez más — del miedo e inseguridades, carcomida por la envidia de todas las fans que le pedían fotos en los conciertos, porque compartía más su vida con desconocidos a través de videos y fotos que conmigo. Porque ya no sabía cómo llamar su atención y hacerle ver que estaba allí, delante suyo, en su casa, en su cama, y que le entendía y respetaba.

Pero llevaba haciéndolo casi un año, sufriendo la desidia, el no poder verle, oírle o tocarle.... Y ahora que estaba allí, compartiendo mi verano con él y podía pasar cada segundo del día a su lado; me sentía como si siguiese en España. Con miles de kilómetros de por medio. Jon últimamente nunca tenía tiempo para mí, para nosotros. No era la primera vez que pasaba, ni la primera que yo intentaba hablarlo con él. Cuando las videollamadas fueron desapareciendo en nuestra rutina y sus mensajes se demoraban días también se lo hice notar. Intenté que la distancia no fuese un problema, pero él no veía que no hablar a diario, o al menos cada semana, fuese un impedimento. Jon era de los que con un "te

quiero" lo solucionaba todo, porque en su concepto de vida el amor lo podía todo, pero en la realidad... las cosas no funcionaban así.

Abrí la puerta del local de ensayo sin llamar, me engulló la oscuridad por unos segundos y luego se hizo la luz. Al fondo del local se escuchaba la voz ronca de Jon, a Hans y Megumi riendo como si todo estuviera bien... y eso me molestó aún más. Ver que todos estaban allí, que eran parte de algo y yo sobraba en su pequeña familia. Pasaban el día allí, las horas muertas y no se habían molestado ni una vez en invitarme a ser parte de ello.

Fred fue el primero en verme, alertó a Jon con una palmada en el brazo y no tardó en salir a recibirme con una sonrisa. Él siempre era así, inconsciente, alegre... Pero yo no podía luchar sola por salvar nuestra relación, no era tan fuerte para aguantar aquello más tiempo.

— Hola cariño — me besó con ternura y rodeó con su brazo— ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? — negué.

En mi pecho se instaló un nudo, estaba incómoda, no me encontraba bien, tenía miedo y Jon no se daba cuenta de que todo estaba mal.

— ¿Por qué nunca me has invitado a venir?— pregunté ignorando sus palabras. Con un poso de resquemor.

— Porque no pensé que te interesase. Es aburrido pasar todo el día aquí, sin hacer nada, viendo como tocamos, cuando puedes estar por ahí disfrutando de la ciudad.

— Pero yo he venido para estar contigo. Siempre me ha gustado verte cantar y tocar... Estoy cansada de estar sola. No he venido a hacer turismo, he venido por ti y no te veo nunca. No me importaría pasar el

verano aquí dentro... si es contigo.

Jon me alejó unos pasos de donde estaba todo el mundo y su gesto se volvió un poco más serio.

— ¿Qué pasa Dafne? Esto no es por ensayar o no, isabes que puedes venir cuando quieras!

— No, no es por eso. ¡Es por todo! Llevo más de dos semanas aquí y solo te veo en la cama y de madrugada. Estoy harta. Entiendo que tienes que hacer esto, siempre lo he entendido. Pero después de tantos meses sin apenas vernos ahora estoy aquí y parece que no estoy.

— Cariño...— me acarició la espalda y los brazos, tratando de calmarme. Me aparté, consciente de que si permitía que se acercase mucho se me pasaría el enfado, cedería ante él como siempre hacía. — Ya te dije que teníamos que dejar el tema del nuevo disco cerrado, después de eso te vas a hartar de mi. Te lo juro.

— ¿Y eso cuándo va a ser Jon? ¿Cuánto queda? Porque no voy a estar aquí para siempre.... Dime un día, ¿Cuánto tengo que esperar para recuperar a mi novio? ¿Días, semanas...meses? Dímelo y esperaré.

— Yo... No lo sé Dafne. No puedo asegurarte un día. Esto no va así. Pero no me tienes que recuperar nena, nunca me has perdido. — unió su mano con la mía y me atrajo hacia él de nuevo. — Nunca me vas a perder.

¿Recordáis que hace tiempo dije que Jon jamás incumpliría sus promesas, que nunca me abandonaría? Pues es cierto. A su manera, nunca lo hizo. Pero yo sí. Yo no podía hacer como si nada viendo que se alejaba cada día un poco más sin siquiera darse cuenta.

— Jon, no puedo seguir así. ¿Te acuerdas de la última vez que hicimos algo juntos? Porque yo no. Llevas dos semanas diciéndome que en un par de días acabas. Ya han pasado esos días. Así que dime, ¿te vienes conmigo o te quedas? Porque no voy a esperarte para siempre en casa encerrada mientras tú estás por ahí viviendo la vida. — agachó la cabeza y guardó silencio.

En ese instante se me escapó toda la fuerza y enfado. Asentí decepcionada pero sabiendo que aquello era inevitable. Al ir allí ya sabía lo que iba a suceder.

— Vale.— liberé mi mano de la suya y retrocedí unos pasos hacia la salida.— Despídete de los chicos por mí. Ojalá el disco sea todo lo que esperas y más. Que te vaya bien Jon. — su nombre fue como una puñalada en el pecho.

No podía soportar verle enfrente mío, con mirada triste, tan deshecho como yo. Aceptando sin más que me iba a ir. No me permití mirar atrás, avancé hacia la salida con decisión, albergando la tonta esperanza de que él corriera tras de mí, gritando mi nombre, pidiendo perdón. Jon no salió en mi busca, no fue al piso mientras yo guardaba todas mis cosas, ni apareció en el aeropuerto en el último momento.

Me marché de Londres una vez más, dejando una parte de mí allí, pero confiando en que volvería a encontrarla, como siempre sucedía. Todas las promesas pesaron en mis hombros, golpeándome y resquebrajándose: los "mudate conmigo", "lo nuestro es para siempre", "te quiero", "me haces brillar", "juntos podemos con todo".... Todo era cierto, pero a la vez mentira. Simples palabras que se las llevaba el viento.

Al final nuestro momento había pasado y no nos habíamos dado cuenta. El camino de Jon se alejaba mucho del mío, él esperaba de la vida cosas que

yo no necesitaba ni quería. Yo era un lastre para él, por mucho que me quisiese. Lo mejor era que me fuese. Había hecho bien, por mí y por él. Un adiós siempre se puede solucionar, la frustración y malestar en una relación no. Mejor dejar las cosas a tiempo, antes de que se enquistasen y volviesen el amor en odio.

Cuando regresé a casa el mundo se me cayó encima. Me derrumbé como nunca antes y lloré durante días hasta quedarme seca. Ese verano que tanto había ansiado pasar junto a él terminó siendo una desintoxicación de Jon. Pero con el tiempo dejé de doler tanto, aprendí a no buscarle, a no pensar en llamarle o escribirle. Borré todas sus canciones y mensajes. Lo único que dejé como prueba de nuestra relación fue el colgante de la pluma, que se había convertido en amuleto y símbolo de todo lo que quería ser.

Cuando llegó septiembre empecé a dejarme ver, comencé el penúltimo año de universidad con la certeza de que era mi momento. Tenía que encontrar mi camino en la vida, empezar a perseguir mis sueños con la misma pasión que él lo había hecho. Al fin y al cabo, Jon era un buen referente en muchas cosas, no tenía por qué olvidarlo todo. Siempre me quedaría su luz, los recuerdos, la gratitud por haberme enseñado a ser libre de nuevo. Su amor.